

HOJAS SELECTAS



REVISTA PARA TODOS

LIOTECA SALVAT MADRID. Calle de Prim, núm. 15.
BARCELONA. Calle Mallorca, 220.

ESPAÑA: 4 PESETA el núm. Suscripción anual: 40 PTAS.
EXTRANJERO: 4 FRANC le num. Abonnement annuel: 40 F.

SUMARIO

ENERO de 1904

N.º 25

Págs.

EVOLUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DEL IMPERIO DEL MIKADO. EXPOSICIÓN NACIONAL DE OSAKA, por A. GARCÍA LLANSÓ, <i>con nueve fotograbados.</i>	3
EL CARAMILLO. Cuento de Reyes, por APELES MESTRES, <i>con cinco dibujos del autor, impresos en negro y cuatro colores.</i>	9
GACETA DE LA MUJER. Algunos artículos del Código de la Belleza, <i>con cinco fotograbados.</i>	17
HISTORIAS DEL AÑO PASADO, por TOMÁS CARRETERO, <i>con siete dibujos de B. Gili y Roig.</i>	24
CRUZADA DE AMOR. Novela de los tiempos medioevales, por RAMÓN PÉREZ DE AYALA, <i>con dos dibujos de J. Pey.</i>	27
LA MODERNA ARQUITECTURA NAVAL, por A. F. BLECHSCHMIDT, E. FOERSTER y C. TERRER, <i>con diez y nueve fotograbados.</i>	33
HEMEROLOGÍA Ó CIENCIA DEL CALENDARIO, por R. MIQUEL y PLANAS, <i>con trece grabados.</i>	49
EL MAUSOLEO DE COLÓN EN SANTO DOMINGO, por FRANCISCO CARRERAS y CANDI, <i>con cuatro fotograbados.</i>	61
LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA, por FERMÍN DE PANIAGUA y ANDRÉS, <i>con nueve fotograbados.</i>	65
PANORAMA UNIVERSAL, <i>con catorce fotograbados.</i>	73
NOTA CÓMICA. Proyecto de reforma de los signos del Zodiaco por profesiones. <i>Doce dibujos de Karikato.</i>	81
LA NARIZ DE CAMELLO. Tradición peruana, por RICARDO PALMA, <i>con tres dibujos de Apeles Mestres.</i>	83
ENTRE DOS OCEANOS. Viajes y aventuras, por LUCIANO BIART, <i>con cuatro dibujos de F. Lix.</i>	87

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CABEZA DE ESTUDIO, por M. Feliu D' Lemus.

NOTA POLITICA • LA MODA PARISIENSE • PASATIEMPOS

007614

Biblioteca Salvat

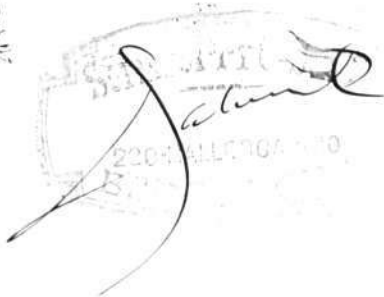
—:—

HOJAS SELECTAS

REVISTA PARA TODOS

AÑO TERCERO

(1904)



Madrid - Barcelona

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO EDITORIAL DE SALVAT Y C.A, S. EN C.

Es propiedad

1904



KANNON-SAN

Fuente monumental emplazada frente al palacio de Bellas Artes, en la actual Exposición de Osaka.

La bellísima estatua de mármol que corona el monumento, simboliza al moderno imperio del Mikado en la figura de una doncella japonesa.

(Fotografías remitidas por D. Miguel Vendrell, de Kobe, Japón.)



FELIZ AÑO NUEVO. — Tarjeta postal de salutación en principio de año.

Evolución política y social del imperio del Mikado

EXPOSICIÓN NACIONAL DE OSAKA

LA evolución operada en el imperio del Sol naciente data apenas de treinta años. La situación política de aquel país, dominado antes por el sistema feudal y dividido su gobierno entre las discutidas atribuciones del *Mikado* y la autocracia militar del *Sogun*, hacían imposible la existencia del ciudadano y el establecimiento de las reformas que marcan las aspiraciones de los pueblos modernos. Ahogadas las manifestaciones del pensamiento, con mayor suma de deberes que de derechos, veíase privado el japonés de tener participación en la marcha política ó la administración del Estado, ya que esta misión hallábase exclusivamente confiada á la raza privilegiada, distinguida por el uso de los dos sables. Mas las auras de libertad de la vieja Europa llegaron por fin á los mares índicos y el pueblo japonés logró romper en 1868, por medio de una formidable revolución, los eslabones de la cadena que lo aherrojaba, impidiéndole avanzar por el camino del universal concierto.

Por eso sorprende al poco conocedor de las condiciones de aquel país, que los sacerdotes de Budha se hallen convertidos en custodios de los templos, que han pasado á su vez á ser monumentos nacionales; que los habitantes de sus ciudades más populosas hayan proscrito ya, en gran parte, sus holgadas túnicas por el traje europeo; que hayan sido desarmadas las agrupaciones de hombres provistos de varios sables, lanzas, arcos y flechas, substituyéndolas por los bien equipados batallones y regimientos, tan bien organizados como los de Europa; que los cañoneros y acorazados hayan desterrado los pesados juncos, y que entre las típicas casas japonesas, modelo de construcción por su elegancia y adorno, descuellan en las grandes ciudades los edificios europeos.

Todos estos resultados se han obtenido como fruto del criterio amplio y razonado que preside todos los ramos de la gobernación pública y del interés que ha merecido la instrucción.

Esta evolución social y política, á la que debe su actual engrandecimiento, ha alcanzado á todas las ramas y á todas las manifestaciones de la inteligencia y de la producción. Los industriales, los artífices y los mercáderes han dejado de formar parte de la gleba y su condición de ciudadanos les ha permitido desarrollar, en propio beneficio y en el de su

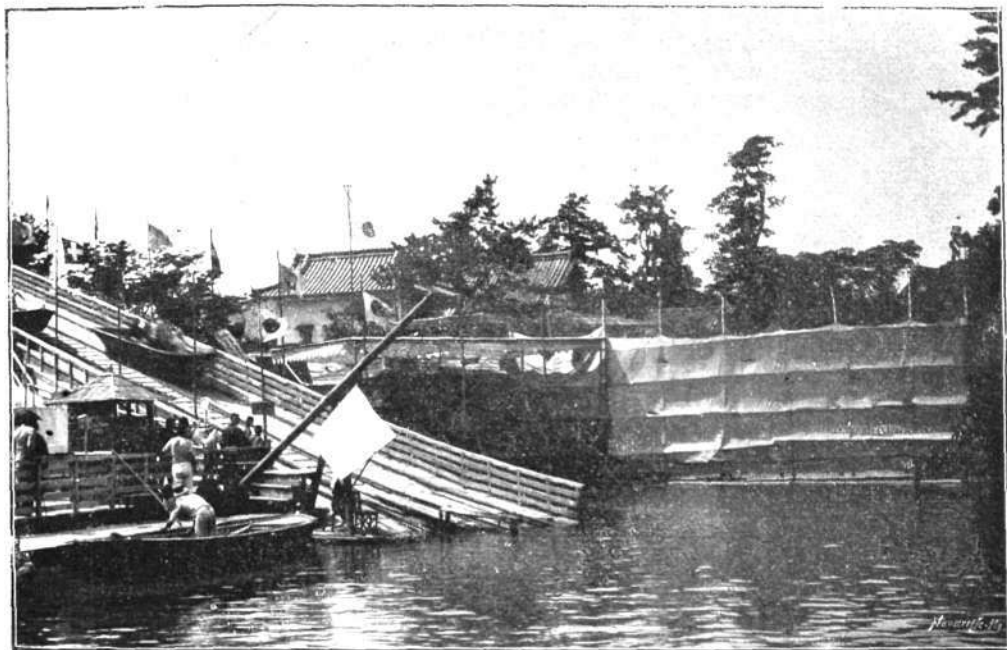
país, todas sus energías. Abiertas las fronteras, se ha multiplicado la producción, tal vez en detrimento de la calidad. Las causas que antes dificultaban, en cierto modo, el desarrollo de determinadas industrias, favorecían no poco, en cambio, la producción de los objetos de arte. La vanidad de los *daimíos* era la causa determinante. pues para embellecer sus



UNA CALLE DE KOBE ENGANANADA CON MOTIVO DE LA VISITA DEL EMPERADOR

señoriales moradas no titubearon en encargarse la ejecución de obras magistrales, cuya adquisición representaba crecidas sumas. De ahí que los artífices, estimulados por la recompensa, hicieran constante gala de su exquisito gusto y extraordinaria habilidad en la ejecución de esas piezas, causa hoy de admiración, invirtiendo meses y aun años de laborioso trabajo. Hoy se han trocado los términos, singularmente en aquellos objetos destinados á la exportación, que, como los bronce, lacas y porcelanas que se venden en Europa, resultan para los inteligentes de inferior calidad, á causa de las exigencias del consumo y de la modicidad de los precios. A evitar la pernicio-

sa influencia que en el arte japonés puede determinar el afán de producir sin el cuidadoso interés que precisa para sostener su buen nombre, dedica el gobierno del Mikado su particular atención y nobilísimos esfuerzos, puesto que para estimular á los artífices y artistas, va creando museos y celebra periódicas exposiciones en las que se otorgan importantes recompensas. Muestra gallarda de esta clase de fiestas del trabajo ha sido la notabilísima Exposición que en Osaka, uno de los grandes centros productores, inauguró en 1.º de Mayo último el ministro de Estado, Agricultura y Comercio. Es digna de llamar la atención la circunstancia de figurar en este con-



UN DEPORTE CURIOSO. — Bote precipitándose en el agua siguiendo un plano inclinado.
(Fotografía instantánea a $\frac{1}{100}$ de segundo, en la Exposición de Osaka.)

curso más del doble número de los expositores que exhibieran sus productos en la anterior Exposición, celebrada en Kioto, la antigua capital. La finalidad de este certamen responde por completo á los propósitos de engrandecimiento que persigue el Estado japonés, ya que se exhibieron productos de tal naturaleza é índole que sirvieron para demostrar la evolución de las manufacturas nacionales y la ventajosa situación de las industrias que nutren y engrandecen el comercio de exportación. Y precisa ahora confesar que los japoneses no han necesitado realizar grandes esfuerzos para dar hermosa prueba de su vitalidad. La estadística, con sus guarismos, evidencia su importancia, puesto que la cifra que en 1868 representaba el importe de los productos exportados por los puertos japoneses, se ha elevado desde 7.000.000 de yens á 221.000.000 en 1902, equivalentes aproximadamente á 21.000.000 de libras esterlinas. Fabulosa parece la progresión, pero ésta se observa en el crecimiento de la población, en todos los organismos del Estado y en todas las manifestaciones de aquel pueblo, que pugna por realizar

sus propósitos de expansión y ejercer la hegemonía del Extremo Oriente.

Antiguamente correspondía á la nobleza la defensa del país, y las tropas,



Momento de caer el bote en el agua.

que se agrupaban al llamamiento de cada daimío, constituían el gran ejército feudal del Japón, que podía contar con un contingente de dos millones de com-

batientes, armados y equipados con sus fantásticas armaduras.

La unificación del imperio, la restitución del poder supremo en la represen-



OSAKA.—Fuente de los dragones de bronce, en la Exposición.

tación del Mikado, fué la natural consecuencia de la violenta sacudida política y social que conmovió las legendarias instituciones del Japón, destruyendo el antiguo régimen para unificar todas las clases, igualando los derechos y los deberes. El poder, monopolizado desde el

año 1603 por la dinastía sogunal de los Tokugawa, cesó en 1868 para reintegrar al monarca legítimo, el Mikado, en todas sus imperiales prerrogativas.

Transformada de modo esencial la constitución del país, operóse también cambio radicalísimo en la organización

El Caramillo

CUENTO DE REYES



¿En dónde me contaron esta historia, que historia debe de ser, sin duda alguna?... Creo que fué en Saboya, pero no lo juraría, porque de entonces acá han transcurrido muchos años.



I
Era una crudísima
noche de Enero; pre-
cisamente la noche de
la Epifanía.

En el lindero del
bosque la miserable
choza del leñador, cu-
bierta por una espesa
capa de nieve, erguía su resquebrajada
chimenea, que humeaba penosamente.
Junto á la lumbre, el leñador y su mujer
contemplaban con ojos soñolientos el
caldero donde se cocían, con un mur-

mullo de descontento, los puches que
debían constituir toda su cena.

De súbito rompió aquel silencio, más
de tumba que de mansión habitada, un
golpe descargado con fuerza á la puerta

de la choza. ¿Quién podía llamar tan á deshora? Los dos pobretes se miraron asombrados y levantándose el leñador enfurruñado fué hacia la puerta, que abrió no sin recelo.

¡Cielos santos! Uno, dos, tres personajes ricamente vestidos de terciopelo y seda de ricos matices, y llevando en sus cabezas sendas coronas de oro, penetraron en la choza soplándose los dedos y pisando fuerte.

—¡Hola, buenas gentes!, —gritó con jovial cordialidad el más barbudo de los tres Reyes; —á ver si nos dejáis calentar los pies á la lum-

bre y nos dais un bocadito de algo caliente. Llegamos de la ciudad y se nos caen las narices de puro heladas. ¡Vaya una ventisca!

Y arrellanándose con exquisita franqueza en el mugriento banco, estiró las piernas, hasta meter literalmente los pies en el rescoldo, y se restregó las manos con complacencia. Sus dos compañeros, —un vejete campechano y un negro que

al reir dejaba ver una doble hilera de dientes blanquísimos, — imitaron suejemplo.



El leñador y su mujer se frotaban los ojos en la duda de si soñaban, y sus miradas entontecidas iban de uno á otro y de sus huéspedes al caldero.

— Señores reyes... ó lo que seáis, — balbució por fin el leñador, — gran honra es para nosotros tener... la honra de albergaros... Pero es el caso que... que sólo podemos ofreceros un miserable plato de puches, no muy abundantes, y un sorbo de vino, que más tiene de malo que de bueno.

— ¿Conque puches, eh? ¡Vengan los puches!, — exclamó riendo y palmoteando el rey barbudo. — ¿Te gustan los puches, Gaspar?

— No los he probado en mi vida.

— ¿Y tú, Melchor?

— Tampoco.

— Ni yo; pero no dudo que ha de ser cosa de chuparse los dedos.

Y en sendos platos desportillados comieron los reyes su mezuquina ración, deshaciéndose en elogios y felicitando calurosamente á la cocinera entre cucharada y cucharada.

— ¡Ea, compañeros!, — dijo después de dar el último tiento á la bota el rey barbudo, — es hora de ponernos en camino si queremos llegar al cielo antes que amanezca; pero no sería decente que nos marcháramos sin recompensar de un modo ú otro á estas buenas almas por la cordial acogida que nos han dispensado. ¿Llevas tú algo, Gaspar?

— Ni una punta de alfiler.

— ¿Y tú, Melchor?

— Tampoco.

— Ni yo; pero ¡qué diantre!

Y acercándose á la puerta, gritó:

— ¡Efraim!

El jefe de los criados que habían quedado fuera guardando los camellos, cebras, caballos, mulos y pollinos, asomó sus romas narices de etíope.

— ¿Ha quedado algo?, — preguntóle el rey.

— Nada, señor. Bien sabéis que, como todos los años, nos hemos quedado cortos; como de costumbre, los regalos no han alcanzado á los niños pobres...

— Mira bien, Efraim, mira bien; que, como dijo el Maestro, quien busca encuentra.

El mayordomo entró de nuevo, llevando vergonzantemente algo en la mano.

— Sólo he encontrado esto en el fondo de una caja: un caramillo, pero está roto.

— No importa. Toma, Juan.

El pobre leñador, sin poder disimular un mohín de despecho, murmuró:

— Gracias, señor, pero no tengo chiquillos.

— Esto es lo de menos; tómallo.

— ¿Para qué? Ni yo sé tocar el caramillo, ni aunque supiera, os juro que después de cortar leña desde que amanece hasta que cierra la noche, no está Juan para musiquillas.

— Tómallo te digo, y no seas testarudo. Cada vez que soples en este caramillo, has de ver cumplido lo que desees. Pero te advierto una cosa que es preciso que no eches en olvido: tócalo con moderación, porque la música echa á perder los buenos sentimientos. Adiós.

II

Hacía buen rato que los regios huéspedes habían salido de la choza y Juan permanecía todavía como petrificado con el caramillo en la mano.

Su mujer, la primera en volver de su estupor, se le acercó preguntándole:

— ¿Qué piensas, Juan?

— Que esos farsantes se han burlado de nosotros y que me dan tentaciones de tirar al fuego esta porquería.

— ¡Quién sabe!... ¿Por qué habían de burlarse de unos pobres que han partido con ellos su pobreza?

— Porque así es el mundo, y así son los hombres.

— Pero los reyes...

— ¡Otros que bien bailan!

— ¿Has oído lo que han dicho?, que cada vez que toques este instrumento se cumplirá lo que desees. ¿Por qué no probarlo? A ver, ¿no te vendría ahora de perlas un pollo asado, pongo por caso?... Anda, hombre, no seas testarudo; ¡desea y sopla!

Juan obedeció maquinalmente. Pero ¡oh sorpresa!, apenas había salido del caramillo la primera nota, ya humeaba



encima de la mesa, perfumando toda la choza, un soberbio pollo asado, relleno de trufas y rodeado de frescas y rizadas hojas de ensalada.

A Juan se le cayó el caramillo de la mano, su mujer saltaba batiendo palmas como si hubiera enloquecido de repente; lloraban y reían á un tiempo, se abrazaban, se aporreaban y tirábanse de los pelos, ni más ni menos que si les ocurriera una gran desgracia. No les costó poco trabajo á los dos volver en su cabal juicio, y después de dar vueltas y más vueltas al pollo, se sentaron dispuestos á no dejar de él ni la osamenta.

—Pero, oye, Juan; ya sabes que no hay pan en casa...

—No, ¿eh?, pues aguarda.

Y volviendo á soplar en el caramillo, vió, con menos asombro que antes, pero no con menos alegría, un pan dorado y bien oliente aparecer al lado del pollo.

¡Y comían!... ¡y comían!

—Di, Juan,—añadió la mujer,—¿no te parece que nuestro vino es indigno de remojar tan celestial bocado?

—Es verdad, mujer; ¡mira que en todo atinas!

Y al son del caramillo vieron erguirse encima de la mesa un jarro de reluciente cristal, lleno de un vino como jamás lo habían probado los infelices; ¡qué probado!, ¡ni siquiera soñado!

—Otra cosa se me ocurre, Juan.

—Buena será cuando á ti se te ocurre.

—¿Te parece decente que dos personas que han cenado como acabamos de cenar nosotros, se acuesten en un miserable jergón, que antes dijérase está lleno de panojas que de paja?... ¡Anda, pillito, que si tuvieras como los señores una cama con sus colchones de lana donde revolcarte, no le harías ascos!

—Tienes razón, hija, pero... no me atrevo.

—¿A qué no te atreves, panarra? ¿Quién te ha dicho «esto y no más?»

—Todo lo que quieras, pero... no me atrevo; temo que sea abusar. Recuerda que el señor rey me ha recomendado no abusar del caramillo. ¡Ea, que no me atrevo!

—¡Y qué alcornoque eres! ¿Por una tocata más ó menos va á poner reparos el señor rey?

—¡Anda, mujer ó demonio, que no hay quien te resista!

Y tocó otra vez, y brotó del suelo la cama, con sus mullidos colchones y sus sábanas de finísimo lino, como las gastan los señores, y en ella se acostaron tan guapamente los dos esposos, que de pura delicia apenas si durmieron en toda la noche.

En cuanto se despertaron lo primero que se le ocurrió á la mujer fué que la choza parecía una pocilga de puercos más que vivienda de gentes que tal mesa y cama tenían, y pareciéndole esto muy

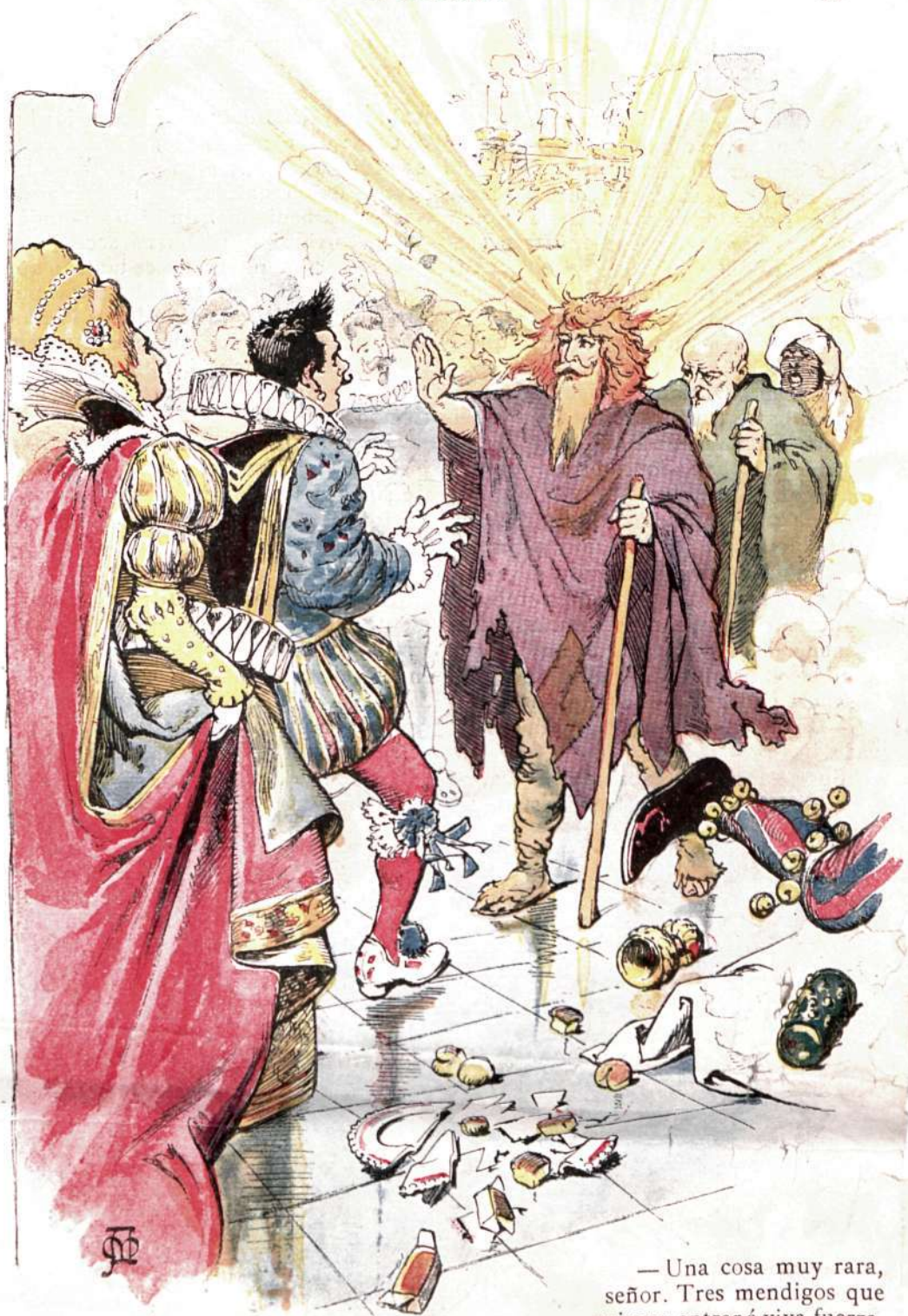
puesto en razón á su marido, dióle al caramillo; y la choza se convirtió en una casita muy linda, limpia como la plata y reluciente como un espejo. Luego fueron á vestirse, y avergonzados de los harapos que solían vestir todos los días, los trocaron por vestidos nuevos, y así de deseo en deseo, apenas si el caramillo cesó de resonar en todo el santo día; de modo que, al cabo de no muchos, los vestidos nuevos se habían convertido en riquísimos trajes, la resplandeciente vajilla de loza fina era ya de oro macizo, la riente casita era un suntuoso palacio, el bosque cercano un parque adornado con los más extravagantes caprichos que puede concebir la fantasía de un loco,—que es decir dos locos,—y todo ello cruzado en todos sentidos por criados con librea, camareras lujosamente ataviadas, cocheros y lacayos, cocineros y pinches, jardineros y músicos y bufones.

III

Y volvió por fin otra vez la noche de la Epifanía; y la mujer de Juan, que no tenía nada de olvidadiza ni de ingrata,—según ella decía,—quiso celebrar el aniversario de tan señalada noche dando en su palacio un baile de gala, al que asistieran el rey y la reina con su corte. Estaban tan acostumbrados á que todo lo que deseaban se realizara, que la cosa les pareció lo más natural del mundo.

Como lo fué en efecto. ¡Qué animación, qué bullicio hubo la noche aquella en el palacio de Juan! ¡Qué de luces y de flores!, ¡qué de músicas y perfumes! Aquello parecía algo soñado, no cosa real y viviente.

A lo mejor de la fiesta, y en el preciso momento en que el propio rey felicitaba con mal disimulada envidia al anfitrión por su fausto,—mil veces superior al suyo,—llegaron á sus oídos desaforados gritos y voces destempladas, acompañadas de ruidos de puertas que se abren y cierran violentamente y de cosas que caen y se hacen añicos; en el propio instante el maestresala atravesaba azorado el inmenso salón y se detenía ante su amo con semblante consternado.



—¿Pues qué ocurre?,—preguntóle Juan.

—Una cosa muy rara, señor. Tres mendigos que quieren entrar á viva fuerza.
—¿Mendigos?... ¿qué es esto?...
Juan no había oído pronunciar esta

palabra desde hacía un año y la había olvidado por completo.

—Tres pobres harapientos, tres pelagatos, que pretenden pasar á todo trance.

—¿Qué viene á hacer aquí esa canalla? ¿Y mis criados no saben echarlos?

—Es que... es incomprensible, señor, pero mis ojos lo han visto: no hay quien les resista; se abren paso á puñetazo limpio, y el que les pone la mano encima, rueda por el suelo cual si fuera un muñeco de cartón.

—¡Sois todos unos cobardes, unos imbéciles!...

No bien había pronunciado Juan estas palabras, cuando penetraron en el salón tres hombres andrajosos, barbudo el uno, muy anciano el otro y negro como el carbón el tercero.

—¡Fuera esos piojosos! —gritó Juan en el colmo de la indignación; —¡arrojad de ahí á esos perros roñosos!...

Los ojos de los tres mendigos relampagueaban con fulgores siniestros. El de la luenga-barba, plantándose ante Juan, le dijo, con una calma solemne que heló la sangre en las venas de todos:

—Juan, eres un necio... y un malvado.

Sus palabras resonaban de una manera fatídica bajo aquellos techos artesona-

dos, que retumbaban como bóvedas de catedral.

—Juan, —prosiguió el mendigo, —te has olvidado de nuestro consejo; has abusado del regalo que te hicimos, y esto es necio. Pero hay algo peor; todos los favores que has alcanzado, no han aprovechado á nadie más que á ti; ¿á quién has socorrido?, ¿qué buena acción has hecho, cuando podías hacer tantas; qué miseria has aliviado, cuando tantas podías aliviar? Ya te lo dije, Juan; la música echa á perder los buenos sentimientos. Dame, dame en buenhora ese caramillo, que no mereces poseerlo por más tiempo.

Juan obedeció como un autómata. No bien el fatal instrumento hubo pasado de sus manos á las del mendigo, éstos, los invitados, la servidumbre, las luces, las mesas, el palacio, ¡todo había desaparecido!

Solos, Juan y su mujer, miserablemente vestidos como un año antes, acurrucados en su choza oculta bajo la nieve en el lindero del bosque, contemplaban con ojos soñolientos la negra marmita, donde, con un murmullo de descontento, se cocían los puches que debían constituir toda su cena.

APELES MESTRES.





GACETA DE LA MUJER

ALGUNOS ARTÍCULOS DEL CÓDIGO DE LA BELLEZA

LA BELLEZA Y EL AGUA

Dice una mujer muy artista: «La coquetería bien entendida es casi una virtud:» y tiene razón, puesto que esta bien entendida coquetería, tiene por objeto la adquisición y conservación de la belleza. ¿Qué mujer no desea ser bella?, ó mejor dicho: ¿Qué mujer no tiene deber de procurarlo?

Para ayudar á nuestras lectoras en este su amable propósito, vamos á revelarles unos cuantos secretos *sorprendidos* en el tocador de una hermosa, en el *santuario de la mujer*, como le llama una distinguidísima escritora francesa, con gran acierto á nuestro juicio.

Primer secreto.— El elemento primordial de la belleza es la salud.

Secreto segundo.— La salud se obtiene principalmente por medio de la limpieza.

Aforismo.— El agua es el más importante de los agentes de purificación.

Consecuencia de todo esto es que la mujer que aspira á ser hermosa debe usar y abusar del agua fresca, siempre y en toda ocasión.

EL BAÑO

Esta nuestra gentil amiga que ha consentido en ilustrar el presente artículo, se baña á diario, al saltar de la cama: precisamente descansa en su *chaise-longue* unos minutos des-



EL REPOSO DESPUÉS DEL BAÑO

T. III.

pués de esta primera ablución. Y á propósito de baños: la mejor temperatura del agua, salvo en casos de especial prescripción facultativa, es de 15 á 20 grados centígrados.

El agua de salvado refresca y suaviza la piel: unas cuantas gotas de amoníaco la tonifican maravillosamente, endureciendo la carne y dándole la firme lisura del mármol.

UN POCO DE QUÍMICA Y OTRO POCO DE FISIOLOGÍA

Una ó dos veces á la semana debe jabonarse el cuerpo, por la razón siguiente: hay muchas sustancias, las grasas por ejemplo, sobre las cuales el agua sola no ejerce acción alguna; el jabón saponifica estas sustancias, las hace solubles, y ayudada por él, es eficazísima la acción del agua.

Para comprender perfectamente la influencia de la limpieza sobre la salud, es preciso recordar que la piel no es sólo una cubierta del cuerpo, sino que es un órgano excretor y una de las partes más delicadamente constituidas de todo el organismo: posee la piel para realizar su trabajo multitud de tubitos respiratorios. Si por efecto de la poca limpieza estos tubos se obstruyen, la materia sobrante que ellos debieron expulsar queda dentro del cuerpo, descomponiéndose y siendo causa de infección, ó tiene que ser expelida por los demás órganos secretores, — pulmones, intestinos, riñones, — los cuales si son muy fuertes pueden resistir este exceso de trabajo, pero si son débiles están muy expuestos á enfermar. Vean, pues, mis lectoras cómo la falta de limpieza en el cuerpo puede producir enfermedades del pecho, del hígado y de los intestinos.

EL TRONO DE LA BELLEZA FEMENINA

Pasemos al rostro: la belleza del rostro, la susceptible de ser adquirida por lo menos, consiste principalmente en la lisura y colorido de la piel. Dicese que hay mujeres que para conservarla fina y lustrosa no se la mojan nunca, y hay quien incluye en el grupo á la famosísima cantante Adelina Patti; puede, sin embargo, asegurarse que la limpieza favorece á la piel del rostro tanto como al resto del cuerpo, pero hay que emplear el agua con ciertas precauciones; un médico asegura que para evitar grietas debe emplearse fría en invierno y tibia en verano; lo esencial es que no sea dura y que disuelva bien el jabón. Para suavizar el agua son eficacísimas unas gotas de bórax disuelto ó de amoníaco; pero si se

emplean es preciso no humedecerse el cabello, porque estas sustancias lo decoloran.

UN COSMÉTICO EFICAZ Y ECONÓMICO

Para la cara y las manos el zumo de limón substituye al jabón con ventaja: limpia perfectamente, refresca la piel, la blanquea, endurece y sonrosa las uñas y evita los *padrastros*. En tiempo de frescas, es excelente medio de sonrosar y refrescar la piel embadurnarse el rostro con sus granos aplastados, lavándose después con agua fresca; la grosella es muy buena también. Las mujeres chinas emplean en lugar de carmin el zumo de la remolacha, que es eficaz é inofensivo.

FILTRO MÁGICO CONTRA LAS ARRUGAS

El agua de lluvia, — recibida directamente cuando cae de las nubes, — es insustituible para desvanecer arrugas y devolver al rostro lozanía; un chaparrón es siempre buen amigo de la mujer que quiere ser bonita: cuando llueve, en lugar de evitar el agua debéis dejar que su fina pulverización os inunde la piel. Diana de Poitiers confesaba que había conservado su cutis juvenil hasta una edad avanzadísima merced á este procedimiento y al sueño largo y tranquilo. También es buena precaución para evitar arrugas permanecer durante algunos minutos, varias veces al día, sentada, con los ojos cerrados, sin pensar, dejando los músculos del rostro en quietud perfecta; el leer de noche con luz artificial arruga la frente y produce «pata de gallo.» Un masaje discreto y la precaución de lavarse y secarse la cara siempre de arriba abajo mantiene la lisura de la piel y evita la desagradable caída de las mejillas; también es eficaz contra la plenitud excesiva de la barba.

MORENAS Y RUBIAS

Es preciso tener en cuenta que el frío excesivo perjudica al cutis de las morenas y el excesivo calor al de las rubias; contra el frío son los velos buen preservativo; los efectos del calor se combaten por medio de la humedad: es remedio excelente, para la piel reseca por el calor de estufas ó caloríferos, aplicarse sobre el rostro, á la hora de acostarse, un lienzo empapado en agua no muy fría y conservarle dos ó tres minutos.

La siguiente fórmula es la de un cosmético barato y muy beneficioso, que debe usarse una ó dos veces por semana:



LA ABLUCIÓN COTIDIANA



CONCLUYENDO LA TOILETTE



UNA ESQUELA INTERESANTE

Un vasito de zumo de limón.
Medio litro de agua de lluvia ó destilada.
Cinco gotas de esencia de rosa.
Consérvese perfectamente tapado.

Otra fórmula, ésta de *cold-cream* para las manos:

Aceite de almendras dulces. . . 50 gramos.
Cera blanca. 10 »
Esperma de ballena. 10 »

Después de mezcladas estas tres substancias, fundiéndolas al baño-maria, se añade:

Agua de rosas. 20 gramos.
Tintura de benjuí. 5 »
Id. de ámbar. 2 »

POLVOS PARA LA CARA

Otro capítulo importante en el tocador femenino es el de los polvos. Lo mejor de todo



LA MESA BIEN DISPUESTA

sería suprimirlos en absoluto, pero, si se usan, es preciso emplearlos con arte y precaución: el arte consiste en darse muy pocos y con tino, sacudiendo muy bien la borla antes de acercarla á la cara, no empolvando las cejas, limpiando perfectamente los labios; el efecto de los polvos sobre las arrugas es horrible.

Toda mujer cuidadosa de su belleza debe fabricar por sí misma sus polvos de tocador; los del comercio y, sobre todo, los adherentes contienen siempre substancias nocivas, albayalde, mercurio, que ennegrecen la piel y pueden ser causa de envenenamiento. La fórmula para fabricar los polvos es la siguiente (1):

En un puchero, completamente nuevo, se

(1) *Le cabinet de toilette*, por la señora baronesa de Staffe.

ponen seis litros de agua y un kilogramo de arroz; pasadas veinticuatro horas se decanta; esta operación se repite tres días, echando seis litros de agua nueva sobre el mismo arroz; al tercer día se escurre el arroz sobre un cedazo de crin. Después se pone á secar al aire sobre un paño limpio, en sitio donde no pueda caerle polvo ni suciedad. Seco, se machaca, muy menudo, en un mortero de mármol, que se cubre durante la operación. El polvo que resulta se tamiza á través de un lienzo blanco muy fino sobre la vasija en que ha de guardarse, cuidando de no desperdiciar. Estos polvos se conservan bien tapados, y es lo mejor no perfumarlos.

Los polvos perfumados con raíz de lirio irritan la piel y predisponen á la erisipela.

LO QUE SE DEBE COMER

Tan importante como los cuidados de tocador es, para una mujer que quiere conservarse bonita y retrasar en lo posible la vejez, el régimen de alimentación: éste ha de ser frugal ante todas las cosas, compuesto de manjares ligeros y variados en armonía con las estaciones. He aquí un régimen recomendado por un médico sabio:

Desayuno: leche.

Almuerzo: un huevo, un plato de legumbres y frutas.

Comida (de seis á siete de la tarde): no muy abundante.

Al acostarse: una taza de leche y un bizcocho.

EL ASCETISMO Y LA BELLEZA

Nada hay que perjudique tanto la pureza y frescura de la piel como un régimen alimenticio recargado y succulento; las carnes, los condimentos fuertes, los vinos añejos y los licores son sus mayores enemigos. No debe comerse carne más que una vez al día; en cambio, la abundancia de verduras es recomendable; las hay, según dicen, que tienen virtud especial de producir belleza, entre ellas el pepino (cocido, por supuesto), el tomate, la remolacha, la zanahoria y el nabo; asegúrase que el pan de centeno es mejor que el de trigo para el cutis. Nada hay que le perjudique tanto como el exceso de grasa. Las trufas y los pasteles deben considerarse como enemigos capitales por toda mujer que quiere ser

hermosa; el azúcar es de *pronóstico reservado*, y en forma de bombones perjudicialísimo.

El café puro, después de la comida, es medio eficazísimo para engrosar razonablemente, porque favorece la digestión; el te y el chocolate son muy buenos, usados con moderación; la leche es admirable para el cutis; el vino ni aun en las comidas puede beberse puro.

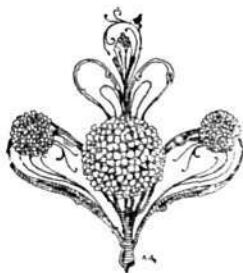
FRUTAS DE BELLEZA

Si las flores son amigas de la mujer, no lo son menos las frutas: aquéllas acompañan su belleza; éstas pueden producirla. Comed muchas de ellas si queréis ser hermosas: la fresa refresca la sangre y evita esas enfermedades del hígado que tanto perjudican á la piel; la grosella, la ciruela, el melocotón, son excelentes, pero la fruta mágica por antonomasia (por algo la mitología griega la llamó de oro, y la hizo nacer en el jardín de las Hespérides) es la naranja. Leo en el libro ya citado de la baronesa Staffe, que una hermosísima mundana de la corte de Luis Felipe, á los ochenta años fresca y lozana como una muchachita de quince, no había comido durante cuarenta años más que naranjas: doce al almuerzo, doce á la comida y doce á la tarde, con un vaso de vino y un pedazo de pan.

Puede asegurarse que un régimen exclusivamente vegetariano sería eficazísima panacea de belleza. Ya lo saben las que tengan valor para tanto. Para triunfar en el mundo como mujer hermosa, es preciso guardar en la mesa abstinencia de monja carmelita.

PORCIA.

(Fotografías remitidas por D. A. Cánovas del Castillo y Vallejo.)





SINFONIA DE 1904

HISTORIAS DEL AÑO PASADO

LA DE UN CESANTE

¡Pasó el año del hambre! ¡Cuántas noches sin lumbre! ¡Todas las del invierno! ¡Gracias que en verano Dios provea! Lástima que el frío no fuera cosa del verano y el calor de la estación aterida.

Es una perogrullada, pero á todos los que pasamos por el amargo trance de helarnos en invierno y de asarnos en verano, se nos ocurre pensarla.

Por eso ruego á ustedes que me dispensen las ligeras reflexiones que anteceden.

De dispensar vive el hombre. Quién dispensa favores, quién que le den de continuo con la badila en los nudillos. Tengo el honor de pertenecer á esta última y benemérita clase, y en ella ocupo un lugar distinguidísimo.

Quince años hace que fui por primera vez empleado... Catorce y medio que soy cesante de profesión... ¡No se dirá que no cuento con antigüedad! He tenido mil maneras de dejar la profesión; más de una vez se me ofreció un trabajo honroso, pero yo no claudiqué. Me debo á la respetable clase que es honor y timbre de gloria para España.

LA DE UN LITERATO

En el año que acaba de entrar en el libro de la Historia estrené dos zarzuelas cortas, es decir, en un acto, de la clase cursi-sensible que tanto gusto ha dado en las pasadas temporadas. Los vividores del teatro por horas que hoy existimos somos, — ¡qué trabajo me cuesta no decir *semos*! — unos pequeños dramaturgos; ¡qué finura psicológica la nuestra para estudiar las grandes pasiones de la chulería reinante!

¡Me río yo, — esta frase sí que nos es propia, — de Calderón y de sus similares extranjeros!

De lo que no me cabe duda es de la fuerza de asimilación artística de nuestro público.

¡Cómo nos comprende... y cómo nos paga!

LA DE UN ACTOR

Haciendo *el Tripas* he pasado el año 1903, año de gracia para mí, sin duda alguna.

El público se ha reído conmigo hasta desternillarse, hasta dislocarse, en fin, las tripas, como se dice en moderno estilo.

¿Que si me ha costado mucho conseguir este triunfo?

Poca cosa.

Muchas agujetas.

Pero ahora ya estoy curado de ellas y puedo hacer el papel del *Tripas*, — que es de mucho *movimiento*, — sin dificultad alguna.

LA DE UN ESTUDIANTE

«He obtenido» el undécimo suspenso en mi brillante carrera de... obstáculos.

LA DE UNA NOVIA

Tampoco se ha decidido Pepe á hablar á mi mamá este año.

¡Otro será! Imitando al otro, puede decirse que hay años y siglos en que el hombre no está para casarse.

Confío, — yo soy muy confiada, — en aquello de no hay plazo, etc.



¡Más esperó Calínez y llegó á ministro!

LA DE UN REPORTER

Lo diré en forma de gacetillas:

«Han dejado de conocerme en el año que acaba de terminar los señores X., Z., A., B. y C.»

«Los señores X., Z., A., B. y C. han ingresado en la categoría de personajes.»

LA DE UN CONQUISTADOR

No confundirse.

No soy general.

Soy un mero amante del bello sexo, del sexo débil por excelencia, y por mí sobre todo.

¡Tengo lástima de ese pobre sexo, que se muere por mí!

¡Tan débil, tan complaciente!

No sé cómo hay quien dice que la mujer es obra del demonio. ¡Cosas de los maridos!

Los franceses creen,—á propósito de su fiereza,—que las españolas llevan la navaja en la liga. ¡Fantasías!

Si así fuera, andaríamos todos los españoles buscándoles camorra para ponerlas en trance de sacar el arma homicida.

CALENDARIOS

PARA EL PRESENTE AÑO

LOS QUE HACE UN EMPLEADO

¡Qué suerte la mía! ¡Maldita sea ella!

El señor Ministro, en atención á mis méritos y servicios, se ha dignado obsequiarme con una credencial como regalo de año nuevo.



¡Gracias!

¿De modo, que mañana tendré que ir á la oficina?

¡Bonito porvenir! Pronto, muy pronto, pediré mi cesantía; no se pasan catorce años y medio buscando un empleo para eso, es decir, para obtenerlo. Se hace por afición, por gusto, constituye una verdadera profesión. ¿Qué creía usted, señor Ministro?

Me han empleado... ¡Habráse visto!... ¡Y cuando ya iba á entrar en el decanato del cuerpo de cesantes!...

LOS DE UN LITERATO

Estoy harto de ganar dinero por discurrir los mayores disparates que pueden ocurrírsele á un ser humano, humano en la apariencia.

Este año, lo he jurado, no ganaré nada.

Para conseguir mi propósito, ¿qué hacer?

Escribir con sentido común.



T. III.



La sala del teatro quedará vacía...

Mi empresario, mi antiguo cómplice, pagará también sus desacatos al arte. Lo he jurado.

¿Podré conseguirlo, seré yo capaz de escribir con sentido común?

LOS DE UNA ACTRIZ

De un salón, de un salón de color, ¡eh!, he pasado á la escena. ¿Por qué? ¿Quién lo sabe! La suerte, el palmito y demás, ó... y demás, el palmito y la suerte.

El compromiso no es chico, pero yo pienso salir airosa.

He visto en mis excursiones por el extranjero á las mejores actrices del mundo.

De una tomaré los ademanes, de otra el sonsonete y de otra el modo de vestir.

He ahí mi tabla de salvación: el vestido. ¡Muchos, muchos trapos!

Hasta hoy he procurado llevar en la escena los menos posibles.

Desde hoy me vestiré, me vestiré y triunfaré.

Conque no llamarse á la parte de mi triunfo, señores modistos.

LOS DE UN ACTOR

Me despido de ustedes. Un empresario americano que me vió en mi papel del *Tripas*, me ha contratado para hacer ejercicios de dislocación y títeres en los principales circos del mundo.

Ya decía yo que había nacido para algo más que para hacer reír á ustedes. ¡Oh, inocentes, que no comprendieron mi verdadera vocación!

LOS DE UN ESTUDIANTE

Mi padre, mi buen padre, me asegura que este año terminaré mi carrera, mi carrera de obstáculos, pues tiene tan bonisimas recomendaciones que aprobaré todas las asignaturas que me faltan aunque insulte al tribunal en el acto del examen.

¿Qué haré después?

¡Si en los hipódromos corrieran los juementos!...

LOS DE UNA NOVIA

Seré esposa y suegra al mismo tiempo.

Pepe, para nuestra boda, será ya viudo y con hijas casaderas.

LOS DE UN REPORTER

H. y Q., P. y R. me adulan.

He decidido, aunque me adulen y prometan convidarme, — que no convidarán, — no saludarles.

No quiero proporcionarles el trabajo que luego, cuando lleguen al presupuesto gordo, les costaría olvidarme.

Lo que sí pienso es darles motivos para que entonces, cuando hablen mal de la prensa, lo hagan con razón de sobra.

LOS DE UN CONQUISTADOR

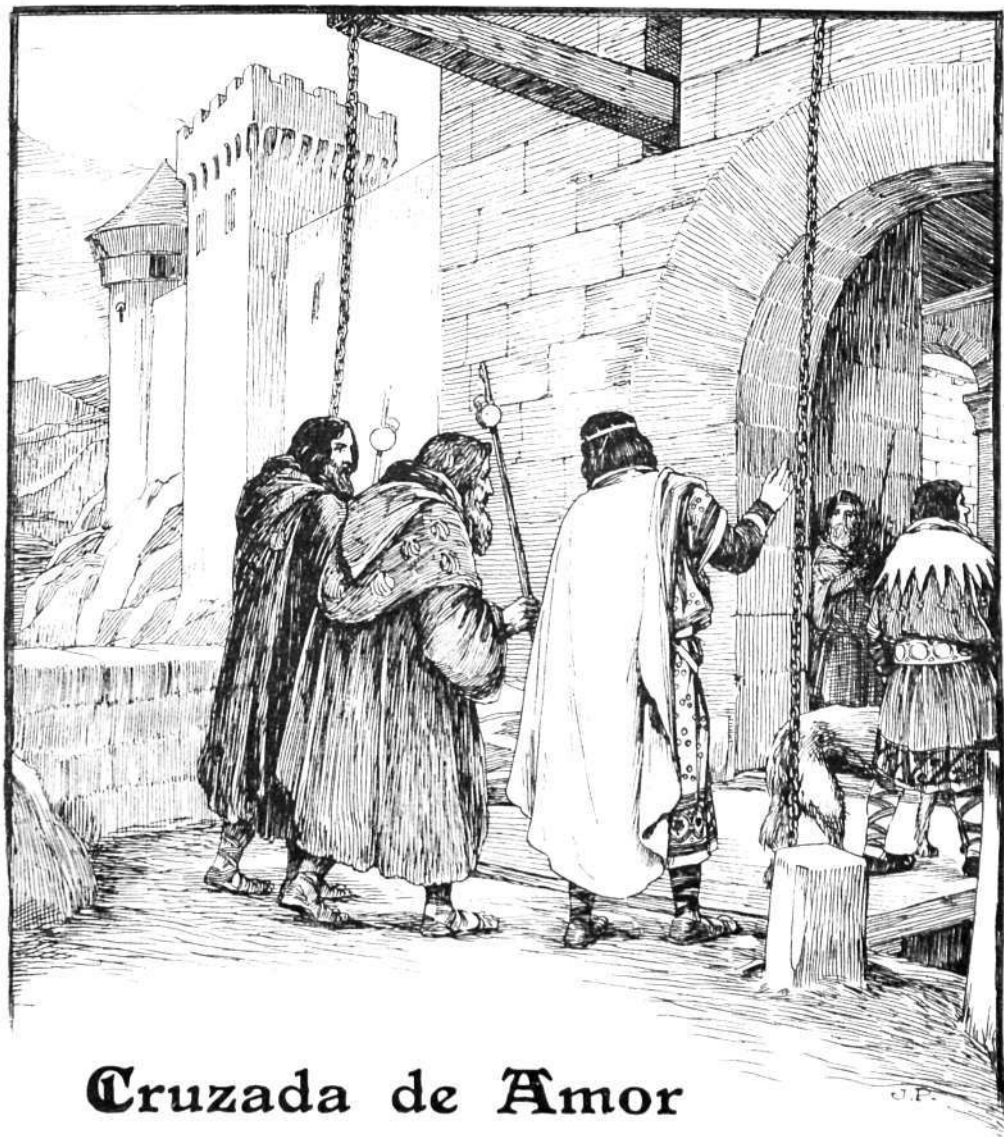
Buen principio de semana, ¡y le ahorcaban en lunes!

Buen principio de año, ¡y me caso en Enero!

TOMÁS CARRETERO.

(Dibujos de B. Güi y Roig.)





Cruzada de Amor

NOVELA DE LOS TIEMPOS MEDIOEVALES

POR

RAMÓN PEREZ DE AYALA

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO GODOFREDO DE RUDEL TIENE UN SINGULAR ENCUENTRO CON DOS SANTOS VAGABUNDOS.

ERA el tercer día de las calendas de Mayo. Godofredo de Rudel, príncipe de Blaye, paseaba su melancolía no lejos del castillo feudal de sus mayores.

Vestía un largo manto de terciopelo muy obscuro, en el cual se arrebujaba á manera de túnica. En pos de él, Pipolín, su fiel bufón, más fiel, á decir verdad, que divertido, caminaba á la par de Ciclón, un lebrél canela ya viejo, que en su vida había perseguido liebre alguna.

Los tres iban pensativos, meditabundos, según convenía al ambiente de aque-

lla época medioeval, guerrera y caballesca. ¿En qué pensaba cada uno? Godofredo abismábase en la perspectiva ideal de un amor lejano, jamás sentido. Mancebo galante y apuesto, había prodigado decires de amor á muchas doncellas,—Rosalinda, Leonor, Concentina, Volcana y otras,—pero sus frases rendidas eran tan sólo escarceos de palabras que fuera del alma se formaban. Todas aquellas nobles damas, llenas de honestidad y adornadas de virtudes, parecíanle vulgares en su porte, iguales todas, incapaces de inspirar una pasión principesca. La linda rigidez y melancólica expresión de las mujeres del Norte, aureoladas de bruma, los ojos azules, azules siempre como el cielo frío, el cabello rubio ambarado como el oro viejo; todo ello, pensaba que era más ornamento de un trono que de un tálamo. Soñaba el buen Godofredo, —bueno en medio de todo,—con una belleza meridional apasionada y ardiente como el sol, algo así como una Cleopatra amante, llena de sortilegios, sabia en filtros misteriosos que encanten al amador; una belleza maligna como las piedras negras, con los ojos insondables de tenebrosidad pavorosa para abismarse en ellos, el cabello como mar de tinieblas con ondas que azulean, la boca sangrienta, como la flor de granado, y la piel suave, de fruto en sazón. Y la dulce visión parecía tomar forma en el acalorado pensamiento del príncipe, cuyo corazón latía con fuerza ante la esperanza remota de aquel amor quimérico.

No creo que haya lector alguno que ose tachar de ridículas las ideas de nuestro protagonista, ni de puerilmente extravagantes sus anhelos amorosos. Caso frecuente es el tal en la época moderna, si hemos de dar crédito á muy distinguidos noveladores, que de veraces presumen. Considérese, por lo tanto, que corriendo el siglo XII, en plena época feudal, esto, que hoy podría ser tachado de inaudita antigualla, era el pan de idealidad con que se alimentaban los espíritus de aquellos esforzados guerreros.

Ahora bien, ¿y Pipolín, el fiel butón, en qué pensaba? ¡Ay! Entonces como ahora, los bufones no pensaban maldita la cosa. Así, Pipolín, caminaba detrás de

su señor, remedando malamente sus andares á causa de la doble joroba, que achaque ha sido de los bufones de todo tiempo el remedar las maneras de aquel á quien sirven.

Ciclón, el viejo lebrel, también iba presa de amargas meditaciones. Es de advertir que así como en las épocas clásicas de Esopo y Fedro los animales poseían la facultad de hablar, en los tiempos á que nos referimos, aunque habían perdido ésta, conservaban aún la de pensar. Pensaba el can anciano que Folquet, el pícaro cocinero, de algún tiempo á aquella parte venía disminuyéndole la ración con un descaro sin límites. Y por más que daba vueltas y más vueltas en su sesera canina, no atinaba con el modo de poner fin á tal desmán.

Un singular encuentro vino á sacar al príncipe de su abstracción.

—A la paz del Señor Jesucristo. Preste, el noble señor, un techo bajo el cual se cobijen estos pobres romeros.

Godofredo levantó la cabeza para mirar á quienes de este modo le hablaban. Eran dos peregrinos. Venían vestidos de tosco sayal pardo, raído, andrajoso, sembrado de grandes conchas cogidas en playas distantes. Bajo el amplio chambergo, que para resguardarse del sol llevaban, pendían las hirsutas cabelleras, greñosas, empolvadas. Las secas manos, acartonadas por el sol del Sur, aprisionaban con angustia el bordón, en cuyo extremo la calabaza mostraba su redondez hidrópica. Los pies nazarenos aparecían hollados de sangre por los abrojos de un camino de penitencia. Los dos mendicantes estaban llenos de unción y de santidad. El uno era viejo, casi valedunario, como esas esculturas góticas esculpidas en madera oscura sobre los sitiales de los coros, el otro era joven; pero entrambos tenían los ojos grises y serenos, de agua estancada, circundados de grandes ojeras cárdenas, ojos que se perdían en las elevadas esferas del arrobo místico.

—Venid á mi castillo,—les dijo el de Rudel;—allí tendréis albergue y cuanto os sea necesario.

Los peregrinos quisieron besar la mano á Godofredo, pero éste se negó, y re-

gresaron todos al castillo. Pipolín meditó una bufonada, que no hizo al ver la cara hosca de su dueño, y Ciclón pensó, entristecido, que el desalmado Folquet aquella noche le escatimaría un zoquete.

Llegados á la mansión del príncipe transpusieron todos el foso, pasando el puente levadizo, que los centinelas hubieran tendido á tal sazón, y Godofredo fué, seguido de los mendicantes, hasta la gran cuadra que en la torre del homenaje solía emplear para sus solitarias meditaciones. Ya el sol con su carro de fuego transpusiera las cumbres del poniente y la noche temerosa extendía sus fantasmas sombríos en aquella estancia feudal, negros fantasmas que escalaban los espesos muros hasta llegar á las recias vigas del techo, ahumadas y negruzcas, testigos de largas veladas infanzonas y de rancios vasallajes. Unos servidores, de humilde catadura aldeana, entraron á encender tres hachas que en la cámara había; la luz chisporroteó con llamardas amarillentas y rojas, que vomitaban grandes bocanadas de humo negro y denso. El príncipe miró á los dos santos vagabundos, que con su cara adusta y hosca de austeros penitentes, meditaban en silencio. Invitóles Godofredo á que contasen sus romerías si es que gustaban de ello, y el más anciano de los peregrinos habló de la manera que se dice en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

QUE TRATA DEL DISCURSO DE LOS DOS VAGABUNDOS

— Señor nuestro, noble y magnánimo: sepa la vuesa merced que á la presente hora no hay paraje que no haya pisado nuestra cansada planta, ni país que no hayan recorrido nuestros asendereados cuerpos. Navegamos por el sesgo curso de caudalosos ríos, atravesamos las ondas amargas del dilatado mar. Abrasáronse los nuestros pechos, faltos de aire, en las planicies de caliginosos y muy ardientes desiertos, y entumeciéronse ateridos y amoratados nuestros enmagrecidos miembros con el frío vendaval y los cierzos de inclementes climas.

Mendicantes somos, y de limosnas vivimos, de las limosnas que los fieles de la cristiandad han tenido á bien darnos dondequiera que hemos llegado. Imperios, reinos, principados y señoríos nos han visto vagar, como ánimas errantes, camino de la Tierra Santa, que encierra las memorias de la vida y muerte del Señor Jesucristo.

Tenían las palabras del romero un algo de misterioso y lejano, como esas caravanas árabes y borrosas que se ven en algunas litografías antiguas, caminando por un desierto infinito en que se pone el sol y alarga las siluetas dolorosas de los camellos. Era su voz bronca y seca, avezada al andariego implorar, hermana de la hosca catadura de su rostro. El príncipe, que escuchaba atento en tanto hablaba, hubo de preguntarle á tal sazón:

— ¿De dónde venís y adónde vais?

El mozo peregrino, que hasta entonces hubiera callado, tomó la palabra en tal punto y habló de esta manera:

— Vamos á la Bretaña, señor, y venimos del Languedoc y de la Provenza. Bellos y muy nobles países son éstos, dignos de toda loa y de sin igual admiración. Señores hay en ellos tan fastuosos en el dar, que sus limosnas y agasajos por maravilla ó encantamiento se tuvieran á no verlos con los ojos, palparlos con las manos y gustarlos con la boca. Cristianos son los tales señores y magnates, á mi fe, como puedan serlo los de un otro país cualquiera, mas sin faltar á la ley de Dios saben discurrir su vida con ingeniosos expedientes y muy honestos y sabios regocijos. Arden los castillos en fiestas, y señores y vasallos, hidalgos ó plebeyos, platican de amor, inventan juegos ingeniosos, proponen sutiles cuestiones, con las cuales los que enamorados están descubren por figuras sus pensamientos á quien más les place, levántanse disputas de diversas cosas, atraviéanse motes entre algunos, y huélganse todos extrañamente componiendo muy dulces músicas y canciones que muchas damas de singular belleza y claros talentos, escuchan deleitadas. Hombres hay avisados en su ingenio, y divertidos en las trazas de su imagina-

ción, que á la manera de los viejos aedas y rapsodas van de mansión en mansión cantando bellos decires, ó tañendo suaves músicas en instrumentos dulcemente acordados, los cuales llámanse juglares, así de boca como de péñola, y no faltan fidalgos que cuentan su amor á las bellas y pregonan su hermosura en baladas ingeniosamente compuestas; dícense los tales, doctores en trovar y también trovadores. Mas es de advertir que los juglares de que hablo no han de confundirse con los apellidados bufones en Lombardía, hombres de atambor, saltadores y tromperos. El nombre de juglar sólo pueden llevarle sin desdoro los que adornados de cortesía y buen saber alternan entre ricas gentes para tocar instrumentos, contar novelas, recitar versos y canciones ajenas, y para otros empleos buenos y agradables del ingenio. Tales gentes como éstas son recibidas en las cortes, porque su oficio es de gran recreación y placer.

También entre los de saber de clerecía dedícanse algunos á este noble oficio del trovar, y fraile conocí yo, llamado Durán, cuyas trovas eran de todo punto admirables; recitábalas en los castillos, vestido de cortesano, muy ágil de su persona, con los zapatos cuadrados, á la usanza de los vecinos de París; llevaba un largo instrumento de cuerda á guisa de juglar gascón.

Godofredo de Rudel escuchaba sonriente aquel discurso juvenil lleno de fogosidad y entusiasmo. Mostraba claramente su divertimento en la expresión de su faz, y quiso indicar sus aficiones y ciencia del arte de trovar, ya que él era un hábil forjador de versos. Así, dijo al efecto:

—Excelentes trovadores y juglares habréis oído en la Provenza, puesto que así lo decís; pero nunca supieron tocar la viola ni acabar con el temple y cadencia de los bretones.

El mozo peregrino callóse por el pronto, mas luego respondió:

—Nunca oí á los bretones, que mi memoria recuerde, pero gran verdad ha de ser su excelso mérito cuando un tan discreto señor lo encarece.

Y tornó al silencio.

El príncipe, pensando muy acertadamente que aquellos santos varones de algo más que de contar historias vivían, llamó á sus servidores y pidióles el yantar. No tardaron éstos gran cosa de tiempo en acomodarlo en aquella misma cámara en que estaban. Ni era Godofredo glotón ni tentado de la gula, pero aun así y todo, sus frugales refacciones cotidianas eran algo así como pecaminoso sibaritismo para aquellos austeros viandantes, hechos á los ayunos y cuando no á miserias viandas. Negáronse en un principio á tomar parte en aquello que ellos llamaban «festín reñido con la humildad cristiana de un penitente, regalo que la carne pecadora no merecía,» y otras cosas de este jaez, y obstinábanse en comer algo que fuera tan sólo sustento del cuerpo, junto al hogar, entre la turba de criados y siervos; mas rogóles tanto y con tan convincente manera Godofredo, que á la postre accedieron á participar en su comida, y comer á satisfacción aquella noche, por vía de penitencia y mortificación.

Ya terminada la cena, sin duda bajo el benéfico influjo de la sangre de las vidas, que es sangre de Cristo, desarrugóse el entrecejo hirsuto y hosco de los romeros, y las bocas adustas, sólo hechas á implorar orando, dilatáronse en sonrisa plácida de sobremesa monástica. Moviéronse las lenguas con más priesa que antes y menudearon muy curiosas razones, que sabrá el que lea el capítulo siguiente.

CAPITULO III

DE CÓMO GODOFREDO ENAMÓRASE DE LA PRINCESA DE TRÍPOLI POR LAS PONDERACIONES QUE DE ELLA HACEN LOS PEREGRINOS.

Hablóles el de Rudel de nuevo á sus huéspedes de sus peregrinaciones y viandanzas, y mirando ellos que tan magnánimo señor gustaba sobremanera y en alto grado de pláticas y cuentos de lejanos parajes, diéronse á decir cuanto de extraordinario hubieran visto por todo el orbe de cristiandad; y esto, con tan pintoresca lengua y donaire que Godofredo permanecía absorto y como encantado. No daban paz á sus curiosas y di-



vertidas historias, en tal modo y manera, que al punto que el uno la dejaba, continuábala el otro, como si de los labios á medio salir se la arrancase. Y así, ora el uno encarecía grandemente la fastuosidad y lujo de los hijos de las Italías, ora el otro pregonaba el extraordinario vigor de los germanos. Y así, en fuerza de contar raras, aunque verídicas historias, vinieron á caer en la Antioquía y á referir las extraordinarias aventuras que de los cruzados en ellas hubieran apren-

dido. Hicieron, con esta ocasión, una sutil y minuciosa cuenta de cuantas peripecias y lances de fortuna les ocurrieran á Godofredo de Buellón y su ejército, con tal primor y tanta cantidad de detalles, que no se dijera otra cosa sino que los dos comensales

habían presenciado lo mismo que narraban. Hablaron de las mercedes y dones que los señores de aquellas tierras les hubieran concedido, y en particular hicieron mención del conde de Trípoli, liberal entre magnates, y de su hija, tan hermosa que por maravilla se tuviera. Llamábase aquél Ramón, primero de su nombre en el condado, y ostentaba ésta nombre de peregrino encanto, Melisenda. Y como los romeros describiesen punto por punto los encantos de la afortunada y bondadosa doncella, ocurrió que era tal como la soñaba la mente del acalorado príncipe, según se describe en el capítulo primero, y es á saber: negra la color de sus grandes ojos, como piedras azabaches de gran medida y precio; más encarnada la boca que las piedras rubíes ó la flor de los claveles que en Provenza se criaban; suave y morena la piel de su cara; negra también la cabellera, pero sedaña y ondulada; el cuerpo bien fornido y de extremosa gentileza en sus ademanes y maneras. Añádase á esto la singular virtud, donaire y discreción que los santos vagabundos no se cansaban de encarecer.

No quiso oír más nuestro enamorado príncipe, y si bien por cortesía no abandonó á los que tan feliz nueva le traían, en tanto ellos contaban sin tasa nuevas historias, permanecía él tan pensativo en sus cosas y ajeno á las de ellos como antes atónito.

Tiempo llegó en que el sueño vino á invadir los ajetreados y molidos cuerpos de los viandantes; menudearon los bostezos y murieron las historias. Godofredo, que continuaba ensimismado y presa de sus amorosas cavilaciones, notólo casualmente, y dando tregua á su desmandada imaginación, que llevaba trazas de tocar en locura, llamó á sus servidores para que condujesen á los soñolientos huéspedes á sendos y bien mullidos lechos que al efecto hubiera mandado preparar.

Una vez partidos que fueron, quedóse el enamorado doncel á solas con sus quimeras, y dióse á discurrir trazas que

prontamente le condujeran cerca de su amada. Daba vueltas y más vueltas en la obscura cámara, con tal ímpetu y fogoso frenesí, que una fiera enjaulada se dijera que era, y á tiempo que sus pasos medían la estancia, caminaba la imaginación con no menos priesa, ímpetu y fogoso frenesí que los pies. En esta tarea transcurrieron hasta dos ó tres horas, al cabo de las cuales, sentóse el príncipe en una gran mesa que cerca de las tres hachas había, y allí cogiendo pluma y papel, empezó á desafogar sus ansias y deseos amorosos en muy apasionados y pulidos versos. Como tenía la cabeza caliente, y no menos caliente el herido corazón, la llama inspiradora no fué esquivá á los requerimientos de Godofredo, y muy pronto la mano, dócil á los designios del pecho, fué forjando las estrofas siguientes:

Aunque jamás la he visto, amo á una dama
que oír no pudo aún mis sentimientos;
mi corazón herido la reclama
con muy tristes, solícitos lamentos,
y he de hacer con mis trovas que la fama
á ella corone entre bellezas ciento.
ya que á beldad no igualan en porfía
sarracena, cristiana ni judía.

Lejos vive de mí. Tierra extranjera
pisa su planta. Lejanía me hiere.
Brisa sutil, sé tú mi mensajera
y dila que me espere, que me espere,
que he de llegar, aunque de amor yo muera
si ella, ingrata, de amor por mí no muere.
Hasta su trono seguiré el camino
con hábito y bordón de peregrino.

Cantando iré del mundo á los confines
mi amor inmenso, á nada comparable,
y á usanza de los viejos paladines
con uno he de luchar, monstruo espantable,
que cancerbero fuera en sus jardines.
Por gozar su presencia deleitable
dispersaran mis puños esforzados
á sarracenos mil, rudos y armados.

Cuando hubo dado fin á estas hiperbólicas y explicables arrogancias, las luces que en la cámara había mostrábanse moribundas, amarillentas y vacilantes, y á través de los grandes ventanales de vidrios espesos y emplomados, la dudosa luz, del Oriente entrábase temerosa y blanquecina.

(Se continuará.)

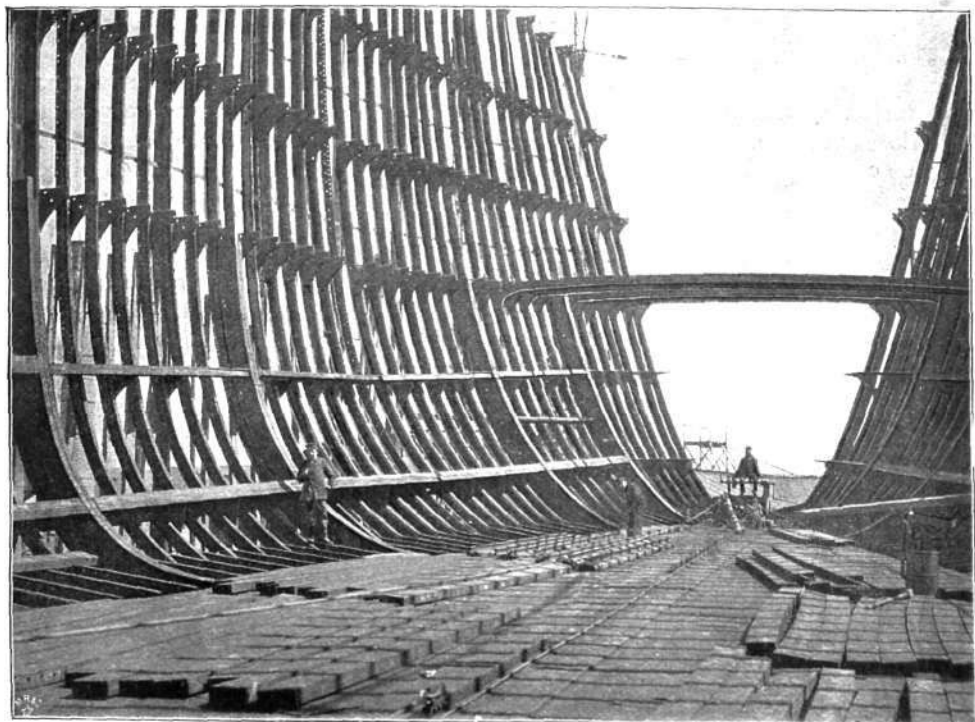


FIG. 1.— Cuadernas del esqueleto del *Frankfurt*.

LA MODERNA ARQUITECTURA NAVAL

CONSTRUCCIÓN DEL BUQUE EN EL ASTILLERO DESDE SU ESQUELETO Á LA BOTADURA

A favor de la marea se desliza lenta y majestuosamente por la ría uno de esos colosos del mar, que con sus armaduras de acero cruza el Océano, azotado por las tempestades, con más seguridad que lo hiciera en aguas costaneras, cuyo poco calado pusiérale en riesgo de encallar. Toda la noche estuvo en la rada esperando el flujo, porque sólo entonces tiene el piloto la certeza de medir algunos metros bajo la quilla. Impelido por potentes remolcadores encamínase el buque al varadero, al dique, y de cuando en cuando los aleteos de la hélice acuden en auxilio de las embarcaciones menores que penosamente lo arrastran.

El espectador se siente subyugado al contemplar aquella mole que pausadamente avanza y no puede menos de pensar en los cuidados, en los trabajos, en los capitales casi fabulosos que hubieron de emplearse y consumirse antes de que

la soberbia nave resbalando por la cala penetrara en su elemento para surcar por vez primera el Océano, seguida de los anhelantes votos de sus armadores.

Allá lejos, donde la diafanidad de la atmósfera bañada por el sol que sobre el mar planea, contrasta vigorosamente con el espeso y ceniciento humo que en negras nubes se escapa de gigantes chimeneas, se oye el estrépito incesante de las herramientas y se columbra un armazón de madera semejante á inmenso circo de antigüedad pagana. En aquella construcción de varios pisos se eleva un esqueleto de altas costillas de acero, cuya anchura disminuye hacia los extremos del armazón, que ha de convertirse en esbelto y elegante casco del buque. A medida que nos aproximamos á aquel sitio, aumentan el fragor y el golpeteo; centenares de hombres se mueven yendo y viniendo de un lado para otro, posándose en las arti-

culaciones del monstruo, cuyos miembros forjan á macha martillo y cuyos músculos entablan con enormes planchas de acero elevadas por las grúas. Las máquinas palpitan con la segura tranquilidad de un ciclope y el astillero responde á sus isócronos latidos con el rodar de las vagónetas, el arrastre de los materiales, el resplandor de las fraguas, el repique de los yunques, el golpeteo de los martillos, el crujido de las cadenas

y el gemir de las carruchas, formando un espectáculo de animación y vida verdaderamente asombroso, cual porfiada é incruenta batalla que la inteligencia del hombre libra contra las rebeldes fuerzas de la implacable naturaleza.

El que por vez primera ve un buque de gran porte en construcción, experimenta sensaciones inefables, por profano que sea en la ciencia de la arquitectura naval; pero son muchos los que no pasan

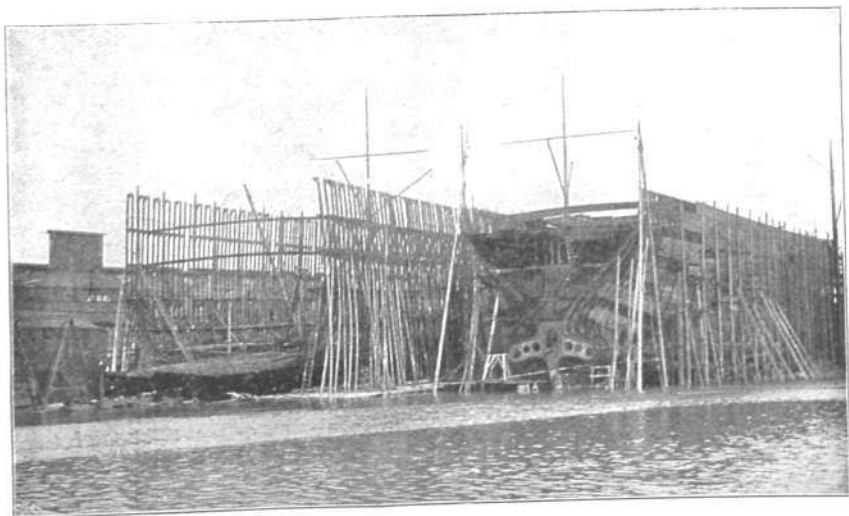


FIG. 2 — Los trasatlánticos *Colonia* y *Frankfurt* en el astillero de Tecklenburgo (Prusia).

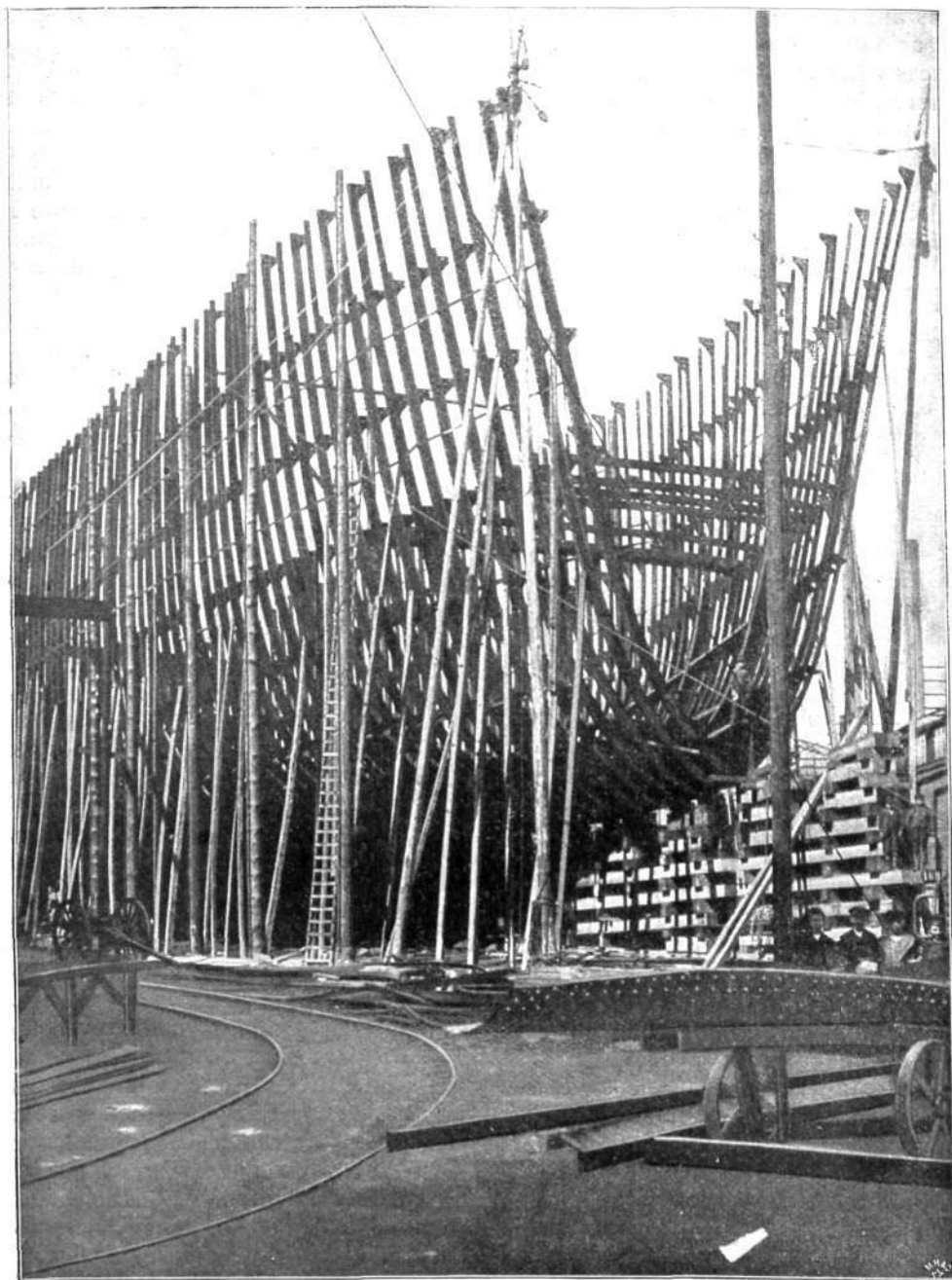
más allá de su admiración y asombro, como si la magnitud de la obra pusiera espanto en la mente y la disuadiere de averiguar de qué manera ha logrado el hombre armar un buque de acero y dominar los mares con el acorazado trasatlántico, última y maravillosa metamorfosis de la piragua india y de la salvaje balsa, complicado organismo bajo cuya férrea piel se nos muestra lo que pueden y alcanzan la industria, el arte y la ciencia, cuando en trinidad inseparable se ponen al servicio del hombre.

* * *

El coste de los grandes trasatlánticos llega á cifras fabulosas, pero más fabulosa es aún la energía cerebral que devoran, pues los incesantes progresos de la arquitectura naval obligan á introducir continuas modificaciones así en la cons-

trucción como en la distribución de los acorazados. También la velocidad es un factor del coste, especialmente en los vapores trasatlánticos, porque el aumento de tráfico y la concurrencia de las empresas navieras exigen mayor suma de perfecciones. No es, por lo tanto, de extrañar que un trasatlántico de los de mayor porte cueste de diez á quince millones de pesetas, y que un acorazado de combate llegue á valer 2.000 pesetas por tonelada de desalojamiento. El acorazado alemán *Emperador Federico III*, costó tanto como la nueva catedral de Berlín, cosa increíble para quienes sólo por fuera y desde lejos hayan visto una de esas fortalezas flotantes.

Veamos, pues, si conseguimos dar á nuestros lectores una idea concisa y exacta, libre de tecnicismos perjudiciales á la divulgación científica, de cómo se construyen esos colosos del mar, esos cetáceos

FIG. 3.—Esqueleto del *Frankfurt*.

artificiales que llevan en sus entrañas los destinos del mundo.

Para construir un buque se empieza por redactar una memoria con todos los pormenores referentes al casco y á las instalaciones de máquinas, la cual me-

moria sirve para el trazado del proyecto y el cálculo de los presupuestos. Al perfeccionar el primero es preciso hacerse cargo con toda seguridad de las circunstancias que ha de reunir el buque, según el empleo que se le quiera dar, y ver el medio

más á propósito para conciliar la mayor capacidad de carga con la elegancia de líneas y la excelencia de condiciones marineras, la mayor ligereza con la mayor resistencia á los embates del mar.

La distribución interior es de capital importancia para la utilidad económica del buque, y uno de los problemas de más empeño, puesto que el resolverlo

los que sirven de base á la construcción. Si el armador quisiera estudiar personalmente todos los problemas que pueden presentarse y calcular las relaciones entre las distintas fuerzas que cooperan á la navegación del buque, sería interminable su tarea; pero afortunadamente cuenta con el auxilio de las grandes sociedades de clasificación naval

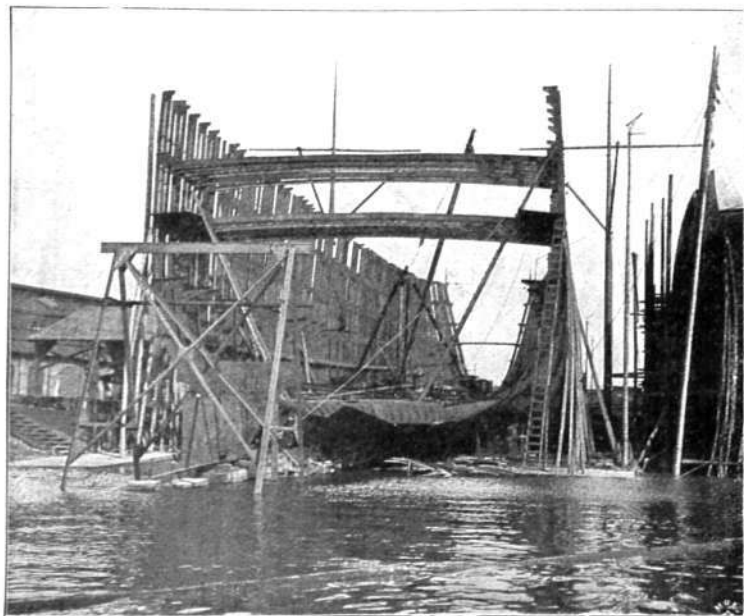


FIG. 4.— Colocación de los baos.

requiere mucha sagacidad científica, penetrante intuición y larga práctica. La parte económica de la construcción exige también un profundo conocimiento de los procedimientos siderúrgicos y de los mercados industriales, á fin de contratar con las mayores ventajas posibles la enorme cantidad de materiales que para ello se necesitan. La principal y más grave responsabilidad pesa, sin embargo, sobre las oficinas técnicas que han de dirigir la obra hasta en sus mínimos pormenores. El profano apenas puede formarse idea del trabajo que de regla y compás, por ejemplo, es necesario para la construcción de un buque de gran porte, y no exageramos al decir que llega á ochocientos el número de planos originales y heliografías para los talleres. No menos numerosos que los dibujos son los cálcu-

que van reuniendo los datos aportados por la experiencia y por la práctica, y combinándolos con las observaciones teóricas, los ponen á disposición de los astilleros, á fin de que escojan los elementos más convenientes según el caso. Estas sociedades, llamadas *Lloyd*, existen en todas las naciones que no desatienden sus intereses marítimos; y todos los buques que desean disfrutar de sus ventajas, la del seguro entre ellas, han de estar clasificados por la respectiva compañía, esto

es, han de estar contruídos con arreglo á las condiciones por ella exigidas, según las aguas por donde hayan de navegar y el destino que haya de dárseles.

Después de diseñadas con la más escrupulosa exactitud y á escala de 1 por 50 las líneas de construcción del barco, que se reproducen luego en su tamaño natural en el astillero por medio de maderos, se disponen los modelos de los hierros de perfil y de las planchas de los enlaces. Para las planchas exteriores se construye un modelo manejable y exacto del buque, al 1 por 50 de su tamaño natural.

La construcción de todo barco, ya sea velero, ya de vapor, ora de madera, ora de hierro ó acero, exige de antemano la determinación de su peso máximo, esto es, en carga completa, del peso del agua

desalojada, y la intensidad y magnitud de la fuerza motriz necesaria para vencer la resistencia del agua y la gravedad de la mole. Fácilmente se comprende que si el peso del buque completamente cargado fuese superior al del agua desalojada, se hundiría sin remedio; y que, si vacío pesara poco menos que el agua cuyo volumen viene á ocupar, fuera casi

nula su posible carga y una ruina para los armadores. Por lo tanto, el buque ha de estar construido de manera que al máximo de solidez corresponda el mínimo peso con relación al del agua que desaloje. Por ejemplo: si el volumen del agua desalojada por un buque pesa 5.000 toneladas, es necesario que el buque vacío pese lo menos posible con relación



Fig. 5.—Remachadores trabajando en la cala de un vapor hamburgués.

á estas 5.000 toneladas, pues cuanto más se acerque á ellas, menos carga podrá embarcar y mayores riesgos habrá de que naufrague.

El segundo punto importante es la determinación de la fuerza motriz que debe poner al buque en movimiento, y para ello es preciso averiguar la suma de resistencias opuestas á la marcha, ya por el peso, ya por la configuración del buque.

La parte principal de una nave es el casco, que forma un todo continuo destinado á flotar en el agua. Se divide en dos partes simétricas por un plano imaginario que pasa verticalmente á lo largo del buque; se llama este plano, *plano longitudinal*, y el costado que para un observador queda á la derecha recibe el nombre de *banda de babor*, y el de la

izquierda, *banda de estribor*. Otro plano también imaginario en sentido perpendicular al longitudinal, y que se llama *plano transversal*, divide al buque igualmente en dos partes; la situada delante de este plano forma la delantera, que termina en la *proa*, y la situada detrás forma la trasera, que termina en la *popa*.

Tenemos, pues, determinadas de esta suerte las cuatro partes cardinales del buque: *babor* (derecha, mirando á proa); *estribor* (izquierda, mirando también á proa); *popa*, parte trasera, y *proa*, parte delantera. La curva de contacto entre el casco y el plano horizontal de las aguas se llama *línea de flotación*; la porción de barco que queda sumergida, recibe el nombre de *obra viva* ó *carena*; la que está por encima de la línea de flotación es la *obra muerta* ó *acastillaje*.

Acercándonos á la cala vemos multitud de obreros ocupados en disponer la base sobre que ha de descansar el futuro coloso, y para que se comprenda el grado de solidez que han de tener los cimientos de la cala donde se construye el buque, bastará decir que el nuevo vapor inglés trasatlántico *Océánico*, de la compañía *White Star Line*, alcanzó en el arsenal

un peso de once millones de kilogramos. En la línea media de la cala se coloca una larga serie de estacas sobre las cuales se ha de apoyar la *quilla*. Es ésta la base y cimiento del edificio flotante, tiene forma rectilínea horizontal, su cara superior se llama *canto alto*, la inferior *canto bajo*, y la distancia entre ambas *peralto*. Termina la quilla por su parte

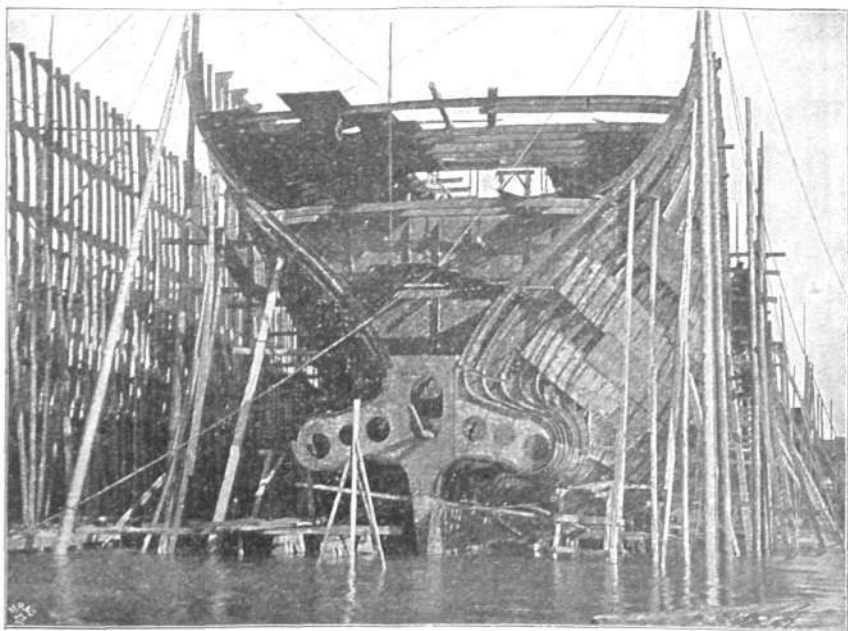


FIG. 6.— Colocación del árbol de la hélice.

anterior en una pieza llamada *roda*, que tiene una porción recta y otra curva; sobre esta última se apoya otra pieza muy fuerte, la *estamenara*, que constituye el último extremo de la delantera del barco y la base de la proa. En la parte opuesta de la quilla se ve una pieza casi vertical llamada *codaste*.

Mientras numerosas brigadas trabajan en la preparación de la quilla, otras construyen la andamiada de pino con anchas escaleras, que ajustándose exteriormente al futuro casco, facilitan en todos los períodos de la construcción el transporte de materiales y ofrecen á los obreros seguros puntos de apoyo en sus trabajos.

En cuanto queda tendida la quilla, que, como hemos dicho, es la columna

vertebral del esqueleto del barco, se levantan á ambos lados de la misma fuertes estacas sobre las que ha de descansar el fondo de la nave. Las piezas que dan forma al barco son una serie de armaduras planas llamadas *cuadernas* que pueden ser sencillas ó compuestas, según las dimensiones del casco. Con variantes que dependen del tipo del buque y de los sistemas de construcción, las cuadernas se componen por lo común de una parte casi horizontal, llamada *percha* ó *varenga*, ligada á la quilla por ensambles si el casco es de madera, ó por remaches si es de hierro, y de otra pieza acodada que se llama *genol*. La cala ó suelo de los grandes buques modernos está formada por dos superficies de hierro ó acero, apuntaladas una en otra y dejan-

do entre sí un espacio hueco, que contribuye poderosamente á la solidez longitudinal del barco, pues si la exterior sufre algún deterioro, sólo puede inundarse el espacio intermedio, quedando,

por lo tanto, asegurada la flotación del buque. Este espacio hueco es, además, muy á propósito para tomar lastre de agua, pues sabido es que los buques descargados necesitan lastrarse á fin de man-

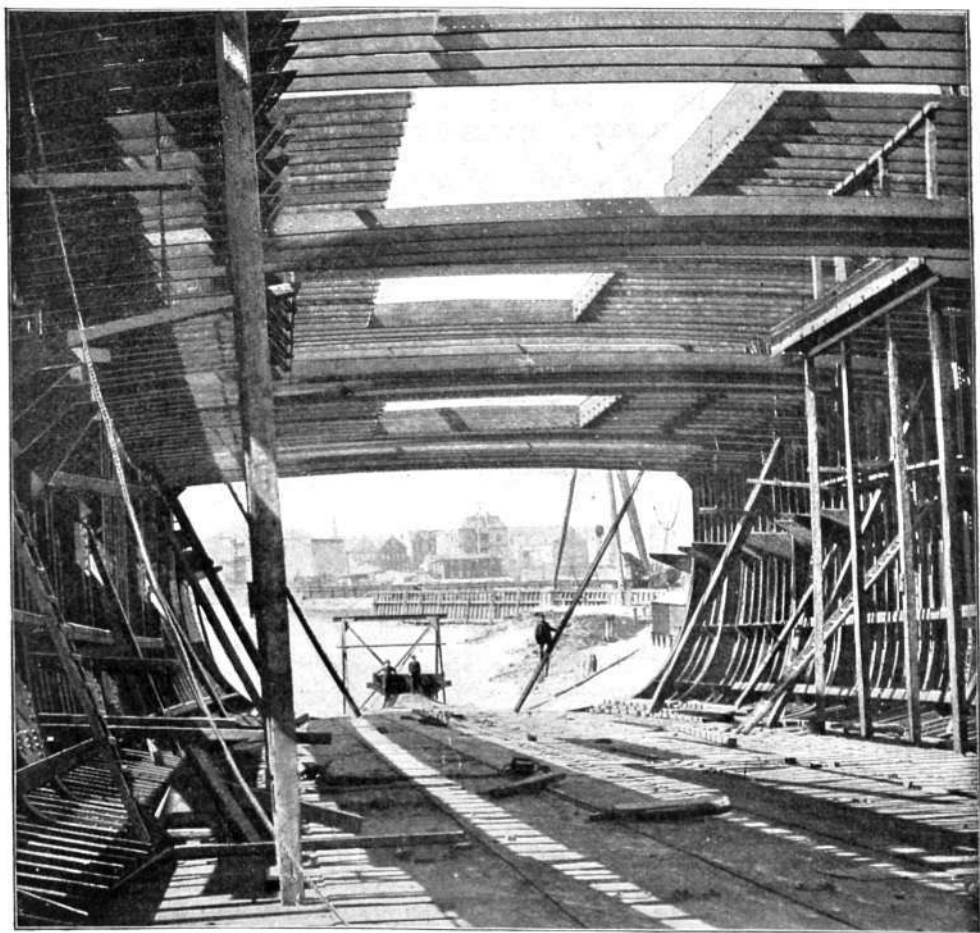


FIG. 7.—Vista de la bodega de popa de un buque en construcción.

tener el equilibrio, y para este caso, el agua tiene grandes ventajas sobre los demás lastres, que, como, por ejemplo, el de arena, requieren mucho trabajo y tiempo. Cuando ya está construido este doble suelo, ofrece el aspecto de un gigantesco reptil en actitud de acechar su presa.

Sobre aquella superficie no tardan en colocarse las primeras cuadernas hechas, como hemos descrito, con arreglo á los modelos de madera á que anteriormente nos referimos. La colocación de estas

cuadernas se efectúa en los grandes trasatlánticos por medio de potísimas grúas, cuya construcción exige extraordinarios cuidados. Los respectivos grabados que ilustran estas líneas representan el vapor *Frankfurt* en este período de construcción, distinguiéndose perfectamente la andamiada en que se ha de apoyar la roda. Casi todos los pares de cuadernas se alzan todavía sin más apoyo que el que tienen en su punto de unión con la quilla y el que provisionalmente les prestan unos puntales colocados en la parte

exterior. La distancia entre estas piezas se fija por los ingenieros en los buques mercantes, pero en los de guerra está supeditada al número de troneras para los cañones.

Todo buque tiene en su parte superior un techado ó pavimento llamado *punte*, sostenido por los *baos*, que hacen el mismo oficio que las vigas en las casas y atraviesan el buque en el sentido de su anchura, apoyándose en piezas verticales

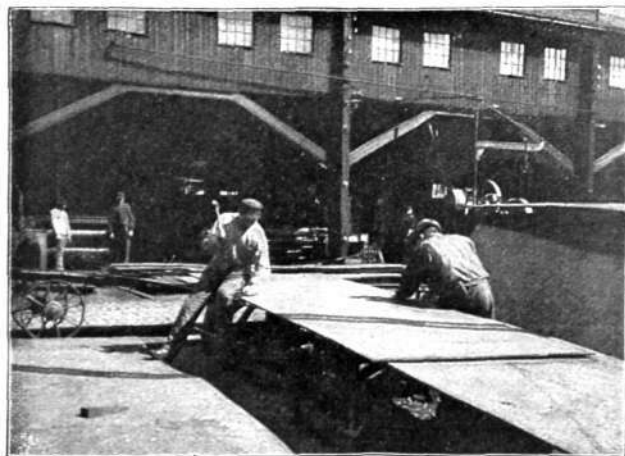


Fig. 8 — Horadamiento de las planchas para la colocación de los roblones ó remaches.

que llevan el nombre de *pies de carnero*. Los *baos*, cuya colocación puede verse en el grabado correspondiente según indica el epígrafe (fig. 4), sujetan fuertemente las cuadernas entre sí; y mientras por la parte superior se traban de este modo los pares de cuadernas, en la parte inferior, en las planchas provisionalmente sujetas al doble suelo, numerosos operarios proceden á remacharlas definitivamente.

Los aprendices van sacando de la fragua al rojo vivo los remaches que han de afirmar todo el casco del buque, y un obrero los introduce después en los agujeros de las planchas que han de remacharse y los sujeta fuertemente de manera que la cabeza quede apretada contra la plancha inferior, mientras los dos remachadores golpean con sendos martillos sobre el extremo del remache, que asoma por fuera de la plancha superior, hasta aplastarlo sobre ella. El número

de remaches que entran en un buque como, por ejemplo, el *Colonia* (fig. 11), puede calcularse en ochocientos mil, y esta cifra dará idea del trabajo que exige tal operación teniendo en cuenta, como hemos visto, que para cada remache se necesitan cuatro operarios. Cuando el *Océánico* salió del astillero de Belfast llevaba en el cuerpo la friolera de un millón setecientos mil remaches.

Una vez colocados los *baos* comienza á verse y apreciarse la inmensidad del interior del buque, según puede colegirse de nuestro grabado (fig. 7).

Este período de la construcción es indudablemente el que más impresiona al profano, quien sólo entonces puede explicarse y darse cuenta del gran número de pasajeros y de los miles de toneladas que puede conducir un trasatlántico en sus viajes.

A mayor abundamiento de esta idea, citaremos aquí el cargamento que el vapor *Cymrik*, de la compañía inglesa *White Star Line*, llevó de Nueva York á Hamburgo en una de sus más recientes

travesías. Consistía en lo siguiente:

- 3.600.000 litros de trigo,
- 1.760 sacos de harina,
- 11.288 tablones de madera,
- 5.272 barriles de azúcar,
- 13.413 balas de algodón,
- 14.130 kilogramos de víveres,
- 3.359 barras de acero,
- 500 barriles de cobre,
- 8.095 barras de plomo,
- 115.265 fardos de pizarras,
- 2.170 kilogramos de carne de buey,
- 579 cerdos,
- 200 caballos,
- 700 bueyes,
- 1.000 ovejas.

Pero volvamos al astillero. Tal como hemos dejado al buque (fig. 7), se puede ver la ría desde el extremo de proa, pues en la parte de popa faltan casi todas las cuadernas, por entre las cuales ha de pasar el eje motor de la hélice á través del casco. El armazón que sirve de soporte

á este eje está provisto de huecos para disminuir el peso, sin menoscabo de la solidez de la embarcación, tal como indica el grabado núm. 6.

Antes de colocar las últimas cuader-nas, y con ellas la roda y el codaste, ya empiezan á verse algunos trozos exteriores recubiertos de planchas, especialmente las que han de servir de juntas.

Unas veces las planchas se remachan directamente con los tirantes, y otras veces se van remachando alternativamente. Es preciso que todas las placas tengan la forma exacta que requiere el sitio donde han de colocarse, á fin de que enlacen ó se correspondan unas con otras y se adapten á la curva del buque. Todas las placas salen ya del taller de numeración

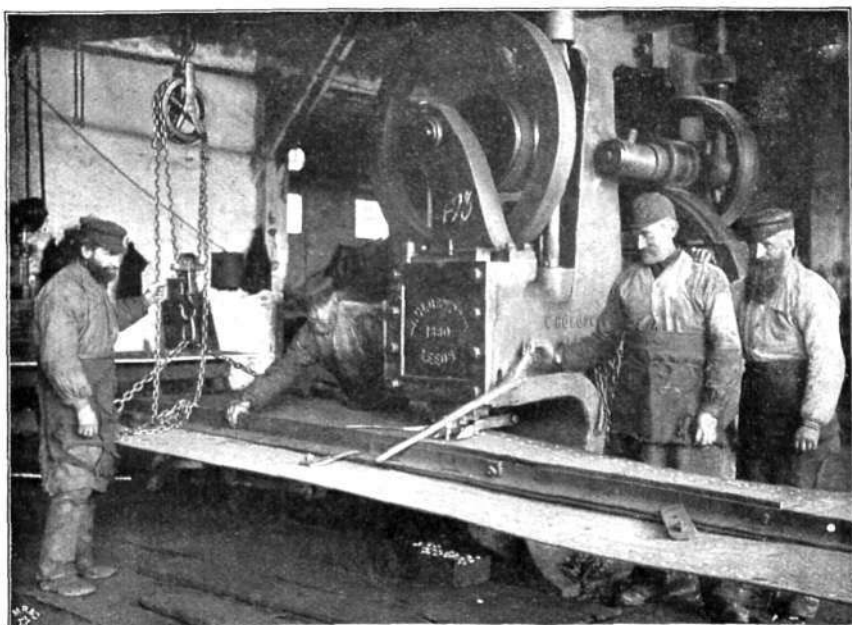


FIG. 9.— La plancha debajo de la máquina agujereadora.

respectivamente numeradas, lo que facilita en extremo el trabajo de colocarlas, y con la grúa corredera se las va transportando directamente al lugar donde han de quedar ajustadas.

Para dar á las placas la correspondiente curvatura se las somete á la máquina laminadora (fig. 10), y si se trata de formas complicadas, se la calienta al salir de los cilindros hasta el rojo-blanco y en este estado semi-pastoso puede fácilmente dársele la forma deseada con el auxilio de martinetes. Una vez acabada la elaboración de la placa se coloca en una vagoneta que la transporta junto al buque, al cual se la sube por medio de una grúa recibiéndola la brigada de ajustadores, que la colocan cuidadosamente en su sitio, sosteniéndola en él con tor-

nillos; cuando ya hay un número suficiente de placas en esta posición interina, se van quitando los tornillos con objeto de proceder al definitivo remache de todas ellas. Así se demuestra en la figura 11, que representa la colocación de planchas de acero en la proa del vapor *Colonia*, donde sólo las de la parte inferior, allí donde la curva es más rápida, están completamente remachadas.

Mientras el blindaje exterior se va terminando, merced al ajuste de las diversas planchas que lo constituyen, en el interior del buque no cesa el fragor del trabajo; los obreros se ocupan en construir los compartimientos-estancos que dividen al buque en varias porciones aislables á voluntad, desde la quilla hasta un poco más arriba de la super-

ficie del mar. Estos compartimientos preservan al buque del hundimiento en caso de naufragio; comunican unos con otros, ya por la parte superior, ya por la inferior, por medio de portillos circulares que pueden cerrarse rápida y herméticamente, gracias á una palanca movida desde el puente superior. El espacio de cada compartimiento está calculado

de manera que si hay una vía de agua el buque no se hunde, pues con el cierre de los demás compartimientos se impide la entrada del líquido en ellos y puede acudirse cómodamente á la reparación de la avería.

Al mismo tiempo empieza la construcción sobre doble fondo del basamento de las máquinas, que consiste en un

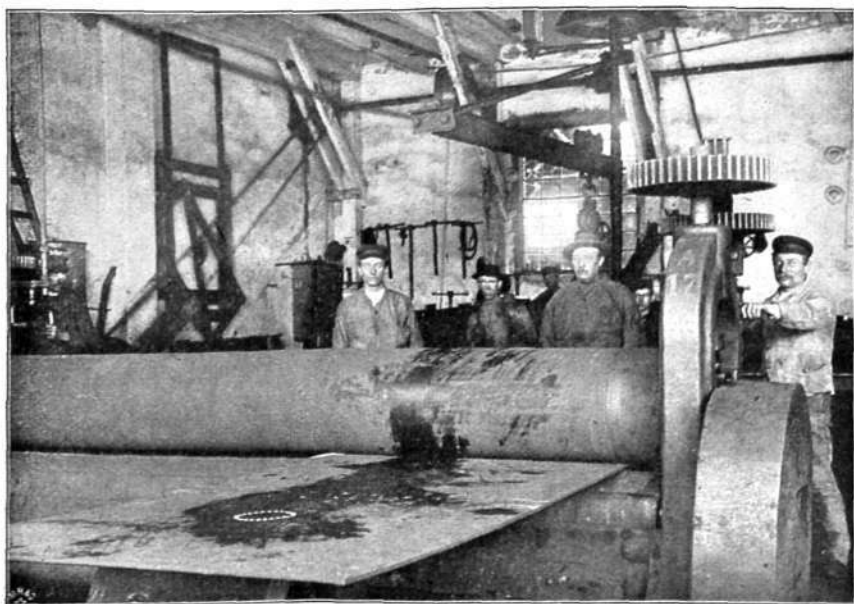


FIG. 10. — La plancha debajo del cilindro ó máquina laminadora.

verdadero suelo de plancha de acero; y mientras se hacen estas obras en el interior, queda el buque casi completamente blindado, pues sólo se ven, muy en lo alto, los obreros que remachan las últimas planchas exteriores (fig. 12).

Como formidable plataforma se extiende el puente superior, ya casi cubierto, á lo largo del buque (figura 14), y la mirada, al espaciarse desde allí por el astillero, distingue á los obreos que en tierra trabajan como si fueran hormigas que aportasen granos de acero para la construcción de un buque.

Aunque de día en día va disminuyendo el número de los trabajadores, se oye aún incesante golpeteo en el interior de la nave. En los diferentes puentes se hacen las escotillas ó aberturas (figura 13) necesarias para la carga y descar-

ga; se abren en el blindaje las ventanillas redondas, y por todas partes se oyen todavía los golpes de los remachadores que colocan apoyos para sostener el puente.

Cuando se ha puesto el último remache en las planchas exteriores, es prueba de que los trabajos de segunda construcción tocan á su fin; el buque está ya impermeable y no queda nada por hacer en el astillero; se acabó el segundo período como lo fué el primero, cuando el esqueleto estaba entre tirantes. Va á procederse á la botadura.

Pero antes de fijarnos en los preparativos de esta solemne operación, echemos una ojeada á los talleres, donde resuenan sonoros martillazos; es que en el departamento de calderería se están dando los últimos toques á una de las cuatro grandiosas calderas que se han de colocar en

cada uno de los dos vapores (fig. 15), y cuya construcción comenzó al tenderse en el astillero las quillas del *Colonia* y del *Frankfurt*. El asombro, y más que el asombro, la estupefacción, sobrecogen el ánimo al entrar en aquel recinto donde el aire es humo, y la voz humana se

pierde entre el estrépito de los golpes de los caldereros.

Mucho cuidado requiere, sin embargo, este trabajo de ciclope, pues las calderas son la parte principal de la maquinaria del buque, y sólo su construcción exactamente sujeta al plano del ingenie-

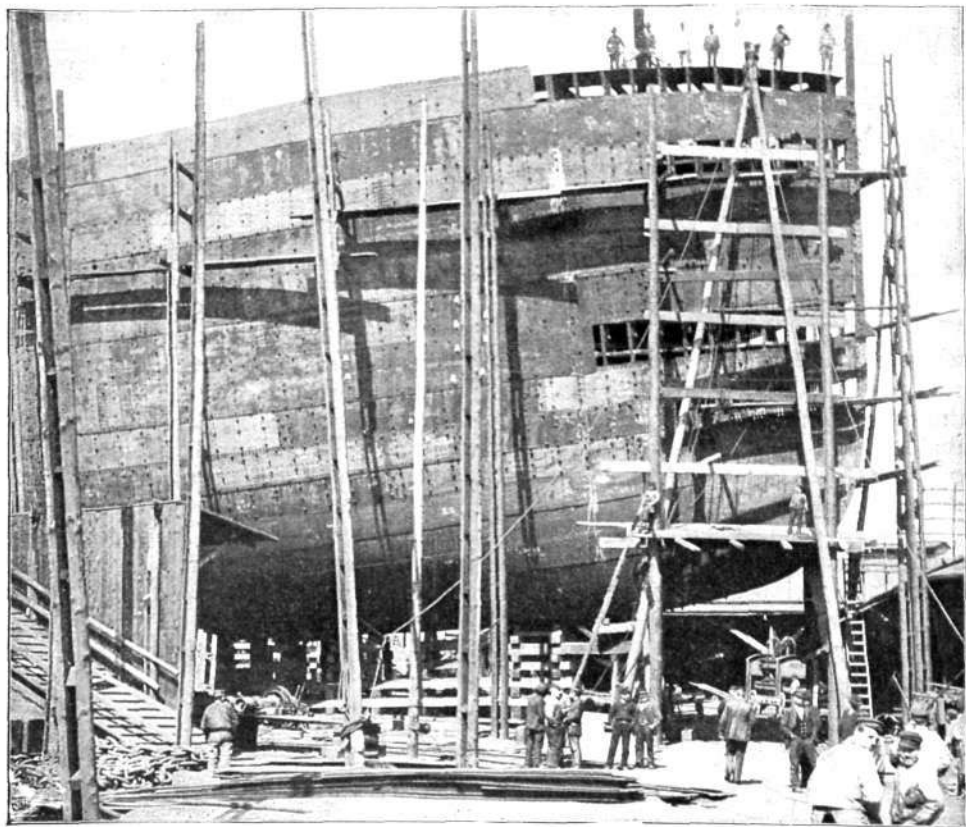


FIG. 11.— La proa del vapor trasatlántico *Colonia*.

ro, puede asegurar un regular funcionamiento y la mayor economía posible en el consumo de combustible. Las calderas que hoy se usan generalmente en los vapores mercantes son las de cilindros, que sin duda serán substituídas en lo porvenir por las tubulares. Se distinguen unas de otras en que en las primeras, tal como indica la fig. 15, los tubos, parecidos á un tamiz visto de frente, están rodeados de agua que se calienta en los hogares cilíndricos que aparecen en la parte inferior; mientras que en las segundas, las llamas tocan directamente á numerosos tubos

llenos de agua, produciéndose por consiguiente con mayor rapidez el vapor, circunstancia que es importantísima y valiosa en los buques de guerra.

A la vista de las formidables calderas que acabamos de contemplar en los talleres, cabe inquirir por qué se necesita tanta fuerza de vapor para impulsar un cuerpo flotante que, como el buque, se mece tan fácilmente en el agua; y más de uno se maravillará al saber que casi toda la resistencia que el barco opone á la propulsión es debida al roce ó frotamiento contra el agua durante la marcha,

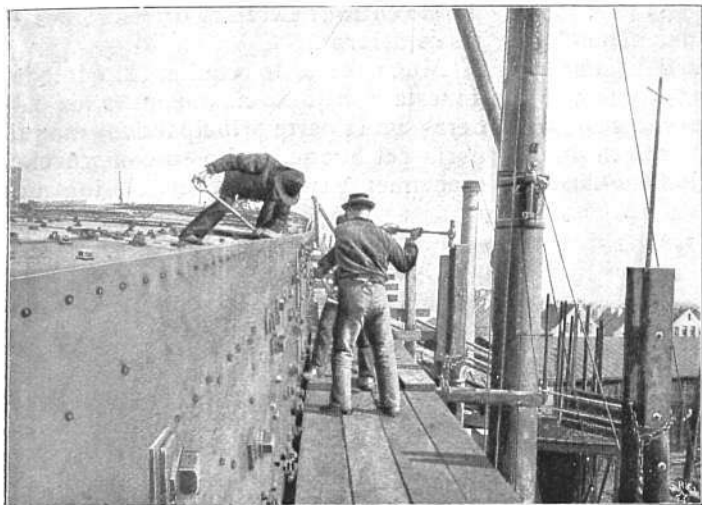


FIG. 12.— En la altura del vértigo.

cual roce aumenta considerablemente con la velocidad. Sin embargo, las máquinas productoras de un tan enorme trabajo mecánico como se necesita para propulsar el buque, deben estar albergadas ó contenidas en el menor espacio posible y ser de construcción muy poco pesada, á fin de que su gravedad no perjudique la flotación de la nave.

pados los cerrajeros mecánicos.

Las máquinas marinas se montan en la misma sala del taller, con objeto de inquirir si hay algún defecto en ellas, y luego se las desmonta por completo para hacer la instalación en el buque. Los cojinetes y embragues de los poderosos ejes que han de transmitir á las hélices la fuerza de las máquinas están ya coloca-

En la anchurosa sala de máquinas de los talleres, se van recibiendo en bruto, procedentes de la fundición y de las forjas, todas las piezas de maquinaria, grandes y pequeñas, que han de pulirse y ajustarse en las máquinas útiles del taller. Entramos en la gran sala, y toda ella está sembrada de piezas en basto que esperan el turno de ser sometidas á las máquinas de agujerear, cepillar, limar, torneear, etc., en cuyas operaciones están ocu-

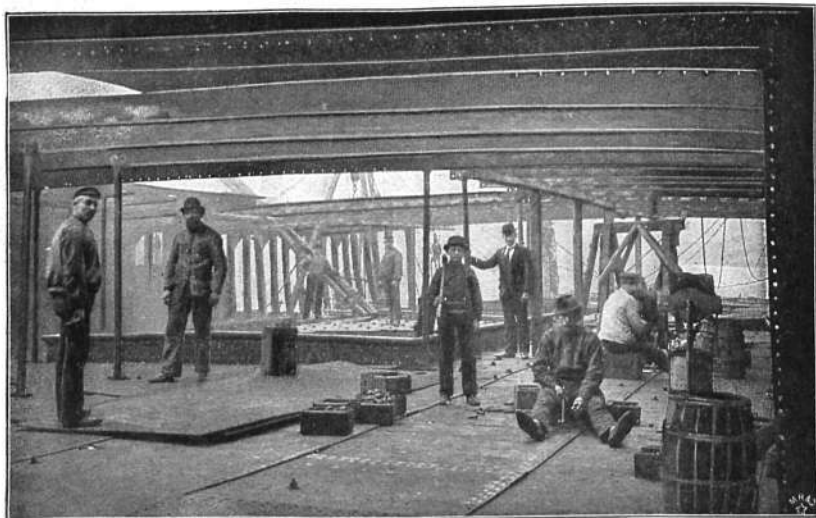


FIG. 13.— Trabajos en el puente principal.

dos, y en cuanto funcionen, su rápida rotación impelerá á la enorme masa en su majestuoso movimiento.

Además de las máquinas principales ó propulsoras del buque, se construyen en los talleres otras muchas de menor

cuantía, pero que prestan inapreciables servicios á bordo. Las más importantes son las bombas de extracción, ó sean las que absorben el agua producida por la condensación del vapor; las bombas de alimentación, que sirven para suministrar agua dulce á las calderas; las bombas de cala, cuyo objeto es desalojar el agua que se ha ido depositando en la

quilla; y, en fin, las hay para baldeo ó limpieza del buque, para incendios y otros menesteres no menos importantes.

También lleva el buque máquinas á propósito para la limpieza, reparación y manejo de las principales, así como ventiladores que refrescan el aire en todas las dependencias interiores del mismo y establecen una corriente continua debajo

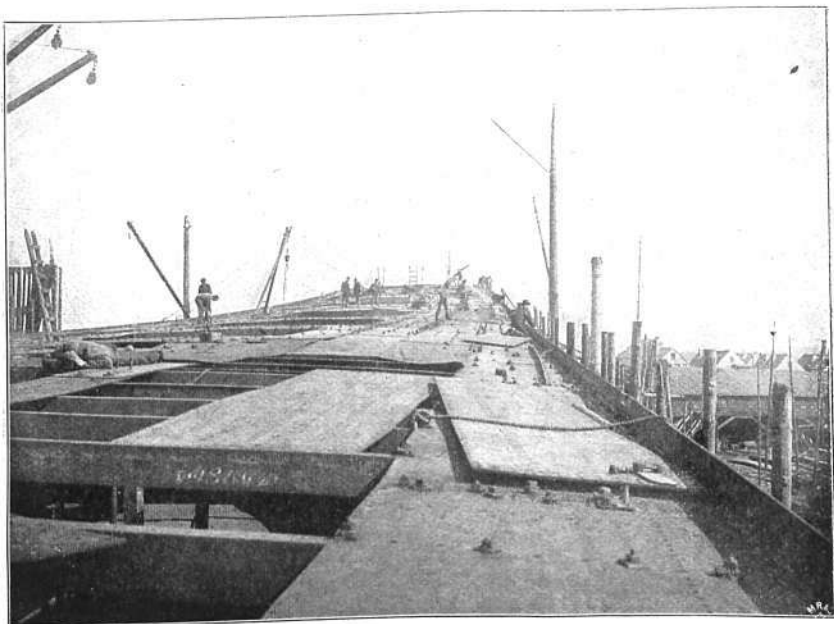


FIG. 14.— En la cubierta del buque.

de los fogones. Igualmente hay máquinas de vapor, que por razón del trabajo que producen se llaman *caballos*, como, por ejemplo, el que sirve para manejar el timón, contra el cual se oprime la masa de agua rechazada por el propulsor. En el número de máquinas accesorias se deben contar igualmente los aparatos de destilación, los de producir hielo, los dinamos para el alumbrado eléctrico y las grúas, ya hidráulicas, ya de vapor, que proveen á la carga y descarga. Estas últimas, sobre todo, son muy importantes, pues en interés de los armadores está el hacer los trabajos de puerto y escala con la mayor rapidez y prontitud posible, á fin de no perder días de navegación.

Para el ordenado funcionamiento de un sistema tan extenso y complicado de

maquinaria se necesita una red espesa de tubos de comunicación, que también se construyen en el taller de calderería; y de igual importancia es la red telefónica, que pone al capitán en relación con todos los departamentos del buque.

En la carpintería se construyen, con arreglo á los planos, los camarotes de los pasajeros, el entrepuente, los muebles y demás objetos propios de este ramo de construcción.

Entretanto, ha cambiado por completo el aspecto del astillero y el color pardo sucio de la mole se ha trocado en negro y encarnado relucientes, que aparecen en hermosas líneas uniformes luego que el buque se ve libre de su andamiada. Alrededor de la recién construída mole todo es agitación, movimiento y

ansiedad, pues se trata de disponer la tan temida y deseada botadura del barco. A los lados de la quilla se extienden dos anchos carriles de roble, sólidamente apoyados, que se prolongan hasta entrar á cierta profundidad de las aguas del mar; por estos carriles ha de deslizarse el buque con el auxilio de largos trineos, y para evitar la desviación de estos carri-

les se los sujeta con barras y cadenas por debajo de la quilla. Todo ello está convenientemente lubricado para disminuir el roce en todo lo posible.

La última operación preparatoria de la botadura es colocar al buque en los carriles de roble, ó resbaladeros, sobre los cuales ha de quedar completamente libre de vigas, andamios y demás acceso-

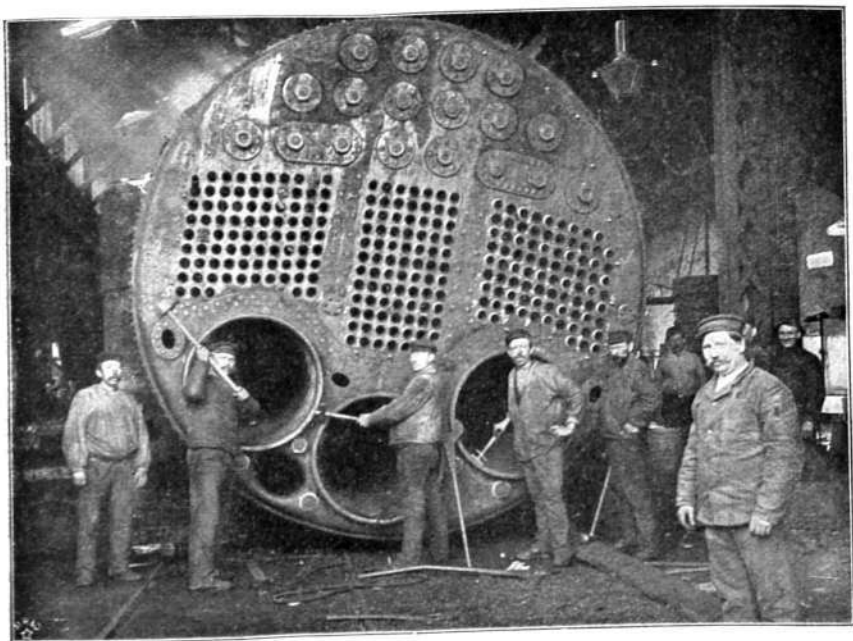


FIG. 15.—En el taller de calderería.

rios constructivos, pero sujeto fuertemente por cuerdas á propósito para dejarlo suelto y abandonado á su propio peso en cuanto se proclame su nombre desde la quilla y se estrellé contra la proa la botella de champaña en señal de bautismo. El momento es solemne; todo el mundo aguarda con ansiedad suprema el primer movimiento del coloso al verse libre de los obstáculos que sujetan la formidable masa, que, en los casos felices, se desliza con creciente y majestuosa velocidad, despidiendo chispas al rozar con los trineos delanteros, en el momento en que las aguas besan por primera vez la popa y la presión y el roce aumentan notablemente por la proa. Poco después, y entre exclamaciones de júbilo, se inclina el buque, se des- pida del astillero, queda flotando la proa

(figura 16) y en el mismo instante caen las anclas, que colgaban del costado del buque, las cuales detienen el avance por virtud de la inercia. Acuden entonces los remolcadores, que apostados á cierta distancia para dejar espacio libre, esperaban la caída del buque en las aguas, y lo conducen al muelle con objeto de dar el último toque á la construcción, ó mejor dicho, á las instalaciones interiores. Todo cuanto da al buque el aspecto de ciudad flotante y hemos visto construir en los talleres, se va instalando ahora en el interior del casco de acero, operación que dura algunos meses más, hasta que el barco está cargado de mercancías y dispuesto para su primer viaje. El día en que éste empieza, las nubes de humo que despiden las chimeneas envuelven la bandera de la compañía armadora,

que flota orgullosa en los mástiles como esperanza de futuros éxitos.

* * *

El rápido progreso que en todos los países marítimos de América y Europa, y aun en el oriental Japón, ha logrado la arquitectura naval durante el último cincuentenio, tuvo por desgracia escasísima influencia en España.

Los tres astilleros del Estado, los de Cartagena, Cádiz y el Ferrol, correspondientes á los tres departamentos marítimos ó capitanías generales en que se encuentra repartida la jurisdicción naval del país, están actualmente casi en la misma situación que en la no muy lejana, pero ya olvidada época de los navíos de tres puentes y de las fragatas de ruedas, cuya construcción no exigía los poderosos medios dinámicos que, como hemos visto, exige actualmente la de los acorazados y trasatlánticos.

El arsenal de Cartagena, del que damos algunas fotografías, fué en pasados tiempos una maravilla, tanto por su espaciosidad como por los numerosos talleres y fundiciones que había y hay aún en el astillero del Estado. Allí se han construído algunos de los buques de guerra cuyas deficiencias é imperfecciones se notaron inmediatamente después de la botadura, bien fuese por lo tardío de su andar, bien por otros defectos que no pueden determinarse con precisión, pero que se derivan de la falta de pericia técnica, ó mejor dicho, de no estar el personal científico de los astilleros del Estado en condiciones de competir ventajosamente con las oficinas extranjeras de información, cuya larga práctica y repetidas experiencias las convierten como si dijéramos en una especie de sanedrín de la arquitectura naval.

Esta desconsoladora situación de los tres astilleros que pudiéramos llamar oficiales, donde los buques tardan años y más años en construirse y luego de cons-

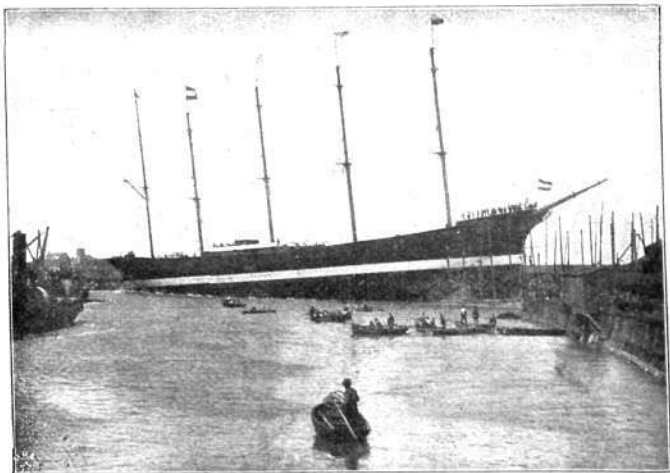
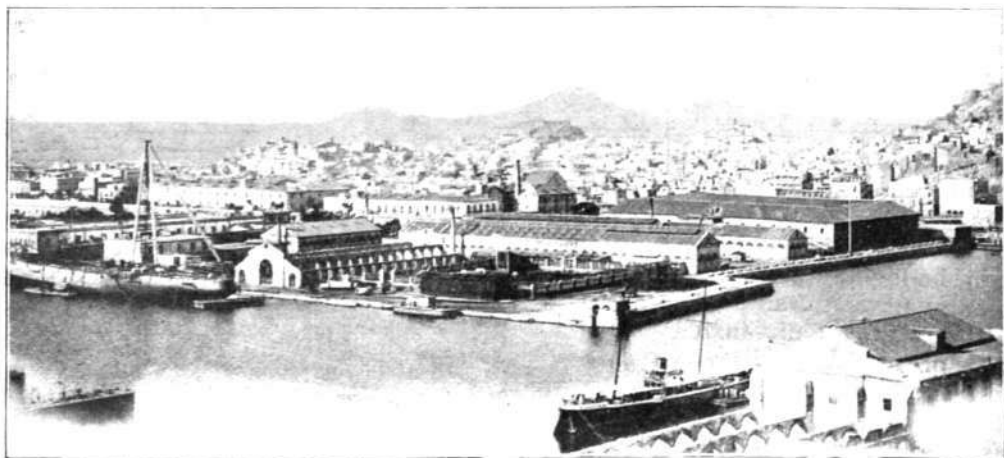


FIG. 16.— Botadura del vapor *Potosí*. (Fot. Sander & Hijo, de Geestemünde.)

truidos han de hacerse en ellos costosísimas reparaciones; esta situación desconsoladora, repetimos, está algún tanto compensada por la relativa importancia de los astilleros particulares, tales como los del Nervión, en Bilbao, el de Veamurguía, en Cádiz, y otros de menor importancia donde la iniciativa individual,



CARTAGENA.— Entrada al Arsenal del Estado.



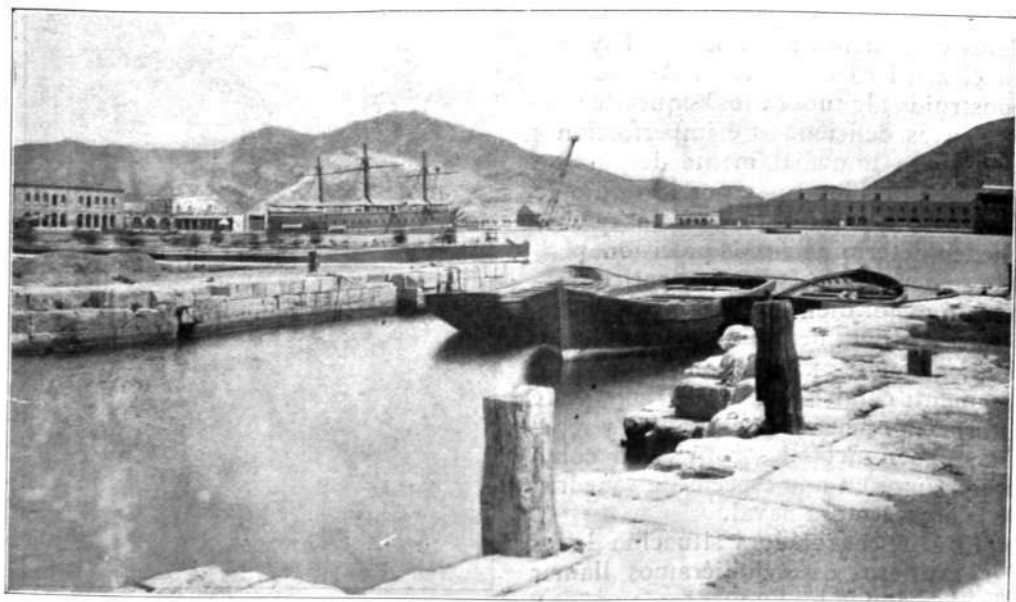
CARTAGENA.—Vista panorámica de la ciudad, con el Arsenal en primer término. *Fot. Hauser y Menet.*

reduplicada por la asociación, ha dado pruebas de su naciente empuje construyendo algunos cruceros de los que formaban la armada española antes de los desastres de Cavite y Santiago.

Sin embargo, muy lejos están todavía de poder realizar esas obras verdaderamente ciclópeas que se realizan en los astilleros de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania y la misma Italia; esos colosales acorazados de catorce mil toneladas, con sus castillos coronados de ametralladoras y sus bandas erizadas de

cañones, que se mueven y maniobran ligeros y airosos como plumas agitadas por suave brisa. No existen en los astilleros españoles los poderosos elementos de trabajo con que cuentan los astilleros de aquellos países, cuyos gobiernos vienen preocupándose desde hace mucho tiempo del engrandecimiento de la marina, así mercante como de guerra, persuadidos de que el dominio del mar es el monopolio del comercio y el señorío de la tierra.

A. BLECHSCHMIDT, E. FOERSTER Y C. TERRER.



CARTAGENA.—Una vista del Arsenal del Estado. *Fot. Lacoste y C^{ia}*



LAS SOLUCIONES SE REMITIRÁN POR CORREO ANTES DEL 1.º de Enero de 1905
á la Administración de la Revista (calle de Mallorca, 220, Barcelona)

FRASES HECHAS

En alguno de los números anteriores publicamos ya varios pasatiempos de este género, que,

á pesar de su aparente sencillez, requieren un poco de atención para resolverlos acertadamente. Fíjense, pues, nuestros lectores en las figuras de los respectivos grabados, y sobre todo en las



actitudes y símbolos representados, y no les será difícil dar con las frases ó dichos vulgares que con seguridad habrán oído mil veces.

Entre quienes acierten las dos frases, sortearemos un premio, consistente en:

Un ejemplar de la preciosa novela en dos tomos, de Javier de Montepin, ilustrada con multitud de láminas al cromo y hermosos grabados, cuyo título es: Ladrón de Amor.

Y entre los que sólo acierten una de las dos, sortearemos:

Un ejemplar de la novela en dos tomos, de Antonio de Padua, titulada: ¡Madre mía!

ENTRETENIMIENTO ANAGRAMÁTICO

En un refrán muy corriente y moliente entran 17 letras, que se descomponen de la siguiente manera:

$$5a + 3e + 2m + f + s + v + l + n + q + u$$

Y aunque este parezca una suma algébrica de monomios, no hay tal cosa, sino sencillamente las letras que, debidamente combinadas, han de dar el refrán en cuestión.

A quien de nuestros lectores lo acierte y resulte premiado, le regalaremos un ejemplar de la interesante novela, de Obiols: Corazones de Oro.

N.º 36. E. m.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES



1.ª Para evitar abusos, y con objeto de simplificar el trabajo en nuestras oficinas, rogamos á los señores solucionistas se sirvan remitirnos las respectivas soluciones acompañadas del adjunto *sello-etiqueta*, que al efecto reproducimos en cada número. No será admitida solución alguna que no lleve adherido este sello en el ángulo superior derecho del papel en que venga escrita.

2.ª Finido el plazo de admisión, serán sorteados entre los autores de las soluciones exactas recibidas los

premios ofrecidos en cada problema. 3.ª Los autores de las soluciones recibidas fuera del plazo señalado, no podrán entrar en suerte.

4.ª No será devuelta ninguna solución, aunque llegue fuera del plazo y la reclame el interesado.

5.ª Las soluciones habrán de ir siempre acompañadas del nombre y residencia del interesado, escritos con la mayor claridad, el cual cuando resulte agraciado con algún premio, se dirigirá á la Administración para recogerlo en el término de 3 meses.

En el número de Marzo se insertarán las soluciones exactas recibidas, con el nombre de sus autores.

PROBLEMA ARITMETICO

¡Caracoles!

Aunque esto parece una interjección, es un problema, que puede resolverse fácilmente por poco que se medite. Eranse tres hermanitas muy vivarachas y hacendosas, que fueron un día á la huerta á coger caracoles. Llamábanse las tres hermanitas Rosa, de 12 años, Eulalia de 9 y Dorotea de 7.

Al volver á su casa, se entretuvieron por el camino en contar los caracoles, resultando que Dorotea había cogido tres veces más que Eulalia y ésta cinco caracoles más que Rosa.

En vista de tan desproporcionada cosecha, dijo

Eulalia á Dorotea: — Mira, para que madre no nos riña, dame quince caracoles, pues tienes tres veces más que yo; y yo, por mi parte, le daré diez á Rosa, que tiene cinco menos que yo.

Accedió la generosa Dorotea á lo propuesto por Eulalia, y luego de hecha la distribución resultó que Eulalia y Rosa quedaron con igual número de caracoles, y Dorotea con doble número de los que le quedaron á Eulalia.

Averigüen, pues, nuestros lectores, aunque no se llamen Vargas, cuántos caracoles cogieron las tres muchachas y con cuántos se quedó cada una.

Los dos solucionistas agraciados recibirán un ejemplar de la magnífica novela en dos tomos, de don José Feliu y Codina, titulada: La Dolores.

SOLUCIONES

CORRESPONDIENTES Á LA SECCIÓN DE PASATIEMPOS DEL MES DE Septiembre.

PROBLEMA ARITMÉTICO

Aunque á primera vista parece muy complicado este problema, se simplifica extraordinariamente teniendo en consideración que, como la cifra de las unidades ha de ser el doble de la de las decenas, es forzoso que sea una de las cifras pares, esto es, el 2, el 4, el 6 ó el 8. Pero como la suma de las tres cifras ha de dar once

por resultado, tendremos que no puede ser el 8 la cifra de las unidades, porque entonces la de las centenas sería 4 y la suma ya fuera doce, aun suponiendo que la de las decenas fuese cero. Quedan, pues, como únicas cifras posibles para las unidades, el 2, el 4 ó el 6. Por lo tanto, el número que se busca ha de ser uno de estos tres: el 182, el 254 ó el 326, que son las tres combinaciones de tres cifras cuya suma es once. De estas tres, sólo la tercera, ó sea el número 326, satisface las condiciones del enunciado.

Resuelto exactamente por los señores: D. Luis Ortigón, de Saltillo (México); Arturo Corominas, de Barcelona; Antonia Moya, de París; Antonio de la Riva, de Santiago (Galicia); Claudio M. Sierra, de Luarca (Asturias); Alejandro Auli, de Igualada; Gregorio Moreno y Hermosilla, de Isar (Burgos); Lázaro López, de Valverde del Fresno; Pío de Pazos, de Melilla; Marcos Daudén, de Barcelona; Oscar Rochelt, de Bilbao; Salud Menacho, de San Fernando (Cádiz); Adolfo Caamaño, de Cambados; María Sindreu, de Barcelona; José Arrufat, de Barcelona; Servando Jiménez Merchán, de Coria; Luis Muñoz Araujo, de Tabernes de Valldigna (Valencia); José García Gutiérrez, de Guanajuato (México); Ramón Grau, de Torelló (Barcelona); Juan Carol y Montfort, de Barcelona; Fernando Concell, de Valencia; Casimiro Soler, de Vendrell (Tarragona); Bernardino Escontrías, de Durango (México); Julio Morant, de Tabernes de Valldigna (Valencia); Luis Xuriach, de Barcelona; Domingo Mendizábal, de Madrid; Juan Antonio Cerrada, de Zaragoza; Francisco de P. Trujillo,

ENFERMEDADES NERVIOSAS
Curación Infalible
POR EL

Jarabe Henry Mure

Completo éxito según lo demuestran 15 años de experiencias en los Hospitales de París.

PARA LA CURACIÓN DE

EPILEPSIA-HISTÉRICO HISTERO-EPILEPSIA BAILE de SAN VICTOR Enfermedades del CEREBRO y de la Médula Espinal DIABETIS AZUCARADA CONVULSIONES	VERTIGOS CRISIS NERVIOSAS JAQUECAS DESVANECIMIENTOS CONGESTIONES Cerebrales INSOMNIOS ESPERMATORREA
--	--

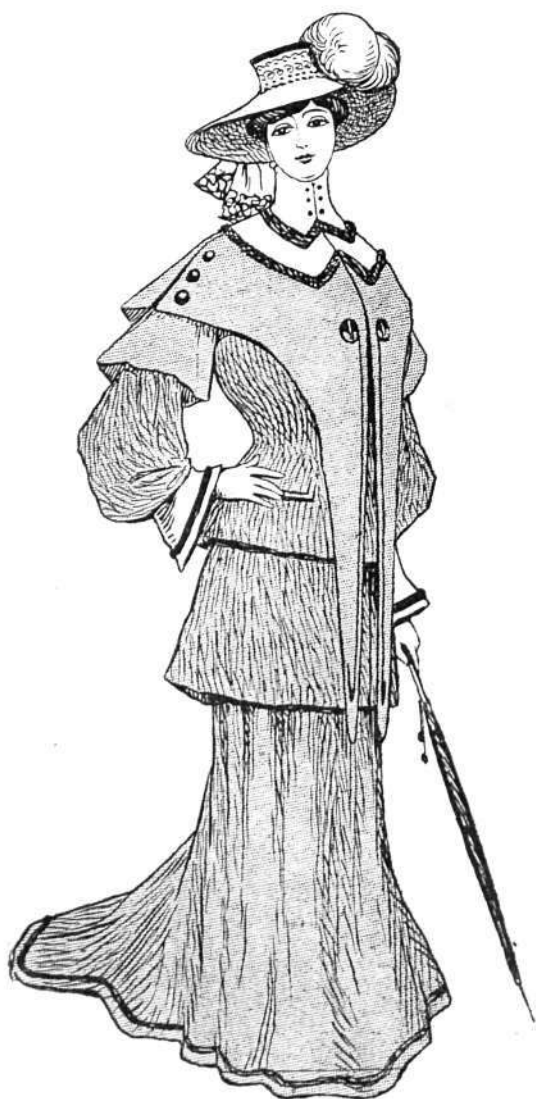
Se envía gratuitamente una nota instructiva á impreso, muy interesante, para las personas que la piden.

HENRY MURE, en Pont-Saint-Esprit (Francia).

LA MODA PARISIENSE

Los abrigos son las prendas de más oportunidad en la presente época del año. Los que este invierno ofrece la moda tienen la ventaja

de no borrar las líneas y contornos del talle, como sucedía con los rectos, pues estando ajustados, dejarán lucir la esbeltez del busto.



Uno de los abrigos que más aceptación han de alcanzar, por sus condiciones especiales, es el de forma esclavina, muy á propósito para llevarlo como salida de baile ó de teatro, confec-

cionándolo unas veces más largo y otras más corto que los modelos, con paño liso de extrema finura y delicadísimos matices. En su adorno se emplean encajes gruesos y cenefas

de felpilla, agramanes de pasamanería plateada, cenefas de bordado mecánico, pieles, etc.

También reaparecen las capas guarnecidas de pieles con el fondo fruncido, montado en un ancho canesú redondo.

Otra novedad, que puede apreciarse fácilmente en los modelos que nuestros grabados

representan, consiste en unos trajes de paño liso de colores claros, compuestos de falda larga y chaqueta-abrigo.

La falda luce adornos planos ó está guarnecida con volantitos ligeramente acanalados, y la chaqueta tiene por complemento un cuello esclavina de caprichosa forma, ó bien se la



adorna con ricas pieles. Estos trajes se usarán como una especialidad para paseo y visita, resultando muy prácticos y distinguidos.

Otros abrigos ofrecen, como detalle digno de mención, la forma de las mangas, que son completamente ajustadas.

Uno de los principales detalles de la elegancia femenina consistirá este año en que sean del mismo color el traje, la punta del zapato

y el remate de las plumas del sombrero, pudiendo ser el color único ó bien combinado de dos ó tres. También se procurará que las pieles sean de color análogo al conjunto, y como los colores son poco variados, no es difícil encontrar algo parecido entre las diferentes entonaciones de la marta y la cibelina, que con el doradillo son las que obtienen mayor preferencia.

(Figurines de HOJAS SELECTAS)

LIBROS RECIBIDOS

Prosica baturra y Alegría en conserva.— Dos volúmenes, A y B, de la Biblioteca humorística, originales de Julio Víctor Tomey (León Fogoso).

Juegos Florales celebrados en Colonia en el año 1904, sexto de su institución en la ciudad del Rhin. Un volumen conteniendo las poesías premiadas, con los retratos de la reina de la fiesta, mantenedores y poetas. Se ha publicado bajo la dirección del eminente hispanófilo don Juan Fastenrath, y es verdaderamente notable por lo esmerado de la impresión y la pulcritud de los grabados que ilustran el texto.

Revista Gráfica.— Hemos recibido el núm. 3.º, año 4.º, de esta notable publicación profesional, órgano del Instituto Catalán de las Artes del Libro, de Barcelona. Pulcramente impreso en los talleres del Sr. Oliva y Milá, de Villanueva y Geltrú, publica un interesante trabajo sobre el origen de las postales, del Sr. Alegret, y otro

muy importante sobre la escritura fonética, del señor Serra y Pagés, con dos suplementos

La DIRECCIÓN de *HOJAS SELECTAS* advierte que no devolverá los originales que se le remitan.



ARTÍCULOS para la FOTOGRAFÍA

○ TARJETAS • POSTALES ○

BERRENS & SOULÉ

INGENIEROS CONSTRUCTORES

BARCELONA: Calle Fernando VII, 32.
Sucursal en VALENCIA: Calle de Peris y Valero (antes Paz).

Pídanse catálogos



65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO, MIEMBRO del JURADO
EXPOSICION UNIVERSAL de PARIS 1900

Alcool de Menthe
DE RICQLÈS

Único verdadero Alcohol de Menta
CALMA la SED y SANEa el AGUA
Disipa los DOLORS de CORAZÓN, de CABEZA, del ESTÓMAGO,
las INDIGESTIONES, la DISENTERIA y la COLERINA
Excelente para el Aseo de los Dientes y la Toilette
PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS
Exigir el Nombre **DE RICQLÈS**

INHALADOR MICROBICIDA



El mejor más racional y cómodo tratamiento, para la más pronta curación de las enfermedades agudas y crónicas, del aparato respiratorio

De venta en las principales Farmacias.

DEPÓSITO: 

DOCTOR PRECIOSO

 MURCIA (ESPAÑA)

LIMÓFORO
APERITIVO SIN RIVAL



NO TIENE Y GANA DE COMER. TOME EL LIMÓFORO Y PRONTO LE DESPERTARÁ UN GRAN APETITO QUE COMO A NÍ LE PONDRÁ SANO Y ROBUSTO

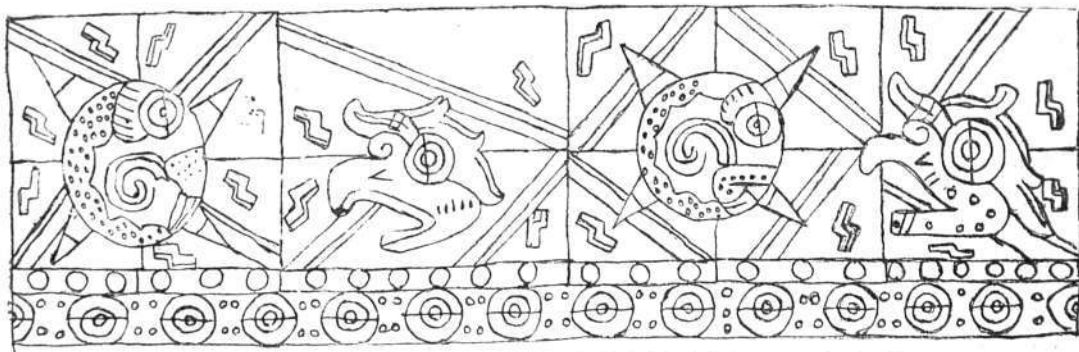
Gran licor Sámely

EL MEJOR DIGESTIVO

EL MAS RECREATIVO

— AL PALADAR —

Exportación á todas partes José Carulla. .. LÉRIDA



Pinturas del vaso sagrado de Cholula, relativas á la división del año entre los indios aztecas.

HEMEROLOGÍA

Ó CIENCIA DEL CALENDARIO

A GRANDES RASGOS OFRECEMOS Á NUESTROS LECTORES EN LAS PÁGINAS SIGUIENTES
LA HISTORIA DEL CALENDARIO Y SU TEORÍA,
TERMINANDO CON LA CONSTRUCCIÓN DE UNA REGLA HEMEROLÓGICA DE USO PERPETUO

EL CALENDARIO DE ROBINSON

Robinson nos explica, al contar sus aventuras, que en la isla desierta donde vivió tanto tiempo, «una vez hubo anotado por medio de su cuchillo, sobre un poste de madera, la fecha de su llegada á tierra, fué marcando todos los días una incisión; cada período de siete días el corte era más visible que los demás, y cada día primero de mes, más visible aún que todos; de este modo tuvo su calendario, ó sea la cuenta semanal, mensual y anual del tiempo que iba transcurriendo.»

No cabe definición más simple de lo qué es un calendario, ni forma más rudimentaria que la empleada por el héroe y precursor de todos los Robinsones. Indudablemente, el primer hombre (Robinson de la humanidad sobre la Tierra solitaria) debió hacer cosa parecida, si es que para él tuvo alguna importancia la cuenta del tiempo.

FORMACIÓN DEL CALENDARIO

Cuando de medir una cosa se trata, lo primero que se necesita es una medida ó unidad conocida. Los hombres debieron observar que entre una salida y una puesta de sol mediaba un espacio, sensiblemente igual, y éste fué el tomado como unidad de medida, y se llamó *día*. Luego el primer calendario estuvo hecho desde el momento en que un hombre se propuso para el día siguiente verificar algún acto, partiendo de la duración, conocida previamente, de aquél. Esto es como decir que el primer calendario que se hizo por anticipado fué para *día nuevo*, así como luego nos hemos acostumbrado á tenerlo para *año nuevo*.

T. III

Indudablemente, cuando se dice de alguien que *hace calendarios* supone ello el reconocimiento de un saber profundo, según el común sentir de las gentes sencillas. Y ciertamente que el calendario ha sido una de las cosas más difíciles de establecer, largos siglos han transcurrido hasta llegar á su perfección, y en ello se ha empleado la ciencia de muchos



sabios de todos los tiempos.

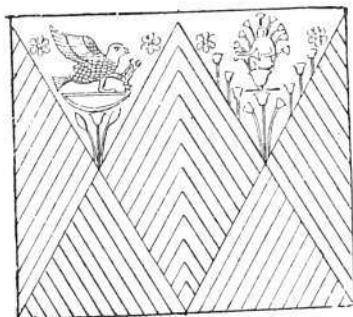
Después de la unidad *día* aprendió el hombre á conocer la unidad *mes*, al fijarse en las fases de la luna y en la sucesión periódica de las mismas fases. Más tarde las estaciones, relacionadas con el curso del sol, le enseñaron la existencia de otra unidad, el *año*, durante cuyo intervalo sucedían fenómenos que luego se repetían, y todo ello en períodos sensiblemente iguales.

Así, unos pueblos adoptaron como medida el mes, otros el año, otros, en fin, la combinación de meses y años hasta llegar á la formación del calendario, según los movimientos de los cuerpos celestes y sus revoluciones, esto es, gracias al conocimiento de la astronomía.

BASE DEL CALENDARIO

Para reducir el tiempo á una medición matemática hase debido admitir una unidad científica, y esto se comprende. Si se cuenta el tiempo por el espacio durante el cual permanece el sol sobre el horizonte, se ha de reconocer que los días difieren entre sí, según las estaciones y según las localidades. Los antiguos griegos, entre otros pueblos, habían dividido el día en doce partes iguales, á contar desde la salida hasta la puesta del sol. Esas doce partes ú *horas* eran más largas en verano que en invierno, y aun variaban de un día para otro; de aquí que se impusiera la corrección diaria de los instrumentos de medición del tiempo (clepsidras, etc.) (1). Estableciendo astronómicamente la duración del día, ó sea por su equivalencia á una rotación de la Tierra sobre su eje, se ha podido dividir el llamado *día solar medio* en horas, minutos y segundos, que son las unidades usuales de tiempo para nuestros usos civiles, prescindiendo de que la permanencia del sol sobre el horizonte sea más ó menos prolongada. Es más, se ha fijado la duración exacta de

(1) La clepsidra, ó reloj de agua, fué muy usada en la antigüedad, no sólo entre griegos y romanos, sino también antes en Egipto, China y Fenicia, y aun parece que en las Galias antes de invadir las Julio César. El mecanismo de la que reproducimos es muy sencillo: un Amorcillo, flotando, da salida al agua, que subiendo de nivel en el depósito, eleva insensiblemente un flotador que sostiene otro Amorcillo, el cual indica las horas, con una varilla, en la columna-reloj.



EL AVE FÉNIX
(De un friso egipcio de Coptos.)

un segundo utilizando las oscilaciones de un péndulo de longitud previamente calculada, y con arreglo á estas unidades científicas, se han fijado los valores exactos de las unidades naturales de tiempo, llegando así á establecer un calendario capaz de coincidir con la realidad del curso del tiempo.

Calendarios anacrónicos.

Lo fueron todos los que precedieron á la reforma gregoriana, que puso el calendario en el estado en que hoy lo utilizamos, y aun así afirman los astrónomos que no está exento de un pequeño error.

CALENDARIO DE LOS EGIPCIOS

Pasemos revista muy somera á los calendarios utilizados por varios pueblos primitivos.

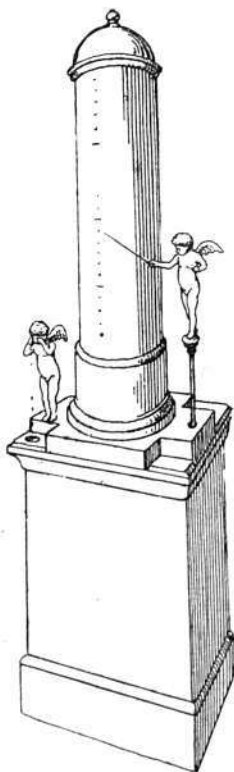
Los antiguos egipcios contaban por años compuestos de 365 días, divididos en doce meses de 30 días cada uno, más 5 días llamados *epagómenos*, que terminaban el año.

Parece que, dado lo experto que fué aquel pueblo en la ciencia astronómica, no debió ignorar que para formar un año solar, ó sea el tiempo de una revolución del sol, contada entre dos posiciones sucesivas del astro en un mismo punto de su órbita, no bastaban los 365 días, sino que faltaba próximamente una cuarta parte más de otro para que el sol volviera á su equinoccio. Acaso motivos de superstición religiosa hicieron persistir á los egipcios en la práctica primitivamente establecida de computar el año en 365 días.

Pero á lo que parece, no sólo persistió el uso de un sistema tan deficiente, sino que los reyes al subir al trono, juraban no admitir el método de las intercalaciones. Así, al repetirse después de 1461 años la coincidencia del año civil con el astronómico, se celebraba tan insólito suceso con fiestas y se le consideraba un beneficio de los dioses. Emblema de ello fué el fénix, cuya ingeniosa fábula le daba el carácter de un pájaro de hermosísimo plumaje, que remontaba su vuelo al nacer para no volver hasta pasados 1461 años, para morir y renacer de sus cenizas en el templo del Sol de Heliópolis.

CALENDARIO ASIRIO

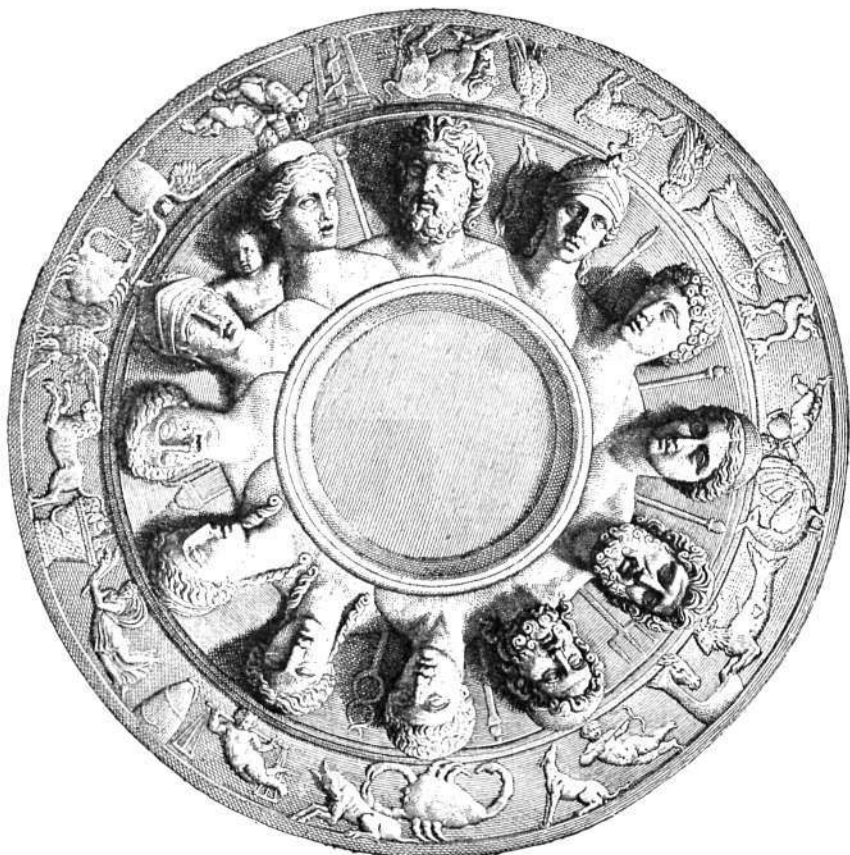
Instruidos por los egipcios y no cohibidos por consideraciones religiosas, los asirios y árabes primitivos habían admitido ya la acu-



CLEPSIDRA GRIEGA.

mulación del exceso del año solar, formando un día completo, que intercalaban cada cuatro años. Así gozaban de la ventaja de que su calendario coincidiera sensiblemente con los fenómenos solares, cosa que no ocurría á los egipcios, quienes se encontraban con que cada

cuatro años su calendario marcaba la fecha del equinoccio con un día de anticipación; y este error, sucesivamente acumulado, implicaba un desacuerdo completo con las épocas de los trabajos agrícolas, que se iban así retardando con respecto al calendario. Los árabes



MESA DE LOS DOCE DIOSSES (1). (Bajo relieve romano, hoy en el Museo del Louvre.)

y asirios, pues, subsanado ese inconveniente, obtenían una cuenta del tiempo sensiblemente sincrónica con el curso del sol.

CALENDARIO DE LOS GRIEGOS

En Atenas regía un calendario en el que intervenía el curso del sol y el de la luna. El año tenía 12 meses lunares, que daban principio en cada luna nueva; pero una lunación consta de poco más de 29 días y medio, y así los meses eran alternativamente de 29 y de 30 días. Otra dificultad se presentaba al fin del año, pues como los doce meses componían tan sólo 354 días, y el sol necesita 365 días y cuarto aproximadamente para cumplir su revolución anual, resultaba que las diferencias acumuladas componían un mes décimotercero de 29 días, que se añadía al año tres veces en cada período de ocho. Esos años, llamados *embolismicos*, constaban así de 383 días.

Este ciclo de ocho años no era tampoco exacto; Metón calculó que 19 años componían un número exacto de lunaciones ó meses lunares, y que haciendo doce años de 12 meses y siete de 13, resultaba justa, según sus cálculos, la cuenta de las 235 lunaciones, iguales á un ciclo de 19 años. Esta cuenta, propuesta por

(1) «Consiste el monumento en una especie de mesa circular, en cuyo centro debió de haber un reloj de sol y alrededor están esculpidos en alto relieve los bustos de las doce divinidades olímpicas en el siguiente orden: Júpiter, caracterizado por el rayo, está colocado entre Minerva y Venus, y á ésta enlazan con su esposo Marte los brazos del Amor, el cual únicamente aparecerá allí como emblema de unión entre los consortes, ya que jamás ha sido contado entre las doce divinidades supremas. Junto á Marte está Diana, y después de Ceres y Vesta, Mercurio, caracterizado por el caduceo. A Vulcano perte-

Metón, fué aceptada, y por ella los años 2.^o, 5.^o, 8.^o, 11.^o, 13.^o, 16.^o y 19.^o de cada ciclo constaban de trece meses. Para aplicar esta regla se estableció la numeración de los años por series de 1 á 19, y el número correspondiente á cada año recibió el nombre de *áureo* por la admiración que causó la regla de Metón.



LAS TRES PARCAS. (Cuadro de Miguel Ángel.)

CALENDARIO DE LOS ROMANOS

Numa Pompilio constituyó el calendario romano dando al año una duración de 355 días, pero cada dos se añadía el exceso de 22 ó 23 días, formando así una sucesión de cuatro años como sigue: uno de 355 días, el segundo de 377, otro de 355 y el cuarto de 378. Así resultaba un promedio anual de 366 días y cuarto, que excedía de la duración del año solar un día, ó sean 24 en 24 años, y para compensarlos dispuso Numa que los dos últimos períodos cuaternarios de cada seis tuviesen los años de 377 y 378 días reducidos á 371 y 372, lo que equivalía á deducir los 24 días de exceso.

nece el busto siguiente; síguenle Neptuno, que tiene á la izquierda el tridente, Juno y Apolo, y es la última Minerva. Como los doce signos del zodiaco forman la orilla de la mesa, se ha creído que cada uno de los dioses presidía allí bien á una de las doce horas del día, bien á uno de los doce meses del año.» (*Los Dioses de Grecia y Roma*, por D. Víctor Gebhardt, tomo I, pág. X.—Salvat y C.^ª, editores.)

CALENDARIO JULIANO

Fué en el año 708 de la fundación de Roma, según la era de los romanos, correspondiente al año 47 antes de J.C., cuando Julio César estableció su calendario, que es con pocas modificaciones el que nos rige en la actualidad.

Empezó el gran *imperator* por corregir aquel año todos los errores acumulados anteriormente. Dicho año, que duró 445 días, distribuidos en 15 meses, ha sido llamado el *año de confusión*.

Para lo sucesivo, fijó César en 365 días la duración del año civil, estableciendo cada cuatro uno de 366 días, repartidos en doce meses. Julio y Agosto fueron así llamados posteriormente en honor suyo y de su sobrino Octavio Augusto; sus primitivos nombres eran *Quintilis* y *Sextilis*, por el orden que ocupaban en el calendario, pues en un principio sólo se contaban diez, lo que explica los nombres de Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre que aun conservan los últimos meses del año. Estos doce meses tenían 30 días unos y 31 otros, excepto el de Febrero que tenía 28 ó 29, como actualmente. Pero en lo que diferían de nosotros era en la forma de contar los días del mes.

El primer día de cada mes se llamaba *Calendas* (de donde vino el nombre de *Calendario*); el día 5.^o era el de *Nonas*, y el 13.^o el de *Idus* en los meses de 30 días, siendo en los de 31, *Nonas* el 7.^o é *Idus* el 15.^o. Los días intermedios se contaban retrocediendo; primero, segundo, tercero, etc., antes de *Nonas* ó antes de *Idus*, con el nombre del mes correspondiente, ó del mes siguiente para los días que precedían á las *Calendas*. Así, el último día de Agosto era «el primero antes de las *calendas* de Septiembre» (*pridie kalendas septembris*) y así sucesivamente. El día á intercalar en los años de 366 días se añadía después del 7.^o antes de las *calendas* de Marzo, y se llamaba «día bis antes del 6.^o de las *calendas*» (*bis sexto kalendas*), de donde viene el nombre de *bisiesto* que aplicamos ahora todavía á los años en que Febrero consta de 29 días.

LA SEMANA

Como se ha visto, los romanos poseían ya un calendario que sólo difería del nuestro (aparte de la reforma gregoriana) en el modo de numerar las fechas dentro de cada mes. De manera que para ellos no existía el período de siete días, ó *semana*, que hoy es de uso general en todos los países civilizados.

Sin embargo, parece que la *semana* de siete días era de uso universal en Oriente ya de tiempos tan antiguos como nuestras noticias nos permiten conocer; el emperador Teodosio introdujo su uso en Occidente y desde entonces ha sido adoptado de una manera general. Los nombres de los días están tomados de los de

los siete astros entonces conocidos: la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno y el Sol. Este último se ha llamado después Domingo, ó sea «día del Señor.»

Como se ve, la semana es una unidad artificial, pero no por ello menos utilizada; su duración es menor que un cuarto de lunación.

MEDIDAS EXACTAS

Pero ya es hora de que hablemos de las unidades naturales de tiempo, dando á conocer sus valores según los cálculos modernos.

El año solar ó trópico se compone de 365,242216 días, esto es, 365 días, 5 horas, 48 minutos, 47,4624 segundos; tiempo que transcurre entre dos coincidencias sucesivas del sol con el equinoccio de primavera.

El mes lunar contiene 29 días, 12 horas, 44 minutos y 29 segundos; se computa entre dos posiciones iguales de la luna respecto á la Tierra.

Del año se originan las estaciones, según la posición del sol respecto á nuestro planeta. Cuando el sol corresponde al ecuador terrestre (primer equinoccio) empieza la *Primavera*; cuando el sol ocupa su máxima altura (solsticio) da principio el *Estío*, hasta el nuevo paso del sol por el ecuador (segundo equinoccio) en que empieza el *Otoño*, y siendo por último el *Invierno* la estación que comienza en la época de mínima altura del sol.

También se ha dividido la órbita imaginaria del sol en doce períodos, correspondientes á otras tantas constelaciones cuya posición aparente ocupa el astro en la sucesión de una revolución anual de la Tierra. Estas constelaciones son, empezando por la que corresponde al equinoccio de Primavera: *Aries, Tauro, Géminis, Cancer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis*.

La luna, por su parte, se nos presenta en el transcurso de su revolución alrededor de la tierra bajo cuatro aspectos ó fases. Después de la conjunción del sol y de la luna, empieza la primera fase ó *novilunio* (luna nueva), durante la cual el satélite queda invisible para la Tierra. Al período que sigue se le denomina *cuarto creciente*, porque durante este intervalo aumenta la porción del disco lunar visible para nosotros. El *plenilunio* (luna llena) es aquel en que la luna es visible por completo desde la Tierra, y finalmente, el último *cuarto menguante* es aquel en que va disminuyendo hasta volver á su novilunio, con lo que se inaugura otro mes lunar.

REFORMA GREGORIANA

El problema de la formación de un calendario capaz de poner de acuerdo las unidades

naturales de tiempo, no ha sido, como puede verse, de muy fácil resolución. La circunstancia de que ninguna de aquellas unidades contiene á otra un número exacto de veces, y la de que tampoco se prestan á la formación de períodos capaces de corresponderse entre sí con verdadera exactitud, ha dificultado la resolución del problema.

En efecto, hemos visto que la duración del año es un número fraccionario de días equivalente á 365,242216. Estableciendo el calendario juliano una duración media del año



Representación gráfica del primer mes del año mexicano y de cada uno de sus veinte días.

(Copia de una estampa de la época de la Conquista.)

Los indios mexicanos, como es sabido, fueron los pobladores del valle á que dieron nombre; gozaban de cierta cultura y constituían un Estado regular, al que prestaban vasallaje gran número de otras tribus. El año civil tenía 360 días, divididos en 18 meses de 20 días; éstos se combinaban de cinco en cinco, dedicando el quinto para mercado.

de 365,25 días, se acumula en nueve siglos una diferencia en menos de casi siete días. Así empezó á observarse en 1414 de nuestra Era que los equinoccios se anticipaban cada vez más de las épocas á que se habían referido primitivamente.

La reforma del calendario se impuso desde entonces como una necesidad. Dicha reforma tuvo lugar en fin bajo el pontificado de Gregorio XIII, quien ordenó su ejecución por medio de una bula fechada el 24 de Febrero de 1582. Fué adoptada en seguida en todos los países católicos, y sucesivamente, aunque mucho más tarde, en las naciones protestantes. Rusia y Grecia son actualmente los únicos estados de Europa en donde se conserva el viejo estilo (calendario juliano). Desde el año 1800 al 1900 la diferencia entre ambos sistemas fué de doce días; á partir del mes de Marzo de 1900 es ya de trece días.

La reforma gregoriana consistió en omitir las fechas de los diez días siguientes al 4 de Octubre de 1582 (de manera que el día inmediato se llamó 15 en vez de 5) y en suprimir el día intercalar de Febrero en tres años cen-

tenales por cada cuatro. Para demostrar la aproximación de la nueva regla, veamos el número de días de cien siglos gregorianos; de 1 á 10.000 se encuentran 2.500 números divisibles por cuatro, que son los de los años bisiestos; para los años seculares de 1 á 100 habrá 25 números divisibles por cuatro y 75 no divisibles; de consiguiente, en cien siglos gregorianos hay 2.425 años bisiestos y un total

Este llevaba la cuenta del tiempo transcurrido (ocupación á la que se entrega las más de las veces el hombre con el solo objeto de sentirse envejecer), pero no tenía para qué preocuparse gran cosa de la división anticipada del tiempo por transcurrir.

En la vida civil es necesario prever los acontecimientos en lo que ellos tengan de permanente, y así se hace con el tiempo. De modo que *calendario* es, además del sistema para llevar la contabilidad del tiempo, el cuadro de distribución anticipada del mismo, como si dijéramos, el *presupuesto*. Un calendario, pues, nos pone al corriente de los distintos periodos en que se distribuye el año, las épocas en que se habrán de realizar ciertos fenómenos naturales, y también las en que tendrán lugar los actos civiles, las fiestas religiosas, etc., etc.; un calendario es, por lo tanto, la vida reducida á sistema; es la distribución prevista de un capital que no se tiene; la ilusión, en fin, de un paisaje, hacia el cual nos sentimos llevados, sin más consecuencia inmediata que hacernos viejos.

LA RELIGIÓN Y EL CALENDARIO

En todos los pueblos y en todas las edades la religión respectiva ha influido de un modo trascendental en la manera de disponer el calendario. El mismo calendario de la República francesa (1792-1805), establecido con el propósito de romper con toda tradición religiosa, no pudo substraerse á tal influencia, sólo que en él fué el mismo hombre la deidad alrededor de la cual giraba todo el sistema.

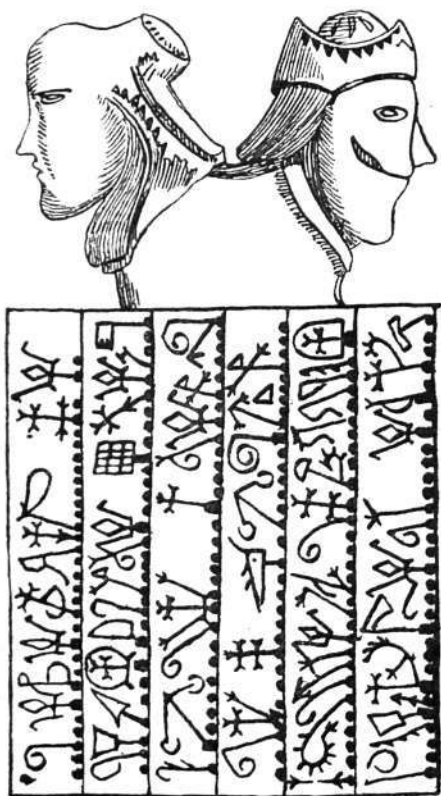
El principal objeto del calendario es, pues, determinar previamente las fiestas religiosas de cada pueblo, y es, por lo tanto, la Iglesia católica la que ha sentado los principios que sustentan nuestro calendario, el que hoy por hoy rige seguramente para el mayor número de los pueblos civilizados.

EL CALENDARIO CRISTIANO

Calendario cristiano es el que, usado en todos los países católicos, conmemora en sus distintas festividades los varios episodios de la vida de Jesucristo; además, la numeración que corresponde á los años que se suceden, tiene su punto de partida en el del nacimiento de Jesucristo, á cuya cuenta se le llama *era cristiana* ó *vulgar*. Con arreglo á este calendario, cuyos orígenes hemos hallado en el de Julio César, y que la reforma gregoriana llevó á un perfeccionamiento muy poco superior ya en lo porvenir, el año de 365 días (ó de 366 en los bisiestos) se divide, como es sabido, en los doce meses de 30 y de 31 días, con Febrero de 28 (29 en los años bisiestos), cosas todas sobradamente conocidas para que de ellas tengamos que hablar ahora. Durante esos 365 días se desarrolla por 52 veces el período septenal, llamado semana, cuyo séptimo día, *domingo*, es el destinado al descanso y en el que la Iglesia celebra sus cultos al Señor. Veamos los elementos que intervienen en la formación de este calendario.

PRESUPUESTOS DE TIEMPO

Claro está que, una vez el hombre ha estado en posesión de un sistema para medir el tiempo, no se ha limitado á hacer como Robinson, de quien hemos hablado al principio.



CALENDARIO BRETÓN, labrado en madera; obra del siglo xv, descubierto en 1732 en el castillo de Couedic, Bretaña.

Lo más curioso en este calendario es la manera gráfica de representar las festividades del año por medio de símbolos adecuados, que sin duda eran del dominio vulgar en aquella época y país.

de 3.652.425 días; la duración media del año gregoriano resulta, pues, de 365,2425 días, valor todavía un poco excesivo, pero que no dará un día de diferencia en 3.000 años.

El calendario gregoriano puede, pues, reputarse sincrónico con la marcha del tiempo, resultado solamente obtenido en época relativamente reciente.

CÓMPUTO ECLESIASTICO

Así se llama el conjunto de reglas mediante las que es posible establecer el calendario de cualquier año venidero y que han servido ya para la formación de los que han pasado, de acuerdo con el método gregoriano, ó sea desde 1582. Objeto especial de esas reglas es, además, la determinación de las fechas para las llamadas *fiestas móviles*. Los elementos ó argumentos principales en que descansan, son los dos ciclos *lunar* y *solar*.

CICLO LUNAR

Al hablar del calendario de los griegos, hemos tratado del período de 19 años calculado por Metón; ese es el *ciclo lunar*, así llamado porque, una vez transcurrido el período, vuelven las fases de la luna á corresponderse con las mismas fechas del año. Efectivamente, doce meses lunares forman unos 354 días, faltando todavía 11 días para terminar el año civil. Así, al comenzar un nuevo año, la luna cuenta ya 11 días de una nueva lunación; al dar principio á otro año, son ya 22 días los que lleva adelantados, y al empezar un tercer año, ha completado una lunación de 30 días y aun cuenta tres días de otra lunación; sólo después de 19 años vuelve á coincidir el principio del año con la misma edad de la luna. Ya sabemos que se llama *áureo número* el que indica el orden que ocupa un año dentro del ciclo lunar, y añadiremos que la edad de la luna, ó sea el número de días transcurridos al empezar el año desde la última luna nueva del año anterior, se llama *epacta*.

REGLAS DEL ÁUREO Y DE LA EPACTA

Para hallar el áureo número correspondiente á un año cualquiera de la era cristiana, se añade una unidad al año dado, se divide por 19 y el residuo es su áureo número. El residuo 0 indica el áureo 19.

Por ejemplo, sea el año 1904; añadiendo 1, hace 1905; y dividiendo éstos por 19, se obtiene un residuo 5, que es el áureo número de 1904.

En el calendario juliano cada número áureo corresponde á una epacta invariable, formando la siguiente serie:

Áureos.	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X
Epactas	0	11	22	3	14	25	6	17	28	9
	XI	XII	XIII	XIV	XV	XVI	XVII	XVIII	XIX	
	20	1	12	23	4	15	26	7	18	

Pero á consecuencia de la reforma gregoriana, los valores de las epactas quedan alterados al terminar los siglos por corresponder la supresión de los años bisiestos.

Durante el siglo XIX los valores de las epactas han sido los mismos de la serie citada; pero á partir de 1900 inclusive, dichos valores han de ser disminuídos de una unidad, y en esta forma serán utilizables hasta el año 2199; para los años 2200 á 2299, los valores de la serie disminuirán dos unidades; para 2300 á 2399, tres unidades, y para 2400 á 2499, sola-

mente de dos unidades habrá de ser la disminución. (La epacta 0, disminuída de una unidad, es 29.) Siguiendo esta prescripción, el año 1904, cuyo áureo número es 5, tendrá de epacta 13.

CICLO SOLAR

Hemos hablado de un período artificial de siete días: la *semana*. Tampoco en el año civil



Reproducción de la portada de un calendario bávaro de bolsillo; tamaño del original, impreso á imitación del estilo gótico. (Publicado por la casa G. J. Manz, de Munich.)

de 365 ó 366 días caben un número exacto de estos períodos; transcurridas 52 semanas, faltan para terminar el año uno ó dos días, según sea aquél común ó bisiesto. De ello resulta que, si en un año dado el día 1.º de Enero es un lunes, el año siguiente dicho día es un martes, adelantando un día en cada año y dos en el que sigue á uno bisiesto. Para que las mismas fechas del año vuelvan á corresponderse con iguales días de la semana, y ello durante todo el año, han de transcurrir veintiocho años. Tal es el *ciclo solar*.

Si se marcan con las letras A, B, C, D, E, F y G del alfabeto los siete primeros días del año, y se repite esta serie durante todo él, re-

sultará que, si empieza en domingo, la letra A se hallará repetida en todos los domingos del año; esa será la *Letra dominical* del año en cuestión. Si el año empieza en sábado, la letra dominical será B, y corresponderá asimismo á todos los domingos; si empieza el año en viernes, dicha letra será C, y así sucesivamente. Por excepción, sólo el año bisiesto, gracias á la intercalación del día 29 de Febrero, tiene dos dominicales: una para Enero y Febrero y otra para lo restante del año. La sucesión de las letras dominicales se verifica retrogradando un lugar cada año común (y dos cada bisiesto), en esta forma: G, F, E, D, C, B, A, G, F, E, etc., por la circunstancia, ya expuesta anteriormente, de exceder cada año un día (ó dos) de las 52 semanas y empezar cada año sucesivo en un día (ó dos) de la semana adelantado con respecto al año anterior.

REGLA PARA LA DOMINICAL

Llamando x á la parte no secular del año ó sean las dos cifras de unidades y decenas, y x' á las cifras seculares, tendremos que:

1.º Dividiendo $x + \frac{x}{4}$ por 7, el residuo que resulte restado de 7 dará una diferencia a .

2.º Dividiendo x' por 4 dejará un residuo que multiplicado por 2 y aumentando 1 dará una cantidad b .

3.º La suma de $a + b$, ó su exceso de 7, será la letra dominical según el orden: A=1, B=2,..... F=6, y G=7 ó 0. (La dominical hallada según esta regla para los años bisiestos es la que sirve para los meses de Marzo á Diciembre. Con arreglo á las leyes ya conocidas, corresponderá á Enero y Febrero la letra siguiente en el orden alfabético.)

Así, por ejemplo, tratándose del año 1904, estableceremos los cálculos siguientes:

1.º $(4 + 1) : 7 = \text{resto } 5$; de 5 á 7 = 2.

2.º $19 : 4 = \text{resto } 3$; $3 \times 2 + 1 = 7$.

3.º $7 + 2 = 9$, suma que excede 2 de 7; 2 indica la dominical B, que tratándose de un año bisiesto se complementa con la C para los dos primeros meses. CB son las dominicales de 1904.

CÓMO SE HACE UN CALENDARIO

Conocido ya lo referente á los ciclos solar y lunar, con los elementos que de ambos se derivan (*dominical* del primero, *áureo* y *epacta* del segundo), estamos ya en condiciones para formular un calendario para cualquier año determinado, transcurrido ya ó por transcurrir, dentro de las reglas que constituyen el sistema gregoriano, llamado también *nuevo estilo* por oposición al *juliano* ó *viejo estilo*.

Procedamos para ello metódicamente, empezando por la *primera materia*:

LOS DÍAS

Si de hacer un vestido se trata, el sastre ó modista echa mano del material adecuado: la tela. Nosotros para la formación del calendario contamos con *tela de tiempo* (un tejido

muy tenue, telaraña cuya urdimbre es la propia vida del hombre), y de ella cortamos una cantidad de días: 365 ó 366.

REGLA DE LOS AÑOS BISIESTOS

Serán 366 días los necesarios para formar el calendario de un año si al dividir las decenas y unidades, número del año de que se trate, por 4, hallamos un residuo igual á 0. Tal año será bisiesto. En el caso contrario, ó sea si queda un residuo, se tratará de un año común de 365 días. Pero si las dos cifras de decenas y unidades fuesen ceros en el año dado, entonces se hará la operación de dividir por 4 las cifras restantes, millares y centenas; si el residuo es 0, será un año bisiesto, y común en el caso contrario.

Ejemplos: el año 1900, prescindiendo de los dos ceros, queda en 19, que dividido por 4, dejan un residuo igual á 3. Es año común.

El año 2000 será bisiesto, porque $20 : 4 = 5$ y residuo 0.

El año 1904 es bisiesto, porque $04 : 4 = 1$ y residuo 0.

El año 2911 será común, porque $11 : 2 = 5$ y residuo 1.

DELIMITACIÓN Y PLANTEAMIENTO

Para dar más carácter de cosa tangible á nuestras operaciones, empleamos, como pueden ver nuestros lectores, términos de agrimensur; los medios de que nos valdremos habrán de ser adecuados.

Sobre un papel de longitud conveniente figurémonos tantos trazos verticales como días deba tener el año según nuestro cálculo previo, y separemos por líneas más visibles la distribución de los doce meses, teniendo en cuenta que si se trata de un año bisiesto habremos de dejar 29 días á Febrero.

Así obtendremos una figura que recordará á los que las conozcan la graduación ó escala de las llamadas *reglas de cálculos*, que los ingenieros y arquitectos utilizan para abreviar los suyos.

FIESTAS FIJAS

Sin necesidad de cálculo alguno procederemos á marcar las fiestas fijas, asignándolas á las fechas correspondientes, según la siguiente lista de las principales:

Circuncisión del Señor	1 Enero
Epifanía ó Adoración de los Reyes.	6 »
Purificación de Nuestra Señora.	2 Febrero
San José	19 Marzo
Anunciación de Nuestra Señora.	25 »
Natividad de San Juan Bautista.	24 Junio
San Pedro y San Pablo.	29 »
Visitación de Nuestra Señora.	2 Julio
Santiago el Mayor.	25 »
Transfiguración del Señor	6 Agosto
Asunción de Nuestra Señora.	15 »
Natividad de Nuestra Señora.	8 Septiem.
Todos los Santos.	1 Noviem.
Presentación de Nuestra Señora.	21 »
Purísima Concepción.	8 Diciemb.
Natividad de N. S. Jesucristo.	25 »

De este mismo tenor podremos marcar las de carácter cívico ó conmemorativo, establecidas, según el uso de cada país, en fechas determinadas y no sujetas á variación de un año para otro. Todo el santoral podrá, además, ser repartido de una vez para siempre á los días del año conforme al orden establecido en el martirologio romano.

DÍAS DE LA SEMANA

Sobre otro papel y junto á uno de sus bordes haremos otra serie de trazos, en los que cada uno de los que se hallen en séptimo lugar pueda distinguirse de los demás: así tendremos una graduación á base septenal. Servirá esta escala para las semanas, y, puesta en relación con la primera, nos indicará las fechas de los domingos del año, marcados por las líneas más visibles de la segunda. Para ello será preciso que hagamos coincidir con el 1.º de Enero la línea que indique el día de la semana con que haya de empezar el año, lo que sabremos por medio de la letra dominical correspondiente.

Así para 1904, sabida ya la dominical, que es CB, nos es fácil yuxtaponer la escala de las fechas con la de los días de la semana, haciendo que coincida el día 1.º de Enero con un viernes, según se deduce de la letra dominical C, que siendo la tercera del alfabeto indica que el día 3 de Enero debe ser domingo.

Acto seguido podremos marcar en nuestro calendario (que en el estado en que lo tenemos nos revela ya los lugares que ocuparán los domingos en todo el año) las fiestas movibles dominicales, esto es, aquellas cuya celebración corresponde á un domingo determinado y que pueden, por lo tanto, fluctuar en un espacio de siete fechas.

He aquí la lista de esa categoría de fiestas:

Santísimo Nombre de Jesús.— Segundo domingo después de Reyes. (Fluctúa del 14 al 20 de Enero.)

Preciosísima Sangre de Jesús.— Primer domingo de Julio. (Fluctúa del 1 al 7 de Julio.)

San Joaquín.— Primer domingo después de la Asunción. (Fluctúa del 16 al 22 de Agosto.)

Purísimo Corazón de María.— Segundo domingo después de la Asunción. (Fluctúa del 23 al 29 de Agosto.)

Nuestra Señora de la Consolación.— Domingo más próximo al 31 de Agosto. (Fluctúa del 29 de Agosto al 4 de Septiembre.)

Dulcísimo Nombre de María.— Primer domingo

después de la Natividad de Nuestra Señora. (Fluctúa del 9 al 15 de Septiembre.)

Dolores gloriosos de Nuestra Señora.— Segundo domingo después de la Natividad de la Virgen. (Fluctúa del 16 al 22 de Septiembre.)

¶ Hic sunt dies feriati in quibus curia domini Justicie Aragonum nec alie seculares curie non celebrantur.

¶ Enero.

A. xvij. S. Anon.
A. ix. S. Sebastian.
A. xij. S. Vincent.
A. xco. Conventio. S. Pauli.
A. xxiij. S. Johannes es auct.
A. xxix. S. Galer.

¶ Febrero.

A. ij. Purificatio beate Marie.
A. iij. S. Blas.
A. ix. S. Apolonia.
A. xxiij. Carhedra. S. Petri.
A. xxvij. S. Marbía.

¶ Marzo.

A. xij. Invenio. S. Engracia.
A. xvij. S. Brau.
A. xxv. S. María.

¶ Abril.

A. xvi. S. Engracia.
A. xxiij. S. Jorge.
A. xxv. S. Marco.

¶ Mayo.

El primero. S. Philp. y S. Jayme.
A. iij. S. Cruz.
A. vi. S. Joa de porta latina.
A. xvi. S. Miguel.
A. xx. S. yua.

¶ Junio.

A. ij. S. Barnabe.
Secunda oct: sabbarbi post festum corporis Christi transiio beate Marie.
A. ix. Sant Bogonio.
A. xxiij. S. Joan.
A. xxix. S. Pedro y S. Pablo.

¶ Julio.

A. ij. La visitacion de S. Elisaber.
A. ix. S. Euloual.

A. xvij. S. Julia e Marina.
A. xix. Translacio S. Basil.
A. xxi. S. Maria Magdalena.
A. xxv. S. Jayme.
A. xxvij. S. Ama.

¶ Agosto.

El primero. Vincula S. Petri.
A. v. S. Maria de nuec.
A. xi. Transfiguratio domini.
A. xvi. S. Laurent.
A. xx. S. Maria.
A. xxvij. S. Bartholome.
A. xxx. Decollatio S. Joannis.

¶ Septiembre.

A. xvij. S. Maria.
A. xix. S. Cruz.
A. xx. S. Marcos.
A. xxix. S. Miguel.

¶ Octubre.

A. iij. S. Francisco.
A. xvij. S. Luc.
A. xx. Translacio S. Galer.
A. xxvij. S. Simon y Judas.

¶ Noviembre.

El primero. Todos santos.
A. ij. Los defunctos.
A. iij. Los martyres.
A. ix. Pallas y Magin.
A. xvi. S. Martin.
A. xx. S. Carolina.
A. xxix. S. Andres.

¶ Diciembre.

A. xvij. Concepcio beate Marie.
A. xix. S. Lucia.
A. xxvij. Expectatio beate Marie.
A. xxi. S. Thomas Apoloh.

Calendario de los días feriados de la curia del Justicia de Aragón. (De la edición oficial de los *Fueros y observancias de las costumbres* escriptas del Reyno de Aragón.— Zaragoza, por Gabriel Dixar, 1576.)

Nuestra Señora del Rosario.— Primer domingo de Octubre. (Fluctúa del 1 al 7 de Octubre.)

Patrocinio de Nuestra Señora.— Segundo domingo de Noviembre. (Fluctúa del 8 al 14 de Noviembre.)

Primer domingo de Adviento.— Domingo más próximo al 30 de Noviembre. (Fluctúa desde el 27 de Noviembre al 3 de Diciembre.)

Procediendo prácticamente hubiéramos podido marcar estas fiestas sobre la primera es-



El imperio de la Mujer, ó mapa de los Estados y Repúblicas que las mujeres poseen en la Luna, con la alegoría de sus diversos caracteres. (Reproducción de un calendario satírico francés del año 1693.)

cala ó graduación en el sitio apropiado, junto á las fechas de las cuales respectivamente dependen. La posición de la segunda escala fijaría ya la fecha precisa de cada festividad según la posición del domingo.

FIESTAS MOVIBLES PASCUALES

Sobre la segunda escala graduada, y empezando en el octavo domingo de la misma, inscribiremos la serie de las fiestas movibles siguientes, las cuales dependen de las fluctua-

ciones de la Pascua de Resurrección, y se encuentran separadas de ésta y entre sí por intervalos siempre fijos.

Antes de Pascua.

Domingo de Septuagésima.	63 días
Dom. de Quincuag. (Carnaval).	49 »
Miércoles de Ceniza.	46 »
Domingo de Pasión.	14 »
Viernes de Dolores.	9 »
Domingo de Ramos.	7 »
Viernes Santo.	2 »

PASCUA DE RESURRECCIÓN

Después de Pascua.

Domingo de Cuasimodo.	7 días
Patrocinio de San José.	21 »
Ascensión del Señor.	39 »
Pentecostés.	49 »
Santísima Trinidad.	56 »
Corpus-Christi.	60 »

Todas ellas dependen de la Pascua de Resurrección, y con poseer una movilidad harto complicada dentro del año, conservan entre sí tal dependencia que jamás ha de alterarse su mutua relación. Con la Pascua suben ó bajan todas en igual proporción; determinada su fecha, las demás tienen ya lugar asignado.

PASCUA DE RESURRECCIÓN

Por acuerdo del Concilio ecuménico de Nicea en el año 325, corresponde la celebración de la Pascua al domingo inmediato posterior á la luna llena ó plenilunio que ocurra después del equinoccio de Primavera. Dicho equinoccio, según el propio Concilio, se fijó en el 21 de Marzo; de aquí, pues, que si en un año determinado cae la luna llena el día 21 de Marzo siendo éste un sábado, el día siguiente 22 de Marzo será Pascua; pero si el día 21 fuese un domingo, sería Pascua el domingo siguiente, día 28. Si en vez de ser luna llena el mismo día 21 de Marzo, lo hubiese sido el día anterior, la Pascua debería contarse á partir de la luna llena del mes de Abril (la primera después del equinoccio), que en dicho caso sería el 18; si éste fuese un sábado, el día siguiente 19 sería el domingo de Pascua; pero si dicho 18 fuese ya domingo, no sería Pascua hasta el domingo siguiente, ó sea el 25 de Abril. Así, pues, el 22 de Marzo y el 25 de Abril marcan el intervalo en que puede oscilar la fiesta de Pascua, ó sean 35 fechas; jamás antes ni después de aquellos límites.

DETERMINACIÓN DE LA PASCUA

Dadas las leyes que presiden á la determinación de la festividad de la Pascua, se echa de ver que la *epacta* y la *dominical* son los elementos de los cuales depende directamente dicha determinación. En su consecuencia, conocida por una serie de cálculos más engorrosos que difíciles la fecha de la Pascua cuando concurren determinadas dominical y epacta en un año dado, ha podido formarse una lista ó tabla de todos los casos posibles. Véase á continuación la referida tabla, acerca de la cual sólo diremos que basta buscar la epacta del año dado en el grupo de la dominical correspondiente para poder leer en la última columna la fecha en que habrá de celebrarse la Pascua de Resurrección.

Así, para 1904, determinadas ya de antemano la dominical, que es CB, y la epacta, que es 13, no haremos más que buscar en el grupo CB, que es el penúltimo, la epacta 13, que hallaremos en la segunda línea, para obtener enfrente de ella la fecha 3 Abril para la Pascua del año 1904.

AÑO COMUN																															
ENERO					FEBRERO					MARZO					ABRIL					MAYO					N						
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	

Letra dominical.	EPACTAS	Pascua
	23,	22 Mar.
D	22, 21, 20, 19, 18, 17, 16,	29 »
ED	15, 14, 13, 12, 11, 10, 9,	5 Abr.
	8, 7, 6, 5, 4, 3, 2,	12 »
	1, 0, 29, 28, 27, 26, XXV, 25, 24,	19 »
	23, 22,	23 Mar.
E	21, 20, 19, 18, 17, 16, 15,	30 »
FE	14, 13, 12, 11, 10, 9, 8,	6 Abr.
	7, 6, 5, 4, 3, 2, 1,	13 »
	0, 29, 28, 27, 26, XXV, 25, 24,	20 »
	23, 22, 21,	24 Mar.
F	20, 19, 18, 17, 16, 15, 14,	31 »
GF	13, 12, 11, 10, 9, 8, 7,	7 Abr.
	6, 5, 4, 3, 2, 1, 0,	14 »
	29, 28, 27, 26, XXV, 25, 24,	21 »
	23, 22, 21, 20,	25 Mar.
G	19, 18, 17, 16, 15, 14, 13,	1 Abr.
AG	12, 11, 10, 9, 8, 7, 6,	8 »
	5, 4, 3, 2, 1, 0, 29,	15 »
	28, 27, 26, XXV, 25, 24,	22 »
	23, 22, 21, 20, 19,	26 Mar.
A	18, 17, 16, 15, 14, 13, 12,	2 Abr.
BA	11, 10, 9, 8, 7, 6, 5,	9 »
	4, 3, 2, 1, 0, 29, 28,	16 »
	27, 26, XXV, 25, 24,	23 »
	23, 22, 21, 20, 19, 18,	27 Mar.
B	17, 16, 15, 14, 13, 12, 11,	3 Abr.
CB	10, 9, 8, 7, 6, 5, 4,	10 »
	3, 2, 1, 0, 29, 28, 27,	17 »
	26, XXV, 25, 24,	24 »
	23, 22, 21, 20, 19, 18, 17,	28 Mar.
C	16, 15, 14, 13, 12, 11, 10,	4 Abr.
DC	9, 8, 7, 6, 5, 4, 3,	11 »
	2, 1, 0, 29, 28, 27, 26, XXV,	18 »
	25, 24,	25 »

Sólo un caso especial puede ofrecerse, y éste es el de la epacta 25. Cuando esta epacta sea el resultado de un áureo número mayor que 11, se tomará la epacta XXV al tratar de determinar la Pascua.

ÚLTIMOS DETALLES PRÁCTICOS

Para terminar, veamos cómo llevamos a la práctica nuestros conocimientos en el arte de calcular calendarios, utilizando las escalas graduadas de que nos hemos ido proveyendo en el transcurso de nuestros estudios.

Una primera escala nos presenta una graduación de los 365 días del año, distribuidos en sus doce meses, indicando en sus sitios invariables todas las festividades *fixas*. Para cuando se trate de un año bisiesto, utilizaremos otra graduación, en la cual Febrero tendrá asignados 29 días y el total de la escala los

366 del año. Ambas escalas graduadas pueden trazarse en correspondencia, cuidando de que el día de exceso de la segunda sobresalga por el principio del año, esto es, haciendo corresponder el 28 de Febrero de la primera con el 29 de Febrero de la segunda.

Una segunda escala que poseemos nos ofrece una sucesión de trazos, distinguidos en grupos de siete, que descomponen el año en períodos semanales. Sobre esta misma graduación, y en la porción conveniente de ella, figuran las fiestas movibles que forman el período pascual; de manera que haciendo correr esta segunda regla, junto á las de los días del año, será posible sucesivamente hacer corresponder la Pascua con cada una de las 35 fechas comprendidas entre el 22 de Marzo y el 25 de Abril.

Tal es la distribución que habremos hecho de la primera materia ó *tela de días* que tomáramos al principio para *cortar* nuestro calendario. Por lo demás, esta imagen de la tela no es nueva ni mucho menos; los antiguos imaginaron las *Parcas*, encargadas de ir cortando las porciones de *hilo de tiempo* que forman la vida de cada mortal.

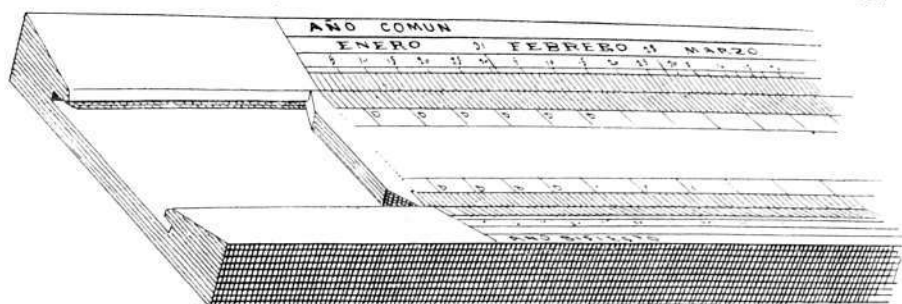
NUEVA REGLA HEMEROLÓGICA

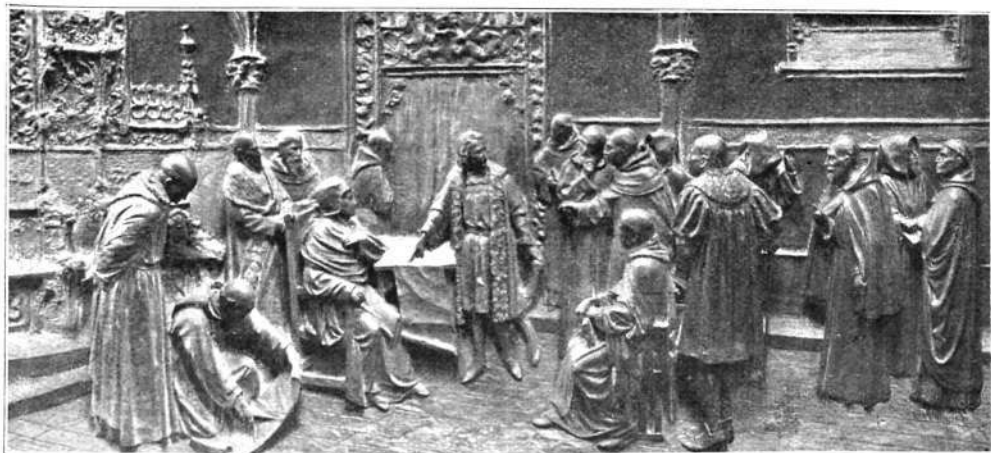
Al estilo de las *reglas de cálculos* de que antes hemos hecho mención, podrá construirse la REGLA HEMEROLÓGICA DE USO PERPETUO, que reducirá la formación de un calendario á la operación más sencilla que pueda imaginarse.

La nueva regla deberá contener dos series de graduaciones fijas; entre ambas una corredera podrá dar á otra graduación la posición conveniente con respecto á aquéllas. Las fijas serán las de días: una para el año común, otra para el bisiesto. La movable entre ambas será la de la distribución por semanas, con la indicación del período pascual adaptada en el lugar correspondiente (véanse los dos dibujos).

Terminada nuestra tarea, fruto de la cual es el presente artículo, nos resta desear que no aparezca el estudio del calendario á los ojos del lector tan árido como nuestra pluma lo ha ofrecido. Asunto de tan grande interés no puede ser resumido en el espacio de que hemos dispuesto sino sacrificando su importancia. «La explicación del calendario,—ha dicho Arago,—toca los puntos más espinosos de la ciencia y de la erudición.» Lo que equivale á decir que no era para nosotros esta labor.

R. MIQUEL Y PLANAS.





BAJO-RELIEVE EN BRONCE QUE REPRESENTA LA FAMOSA REUNIÓN DE SABIOS EN SALAMANCA, en la que fué discutido el proyecto de navegación á Occidente, expuesto por Cristóbal Colón.

EL MAUSOLEO DE COLÓN EN SANTO DOMINGO

POR

FRANCISCO CARRERAS Y CANDI

¿SE HALLAN EN LA ISLA DOMINICANA LOS RESTOS DEL DESCUBRIDOR?

SABÍASE en otro tiempo que el que iba á postrarse en el presbiterio de la catedral de Santo Domingo, tenía bajo sus pies las mortales reliquias de Cristóbal Colón, pues tal fué su voluntad; y no había otras reliquias. El siglo XIX ha infiltrado por doquier la duda, hija de la controversia, legando á las venideras generaciones dos sepulcros, dos restos y la subsiguiente confusión. Es evidente que un hado fatal se cierne ultra tumba, como en los últimos años de su vida, sobre el Gran Navegante.

Recordaré, entre lo mucho que se escribió al avecindarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, un artículo de Hart titulado, dubitativamente: *¿Es el centenario de Colón?* Glosando, con cierta sorna, el proyecto de exposición colombina, proponía que, en la sección de fotografías, se reprodujesen la casa en que nació Colón en Génova, en Saona, en Quinto, en Nervi, en Cugureo, en Plasencia, en Cuccaro y en Calvi (1).

(1) *Revista Contemporánea*, Madrid, 30 de Julio de 1890.

De igual modo, la casa en que murió en Valladolid, señalada con inscripción por el Ayuntamiento; la casa del marinero Gil García, en que también falleció en Valladolid, según declaración transmitida por el señor Barrasa; y el calabozo en que murió envenenado al cabo de seis años de encierro, por la versión de Gregorio Leti.

Perplejo me hallo al tener que tratar del sepulcro de Colón en Santo Domingo, ante el temor de que pueda aparecer apasionado el juicio de quien acompañó la obra en sus mantillas, la siguió en su desarrollo y despidióla con cariño al partir para siempre del lugar que le dió el ser. Ello me obligará á contener la pluma y ser parco en apreciaciones.

Cuando Cristóbal Colón contaba sesenta y cinco años de su edad natural, Dios puso término á su azarosa existencia, en 20 de Mayo de 1506. A la sazón se habían cumplido catorce años del famoso descubrimiento.

Depositado, previamente, el cuerpo del Gran Almirante en el convento de San Francisco de Valladolid, en 1513 fué

trasladado á Sevilla y enterrado en el monasterio de cartujos de las Cuevas.

Veintitrés años permaneció en dicha Cartuja, conduciéndolo á Santo Domingo en 1536, para ser definitivamente inhumado en el presbiterio de su santa iglesia Catedral, según expresa voluntad del Almirante.

Mi buen amigo el ilustrado escritor dominicano D. Emiliano Tejera, afirma



BELLÍSIMA ESTATUA SIMBÓLICA DE LA ANTIGUA ISLA ESPAÑOLA GUARDANDO LOS RESTOS DE COLÓN.

Carbonell se inspiró al modelarla en el retrato de una distinguida señora dominicana, en cuyas bellas facciones se vislumbran rasgos de la desaparecida raza aborígena.

que, á no ser tan uniforme la aseveración de los historiadores acerca esta última fecha de 1536, creería que la traslación á Santo Domingo debió hacerse en 1540, por coincidir dicho año con la terminación de aquella catedral y con la toma de posesión de D. Luis Colón de la capitania general de dicha colonia española.

Ninguna lápida sepulcral designaba el sitio en que estuvo enterrado Cristóbal Colón, y si se conocía, era por tradición constante; allí descansó en paz más de dos siglos. Una tumba que no debía ser hollada, lo fué en 1795, al abandonar

la isla los españoles. Motivaba la evacuación, el tener que cederse á Francia la parte española de Santo Domingo, por el tratado de Basilea.

El gobernador Aristizabal, á instancias del arzobispo Fr. Fernando Portillo, no quiso dejar en manos extranjeras los huesos del insigne navegante. Abrió una de las tres sepulturas que contenía el presbiterio y retiró de allí la caja de plomo con las reliquias mortales que, según parecer general, eran del descubridor de América.

¿Hubo ó no error al efectuarse la exhumación de 1795? ¿Fueron los restos de Cristóbal Colón, ó los de su hermano Bartolomé, ó los de su hijo Diego, los llevados á Cuba? En esto estriba el fondo de la controversia, entablada desde que, en 1877, fueron hallados los restos de Colón, que en la actualidad descansan en el magnífico monumento de la catedral dominicana.

Realizábanse, en 1877, importantes obras en el presbiterio de la mencionada santa iglesia Catedral, cuando se halló una caja de plomo cuyas inscripciones daban á entender que los restos que encerraba pertenecían al descubridor del Nuevo Mundo. En efecto, leíase en la tapa exterior de la caja:

D. DE LA A. PER ATE

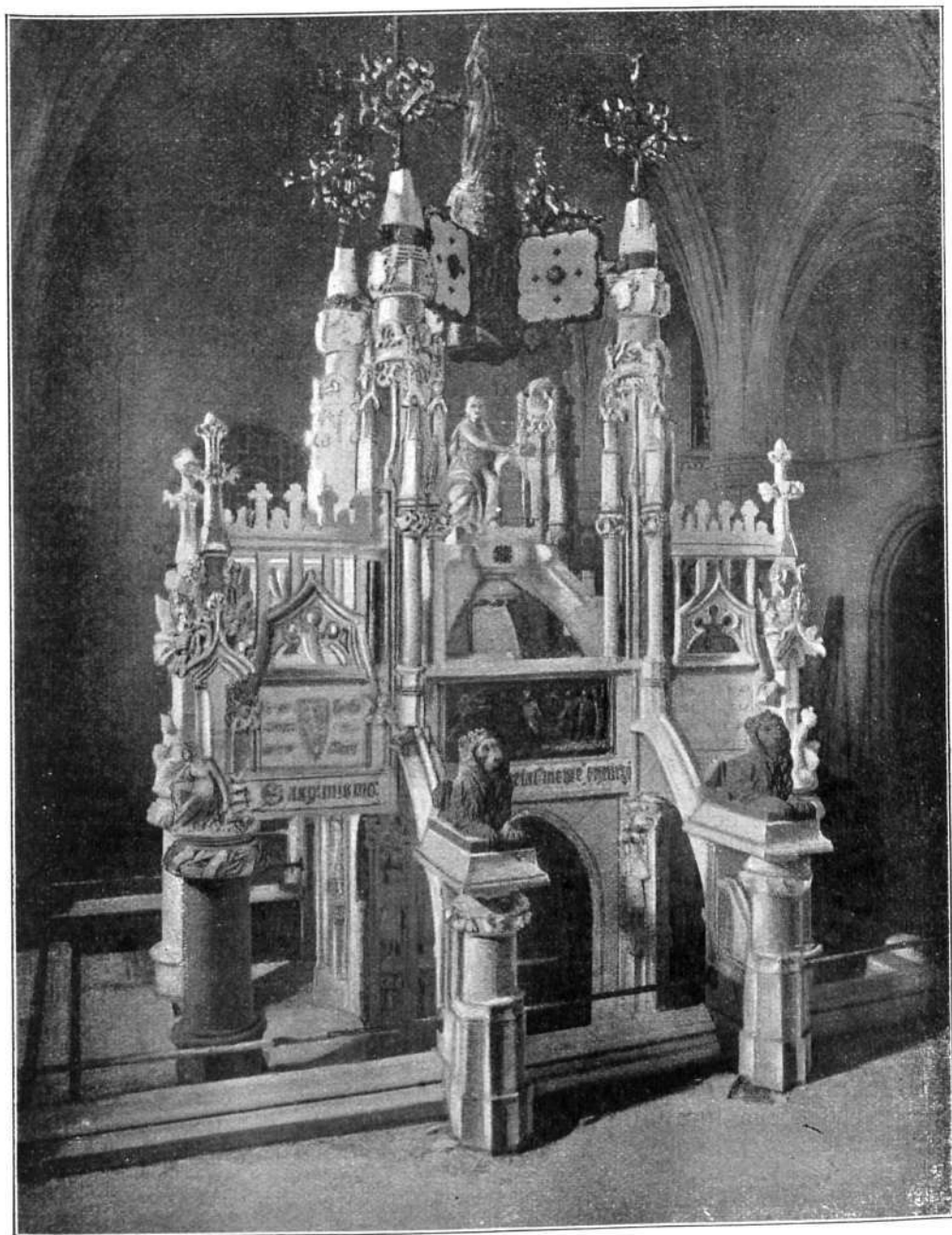
ó sea: *Descubridor de la América, Primer Almirante.*

En la parte interior, una segunda inscripción consignaba más explícitamente:

ILTRE. Y EDO VARÓN D. CRISTÓBAL COLÓN

El hallazgo suscitó polémicas, se adujeron argumentos por una y otra parte, y no se vino á conclusión. La propuesta dominicana de nombrar una comisión mixta que fallara sobre la autenticidad de los restos, no fué admitida por España. Y así estamos, después de 26 años, como en el primer día.

En Santo Domingo, desde que apareció la famosa caja en 1877, fué preocupación constante construir un mausoleo que encerrase dignamente tan venerandos restos. No contando con recurso alguno, el Gobierno impuso un corto derecho sobre todas las mercancías, así



MAUSOLEO DE MÁRMOLES Y BRONCE, ERIGIDO EN EL CRUCERO DE LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO PARA CONTENER LAS MORTALES RELIQUIAS DEL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO.

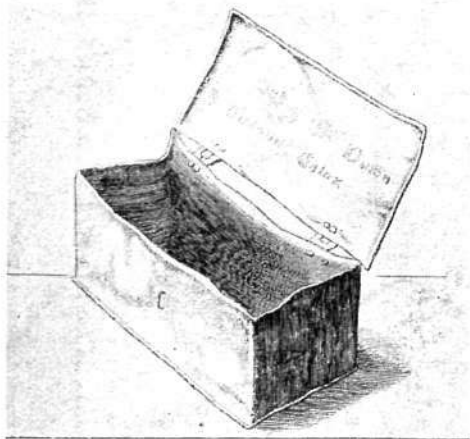
(Proyectado y ejecutado por el arquitecto Sr. Romeu y el escultor Sr. Carbonell, y construido por los hermanos Sres. Juyol, de Barcelona.)

de importación como de exportación. Para percibir el impuesto y cuidar de cuanto se relacionaba con el monumento, nombróse una Junta Nacional Co-

lombina, de la que formaban parte las principales personas de la capital.

En 1894, teniendo en caja recursos suficientes, la Junta Colombina dispuso

la celebración de un certamen artístico en Europa, con la mira de obtener un buen proyecto de monumento. Nombráronse cuatro distintas delegaciones, para excitar la concurrencia de los artistas, y cúpome la suerte de ver premiado con cinco mil francos, ó sea con el



Facsímile de la caja de plomo que contiene los restos de Cristóbal Colón, encontrada en la santa iglesia catedral de Santo Domingo el día 10 de Septiembre de 1877.

primer premio, uno de los proyectos corpóreos que, como delegado en España, había remitido á aquella Antilla. En su consecuencia, el proyecto fué construído en Barcelona por sus mismos autores, el arquitecto D. Fernando Romeu y el escultor D. Pedro Carbonell. Para la inspección y recepción de las obras funcionó, en 1897, una Comisión técnica, formada por un representante de la Real Academia de Bellas Artes, que lo fué don Francisco Miquel y Badía, y otro de la Escuela Superior de Arquitectura, que asimismo lo fué D. Francisco de Paula del Villar, bajo la presidencia del infrascrito, como delegado de la Junta Co-

lombina. Terminado el monumento y aceptado por la Comisión técnica, se embarcó en el buque italiano *Bianca Aspasia*, que el 6 de Mayo de 1898 levó anclas de Barcelona.

Entretanto, el general Ulises Heureaux, presidente de la república, formulaba el proyecto de crear una orden colombina, que fué combatido y no se pudo llevar á efecto.

Listos anduvieron los operarios encargados de la construcción del monumento en el crucero de la Catedral dominicana, á las órdenes del ilustre artista catalán D. Pedro Carbonell, inaugurándose solemnemente el 5 de Diciembre de 1898, aniversario del descubrimiento de la antigua isla Española, fecha que el Congreso Nacional declaró *día excepcional*, de recordación histórica y de regocijo público.

En aquel atractivo y simpático país americano, queda, para pública contemplación de los siglos y de las naciones, un hermoso mausoleo que, á la par que honrará perennemente al gobierno que lo erigió, por el fin á que fué destinado, será perpetua y ostensible muestra de la altura á que se halla el arte catalán contemporáneo.

¿Encierra este mausoleo los auténticos restos de Cristóbal Colón?

Responderemos á la pregunta que, si muchos nos contamos en el número de los que así lo creemos, apoyados en argumentación al parecer sólida, otros, y no pocos, lo dudan aún ó creen lo contrario, fijándose en las objeciones hechas con más ó menos lógica. Sin autoridad suficiente para fallar la ya intrincada controversia, bien se habrá echado de ver, en el presente artículo, que hemos puesto cuidado en darle carácter meramente expositivo, rehuendo el hacerle tomar aspecto de escrito de controversia.







GRANADA. — Vista panorámica de las Escuelas del Ave-María, en el valle del Darro.

LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

NADA tan agradable y deleitoso como admirar de cerca una hermosa obra. Esto me ocurrió cuando visité las *Escuelas del Ave-María*, pues mi emoción fué tan grande, que hoy, ya más sereno y calmado mi espíritu ante el recuerdo de aquella realidad sublime, lo que traza mi pluma me parece demasiado pálido. Y así es, en efecto; hay cosas que no se pueden describir tal cual son, porque su grandeza supera á las fuerzas de nuestro entendimiento y su belleza es también superior al límite de nuestra fantasía. La obra que ha llevado á cabo el gran padre Manjón es una de ellas.

Se hallan las *Escuelas del Ave-María* en el sitio más pintoresco de Granada, de esa ciudad hermosa, cuna de la belleza, de la poesía y el arte; la que Boabdil lloró como un niño y con la razón del que sabe lo que pierde. Caminando por la vía que nos conduce al renombrado colegio del Sacro-Monte, allá á la derecha, en el semicírculo que forma la Alhambra con

T. III.

la magnificencia de sus frondosos bosques y los miradores de fantásticas torres; el Generalife, de níveas galerías y



DR. D. ANDRÉS MANJÓN, canónigo de Granada



CLASE INTUITIVA DE GEOGRAFÍA FÍSICA En esta clase, que como todas las demás se da al aire libre, aprenden los niños la configuración de la superficie terrestre por medio de ejemplos prácticos.

alegres jardines de preciadas flores, que aromatizan el ambiente de aquel pequeño edén, ensueño de los poetas; la abadía del Monte, cuna de santos y sabios, elevándose majestuosa en la cima del cerro, en solitario retiro despreciando el bullicio y jolgorio de la ciudad, tendida á sus pies; allí, en ese centro, se encuentran las *Escuelas del Ave-María*.

Más de cerca las aprisionan los miles de pencares que recubren las cuevas en que mora la cosmopolita raza gitana, que ya toca los efectos moralizadores de ellas, y también cual culebra que las enrolla, las aguas del río Darro, que en el armonioso rumor de su correr, formando consorcio con las melodías de los ruiseñores y los trinos de inocentes jilguerillos, lame, con la dulzura del beso, sus risueñas orillas. Parece como que quiere llevarse algo de aquella belleza gentil que á la Naturaleza le plugo donar á aquel sitio, belleza que se realza más cuando lo azulado del cielo se presenta

en toda su pureza, dejando ver con el atavío de sus galas, entre raudales de luz, el contraste que forman bellísimos cármenes al destacarse sus casitas blancas en el verde obscuro de la floresta.

Allí, la luz, el agua, los delicados perfumes que exhalan rosales y madre-selvas, los pajarillos al saltar de rama en rama, los niños jugueteando de uno á otro lado, impregnados de candor infantil en la alegría de su casa, porque las Escuelas son su hogar; todo se disputa un lugar para realzarlo y hacer de él el mejor rincón de la tierra; por algo han de haber llamado los poetas á aquel sitio *el valle del Paraíso*.

Nada tienen estas Escuelas de eso que podemos llamar grandes salones para sus clases, no; están al aire libre, y si bajo techado se cobijan algunas veces, es porque, ora el frío intenso, ora la lluvia, allí las lleva, echando de menos aquel cachito de cielo, aquel trocito de gloria que es la vida de los escolares.

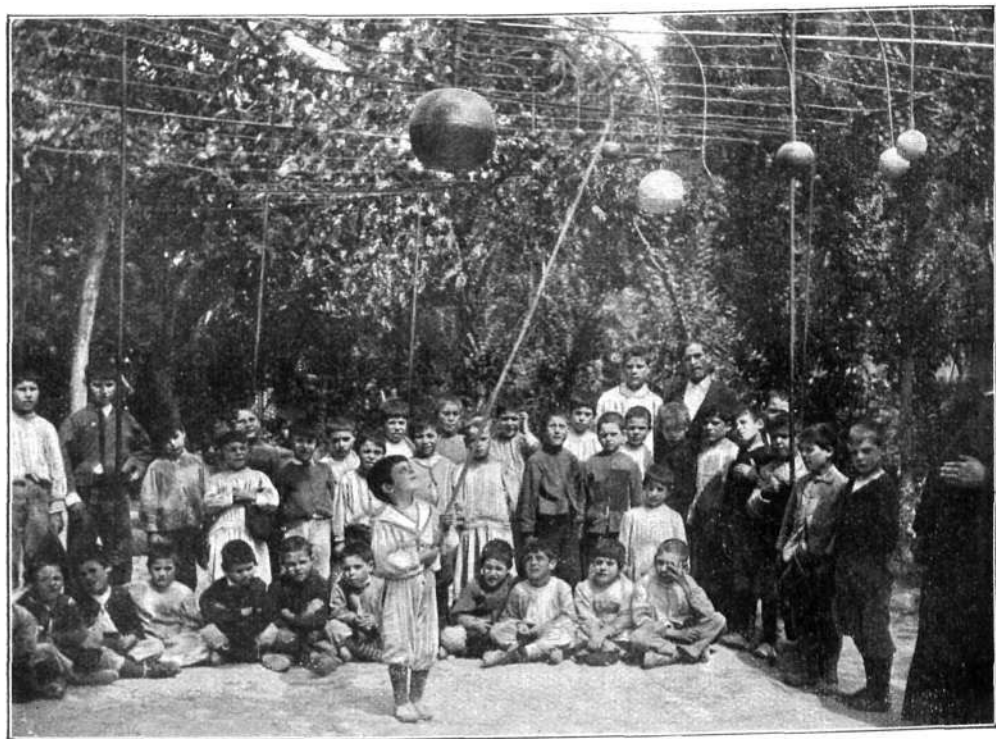
Manjón puede estar contento; al contemplar su obra, la ve coronada. La Naturaleza le presta sus galas; el rico contribuye con su óbolo, y centenares de chicuelos, hijos de familias desmoralizadas, pobres unos, y otros recogidos del arroyo, concurren á sus Escuelas, mixtas de niños y niñas. Quizá sea también en parte, causa de tanta simpatía el *medio circundante* de que nos hablan los pedagogos, porque en estas Escuelas no se puede pedir más, todo es completo. Sí,— como dice el insigne autor de esta institución,— el ideal de la escuela es el jardín situado en el campo y ese ideal está realizado en las *Escuelas del Ave-Maria*.

Cuando el viajero, acostumbrado, sin duda, á apreciar la enseñanza rutinaria que dan el Estado y muchos colegios particulares, penetra allí por vez primera, no distingue por todas partes más que una multitud de niños de ambos sexos, que parece están en la hora del juego y el recreo. Esto me sucedió á mí,

y así es en efecto, porque allí el juego y el recreo van unidos á la enseñanza; sí, porque estos juegos á propósito, les llevan, sin ellos saberlo, á un fin eminentemente instructivo, y porque en todos los lugares de aquella mansión de delicias no se respira otra cosa que instrucción.

Admirable es, en verdad, al par que conmovedor, ver aquella sociedad en germen, toda pobre, formada de lo que llaman algunos soberbios escoria de gitanos, aprendiendo en aquel pequeño paraíso á ser útiles y buenos, retirados del vicio y lodo social, que los haría masa corrupta en el porvenir.

Allí todos son hermanos, porque así se lo dice el venerable P. Manjón; y cuando en la hora de la comida muchos desgraciados infelices carecen de lo necesario para el sustento de la vida, otros, que nacieron con más fortuna, cariñosos y atentos, comparten con ellos sus manjares. ¡Qué rasgo más sublime, qué



CLASE DE GEOGRAFÍA ASTRONÓMICA.— Ingenioso procedimiento, ideado por el P. Manjón, para enseñar á los niños la posición relativa de los astros y el sistema planetario.

enseñanza más consoladora! La fraternidad en práctica. Cuando esta pobreza es en todos nota saliente, allí vemos entonces una vez más, en la realidad, el pensamiento generoso del autor alimentando á su pequeñín, cubriéndole las desnudeces con modesto traje.

Lo repito. Aquello es tan grande que la pluma no lo puede describir. ¡Qué ideas más hermosas inspiran los juguetones y chiquitines escolares del Ave-María! ¡Qué sentimientos más bellos despiertan en el visitante! La infancia, pobre y sin recursos, con todo su candor se presenta ante la opulencia, que no puede menos de contribuir á la obra más grande y más hermosa de la humana vida.

Entremos ya en pormenores de las Escuelas.

Uno de los maestros, joven y de porte afable y culto, se me ofreció para que viera á los niños en el estudio de la Geografía. Nunca he visto tal forma de enseñar. No había más libro para apren-

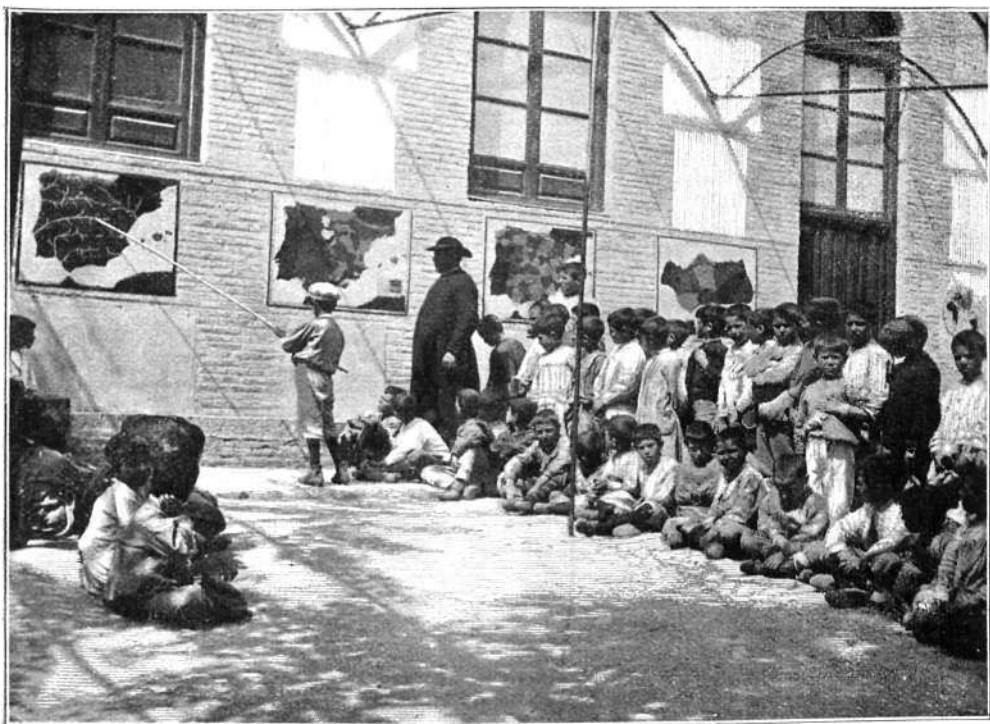
der que la explicación ante la cosa. Una planicie de donde se destacaban tejas colocadas á propósito y algunas plantas de jardín, nos indicaban el mapa de España. Los niños, recorriéndolo, porque el mapa era el suelo mismo, se penetraban prácticamente, á fuerza de ejemplos del profesor, de la materia que éste les enseñaba. Traduciré literalmente, para mejor concepto, uno de los ejemplos que el maestro puso á un muchacho.

—Alonso,—así se llamaba,—supóngase que lo han nombrado presidente de la Audiencia de Valladolid y que se encuentra en Granada; ¿qué itinerario llevará para ir á dicha capital á tomar posesión del cargo que le han conferido? Además, señáleme las provincias y puntos importantes por donde habría de pasar.

Como el que marcha por un camino conocido, iba Alonso explicando por dónde caminaba, hasta llegar á Valladolid. A todos los alumnos nombró el maestro presidentes de otras tantas partes, y



Grupo de alumnos del Ave-María aprendiendo gramática por el método intuitivo.



Otra sección de Geografía enseñada con el auxilio de mapas empotrados en la pared.

como Alonso, fueron también describiendo sus itinerarios. Después enumeraba cada uno las Audiencias de lo criminal y Juzgados de su distrito, y al nombrarlos indicaban el sitio donde se hallaban. De esta forma aprendían aquellos chicuelos de una manera maravillosa, las clasificaciones, no digo ya de esto, sino de las demás materias geográficas.

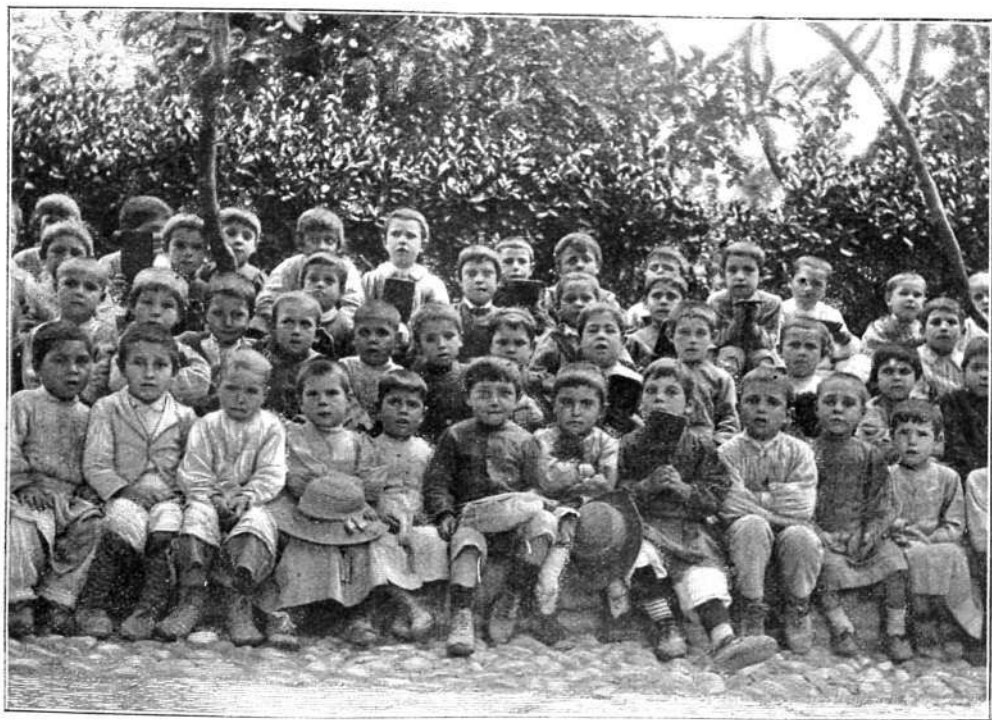
Una cosa me sorprendió en este mapa, y es que, mediante prominencias más ó menos elevadas de tierra, estaban señaladas en él las vertientes y las cordilleras, así como los ríos principales; y al echarles agua, ya todo bien dispuesto, cada vertiente llevaba las aguas á su río y éstos á su vez al mar.

¡Cómo no aprender así!

¿Y esto, para los niños, no es un verdadero juego? Lo es, y bastante distraído para ellos; y, sin embargo, en ese juego aprendían más, mucho más que estudiando silenciosos en el libro. Al niño se le debe enseñar á que piense y deduzca; eso quiere Manjón, no la rutina. Por este orden son todos sus procedimientos.

De allí pasamos al mapa esculpido en piedra, en el que se ven los golfos, los ríos, los lagos, etc., y que al llenar de agua la balsa en que se halla, se contempla todo con primorosa perfección. ¡Qué manera más admirable de enseñar en aquel mapa-mundi las regiones orográficas é hidrográficas! Los niños sabían lo qué era un golfo, un río, un cabo, un estrecho, porque lo estaban viendo, lo tenían delante y por eso lo aprendían pronto. Allí no hay rutina, todo es intuitivo y práctico; por eso dice don Andrés Manjón que la Geografía sin mapas es como la lectura sin libros y la escritura sin escritos; que sin libros se puede enseñar Geografía, sin mapas no; y que entre los libros y los mapas, son preferibles estos últimos. Tal estudio es meramente intuitivo, y claro es que cuanto más se aproxime á la realidad el procedimiento, más fácilmente se comprenderá.

Luego, en otra planicie, encontré otra cosa no menos admirable: el sistema planetario. Se dejaban ver en el aire,



NIÑOS DE LA CLASE DE PÁRVULOS DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA. Pertenecen algunos á la raza gitana, según puede colegirse de los rasgos característicos de sus fisonomías.

de tamaño proporcionado, el Sol, la Tierra, Mercurio, Venus y demás planetas y satélites que forman el sistema solar. Aquello tampoco necesitaba libro para su estudio, pues tenían delante el libro de la realidad, que les explica el profesor. Uno de los niños, puntero en mano y de una manera prodigiosa, iba indicando cada planeta, lo hacía girar en la forma de su movimiento, expresaba las distancias de unos á otros, y como todo estaba á imitación del natural, se penetraban de ello insensiblemente, como el que aprende un juego.

¿Y el procedimiento para enseñar gramática?

Allí vi á los muchachos brincar en una especie de rayuela. Ante el ejemplo del maestro, una oración primera de activa, cada uno iba á ocupar su puesto; un niño era el sujeto, otro el verbo, otro predicado, y cada uno de estos miembros tenía un lugar designado en la dicha rayuela, y así entre varios niños formaban una oración y aprendían gramá-

tica sin necesidad de libro, dándose completa razón de todo ello.

¿Y con el estudio de la Historia? Otro tanto acontecía. También aprendían Anatomía de este modo y las múltiples materias que se dan en las escuelas y que nos es imposible encerrar en los límites de un artículo. Baste decir que en los cármenes escolares de Granada no se ven más que signos de enseñanza. Mapas pintados en las paredes, pizarras empotradas en las mismas, notas musicales, figuras de Geometría y otras muchas formadas de ladrillos en la diversidad de plazoletas que abundan en las Escuelas. El niño, andando por todos lados para aprender, hace en aquella mansión al aire libre la vida del campo, y á la manifestación de una raza degenerada se oponen estos medios que contribuyen á su robustez y perfección.

Se me invitó á que los viera en el ejercicio militar. Había que descender por algunas cuestecillas, pero aquello era deleitoso. A lo largo del camino se veían

pequeñuelos de acá para allá; éste se descubría con respeto; el otro, dedicado á la agricultura, cultivaba un arbolito; sorprendíalos, como hombres formales, hablando ya de Historia, ya de Geometría; y así, distraído, bajaba por aquellos enmarañados bosquecillos, llenos de voces infantiles, cuyos suaves ecos se confundían con los dulces gorjeos de alegres pájaros, que continuamente están alabando aquella obra de la Naturaleza. Salí á una hermosa plazoleta, cuya barandilla, en medio de la variedad del paisaje, sirve de magnífico mirador.

Encontré un grupo de chiquillos, todos armados de diminutos fusiles, que á la voz de mando del jefe quedaron en perfecta formación militar. Cuando avanzaban lo hacían con la regularidad propia del soldado viejo, manejando el arma cual si fueran veteranos; pero al evolucionar en las maniobras y marchas, no solamente hacían el ejercicio físico que la instrucción militar supone, sino que aprendían también Geografía. Su-

ponían hallarse en un punto y de allí tenían que ir á otro á tomarlo, y claro, tenían que saber el camino y conocer la situación geográfica de una y otra plaza.

Así se enseña.

Después de ausentarme de aquel lugar supe que el maestro que los dirigía era gitano; Manjón le había costado los estudios como á otros muchos. No lo parecía, y únicamente se veía en él al hombre culto y de porte distinguido.

Poco más tarde, en la plazuela principal, oí el tañido de una campana que los llamaba á la pequeña iglesia que tienen estas Escuelas, y vi un espectáculo encantador, que me impresionó. Las turbas de niños y niñas acudían al templo á orar; era la hora señalada para la meditación. Aquellos infelices, nacidos en la miseria, con sus caritas contritas, daban gracias á Dios con un fervor sublimemente cristiano, salido del fondo de su alma pura. Se lo había enseñado así su adorable P. Manjón.

Cuando terminaron decidí visitar las



CLASE DE INSTRUCCIÓN MILITAR.— Los pequeñuelos, armados de fusiles diminutos, en disposición de comenzar los ejercicios al mando de un profesor.

clases de niñas, y las encontré ufanas en sus labores, como mujercitas en sus hogares. ¿A qué hablar de ellas? Mi impresión fué igual ó superior á la ya sentida. Parecían aquellas voces salmodias de querubes, que encantaban y atraían al oír las, y más cuando se disputaban el explicar cualquier materia que la profesora les proponía. Aquel grupo de ange-

litos de caritas de rosa, de ensortijados cabellos, de faz sonriente y pequeñas manecitas dejó en mí un recuerdo dulce y muy grato, uno de esos recuerdos que nunca se borran.

Apenas iniciada su obra, Manjón la ha visto extenderse por todas partes, pues ya no es solamente la fundamental del camino del Monte, sino que hay otra



CLASE DE MÚSICA EN LA ESCUELA DE NIÑAS. La mayorcita ejerce de profesora, señalando con un puntero las notas musicales mientras las alumnas solfean á compás.

en Quinta-Alegre y en el Triunfo; todas ocupan barrios extremos de Granada, cogiendo entre sus redes á la clase desheredada y pobre de la ciudad de los cármes, que mira en el autor no á un hombre cualquiera, sino á un apóstol.

Pero tampoco se concretan estas escuelas á Granada; ya en otras provincias se están levantando á su modelo y siguiendo el mismo procedimiento. A diario recibe el P. Manjón cartas de todos los puntos de España y aun del extranjero pidiendo reglamentos y profesores.

Moría la tarde cuando abandoné las

Escuelas. El sol trasponía ya los confines de la vega y sus tenues rayos daban al paisaje un aspecto de dulce tristeza. Los niños, brincoteando, salían al son de tambores y cornetas, y yo entre ellos llegaba al camino que conduce á la ciudad. Me detuve un momento para verlos pasar y los miré con envidia; recordaba mi edad infantil, mi edad primera, esa edad dulce y tranquila en que reina la inocencia; ellos la tenían, y yo no... Aquello pasó y sólo me esperaba la batalla, la lucha, el bregar continuo de la vida.

FERMÍN DE PANIAGUA Y ANDRÉS.

·PCINORCMCI·UNIVERSAL·

Pocos días antes de salir del poder el gabinete Villaverde, del cual era ministro de Agricultura y Obras públicas D. Rafael Gasset, efectuó éste en persona la inauguración de dos importantísimas obras de innegable utilidad para las comarcas en donde se han de construir. Una de ellas es el pantano titulado *La Peña*, en la provincia de Zaragoza, que embalsará, por ahora, 18 millones de metros cúbicos de agua del Gállego, sin perjuicio de llegar, con el tiempo, á los treinta millones. De esta suerte quedarán convertidas en tierras de regadío más de 20.000 hectáreas que hoy son de secano, acrecentando la riqueza de la comarca y, por consiguiente, la del país en general.

Buena prueba de la satisfacción con que los campesinos aragoneses han acogido el hecho trascendental de inaugurarse las obras de este pantano, fué el entusiasta recibimiento que hicieron al ministro, quien durante el viaje pudo convencerse de la gran necesidad que las regiones españolas tienen de ver secundadas por los gobiernos sus iniciativas.

♦ ♦ ♦

A la hora de escribir estas líneas están viajando de regreso á España los señores D. Federico Rahola y D. José Zulueta, que, como es sabido, fueron en comisión privada á la República Argentina con objeto de estudiar sobre el terreno los medios más conducentes para estrechar las relaciones comerciales entre España y las repúblicas sud-americanas.

Una de las estaciones más gratas que hicie-

ron durante su permanencia en el continente americano, fué la de Bahía Blanca, donde fueron recibidos por lo más granado del comercio local, las autoridades civiles y militares, gran parte de la colonia española é ininidad de vecinos. Visitaron los comisionados el Ayuntamiento y el Centro Comercial, donde se les obsequió con un banquete en el que brindaron el señor Intendente, los señores Zulueta y Rahola y D. Joaquín Perelló, en nombre del importante diario de la localidad *El Comercio*, quien pronunció un elocuente discurso, saludando á los comisionados y deseándoles un feliz éxito en la empresa acometida.

El comandante Pereda, jefe de las fuerzas de guarnición en Bahía-Blanca, dedicó cariñosas frases á España, y por último, cerró los brindis el señor Gutiérrez, presidente de la comisión de festejos, agradeciendo á las autoridades la cooperación que habían prestado al comercio español para honrar á los comisionados. Estos, antes de salir de Bahía-Blanca, visitaron la Escuela de Comercio, el mercado de frutos, el palacio del Municipio y el puerto comercial.

Respecto de los resultados prácticos obtenidos por los comisionados en su viaje, son dignas de mención las conclusiones que la colonia española de Montevideo sometió á la consideración de los comisionados en el banquete con que el Club Español de la capital uruguaya obsequió á la embajada comercial.

Las conclusiones son las siguientes:

1.ª Institución de Escuelas de Comercio



ZARAGOZA.—Inauguración oficial de los trabajos en el pantano de la Peña.

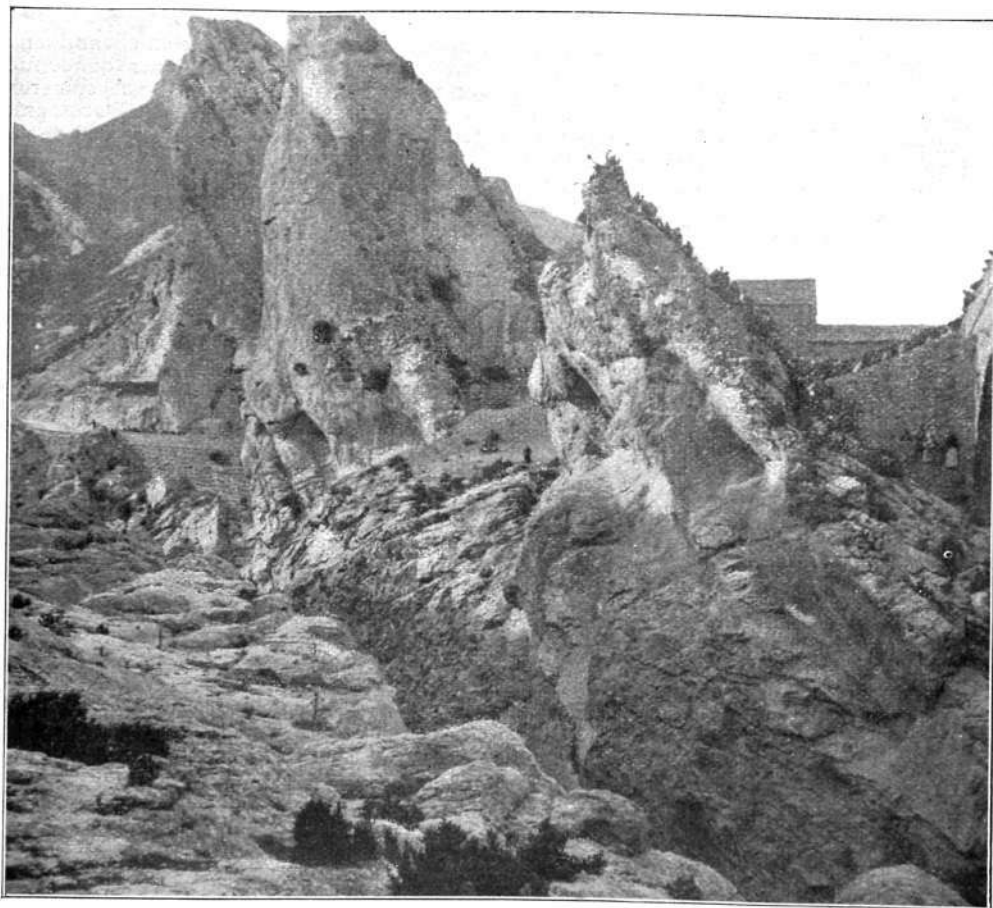
por el estilo de las de Alemania y los Estados Unidos, á fin de que los comerciantes peninsulares modifiquen su criterio y procedimientos mercantiles.

2.^a Establecimiento de Escuelas prácticas de Agricultura y Ganadería por el estilo de las del Canadá, de California y Australia, que es donde en mayor progreso se hallan aquellos ramos de la actividad humana.

3.^a Escuelas industriales para encauzar por nuevos rumbos á la juventud española, desviándola de las carreras literarias, que sólo conducen á la empleomanía.

4.^a Reforma de las ordenanzas de aduanas, que son un obstáculo al desenvolvimiento y expansión del comercio español dentro y fuera del país.

5.^a Facilidades para el abanderamiento de



ZARAGOZA.—Vista panorámica del paraje donde ha de emplazarse el pantano de la Peña.

buques, á fin de que no desaparezca de los mares la bandera española.

6.^a Habilitación de Cádiz como puerto franco é institución de zonas neutrales en el Mediterráneo y en el Atlántico, para facilitar la navegación con España; porque hoy sólo toca en la Península el 10 por 100 de los vapores procedentes de América, y no pasan por España ni el 5 por 100 de los americanos que van á Europa.

7.^a Supresión del impuesto de guerra que se cobra sobre todo pasaje de ó para España y aleja de la Península á los viajeros de América, ó bien se elude por los peninsulares, que huyen de los puertos españoles y desembarcan

en los próximos de Lisboa, Burdeos y Marsella.

8.^a Establecimiento de una sección especial para América en el Ministerio de Estado, con personal de diplomáticos y cónsules conocedores de América.

9.^a Rebaja del arancel consular, el más elevado que hoy existe.

10. Libertad del comercio de tránsito para que los puertos españoles más próximos á América tengan las ventajas que Amberes y Génova dan á las mercancías de Alemania que se embarcan en estos puertos.

11. Supresión del impuesto de exportación á los libros impresos en español procedentes de América; gabela que ha impedido dar á co-



BAHÍA-BLANCA. — Los miembros de la Comisión comercial en el frigorífico *La Negra*, de la Compañía Sansinena de Carnes congeladas

nocer la bibliografía americana en la Península, siendo ésta donde menos se conocen las obras de los países que hablan español.

12. Que la prensa española se asocie para tener servicio telegráfico diario de América, como todos los periódicos de América lo tie-

nen de España, dedicando sección especial á los asuntos hispano-americanos.

Tales son las conclusiones formuladas con muy buen criterio por la colonia española de Montevideo, cuya realización gestionarán los comisionados á su llegada á la Península. ☉



BAHÍA-BLANCA — Los comisionados españoles recorriendo el mercado de frutos *Victoria*
(Fots. de A. Vetrí, remitidas por J. Sobré)



D. JULIÁN ROMEA

En plena virilidad, y cuando aun podía esperar mucho de él la escena española, murió en Madrid, á 13 de Noviembre último, el insigne actor Julián Romea, sobrino del famoso trágico del mismo nombre.

Nacido en Zaragoza el 18 de Junio de 1848, ingresó como cadete en uno de los cuerpos del ejército, pero á los tres años de servicio una grave enfermedad le obligó á pedir la licencia absoluta. Entonces empezó los estudios

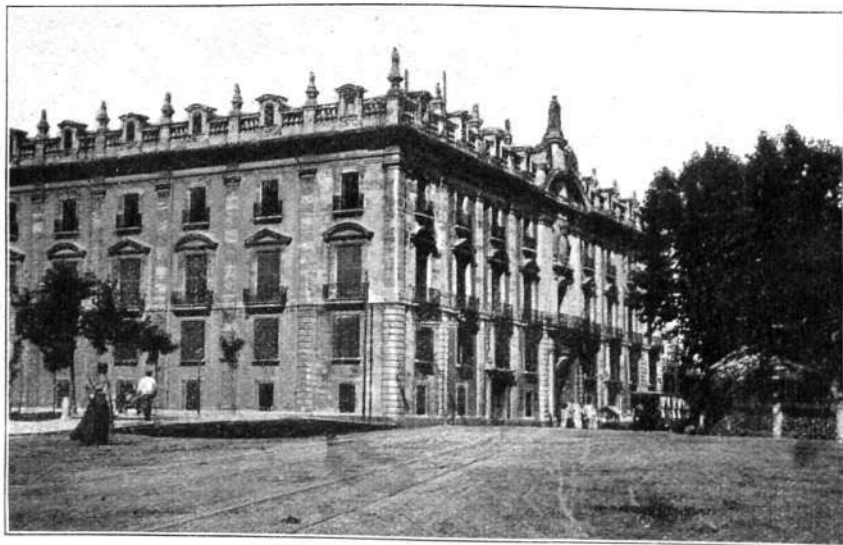
superiores de Música y Composición, pues los elementales los dominaba ya desde pequeño. Pero así como ni el latín ni las retóricas de la segunda enseñanza ni la táctica y ordenanza militares fijaron su atención, tampoco la concedió muy grande á las bellezas artísticas de fugas y contrapuntos.

Otra era su vocación: la escena. Una vez en Madrid crecieron sus aficiones, y comenzó á hacerse notar en varios teatros particulares de la corte que á la sazón estaban de moda, como los de la duquesa de Medinaceli, condesa de Vilches, duquesa de Híjar y González Bravo. Protegido por su tía doña Matilde Díez, ingresó en el teatro Español en la temporada de 1870-71, alternando con Valero, Catalina y la inolvidable Boldún. Romea debutó en la pieza *Luna llena*, y aunque los primeros éxitos no fueron del todo afortunados, pronto llegó á conquistar, á fuerza de talento y perseverancia, el puesto preeminente que ha dejado vacío su muerte prematura.

◆ ◆ ◆

Después de muchas y muy laboriosas gestiones, que terminaron por convencer á los hombres públicos, han logrado los valencianos que el Senado aprobara un proyecto de ley con objeto de construir en la ciudad del Turia una nueva Fábrica de Tabacos. A este fin, el edificio llamado vulgarmente Aduana, donde hasta ahora estuvo instalada aquella fábrica, se restaurará convenientemente habilitándolo para Palacio de Justicia, pues la actual Audiencia Territorial amenaza ruina.

La antigua Aduana, situada cerca del camino del Grao, es el edificio más á propósito para albergar á los tribunales de justicia, luego de que esté decorosamente restaurado, pues su



VALENCIA.—Edificio de la Aduana, habilitado actualmente para Palacio de Justicia. (Fot. R. Peñalver.)



BARCELONA.—Exhumación de los restos mortales de D. Pascual Madoz en el Cementerio antiguo.

situación topográfica lo hace igualmente accesible desde todos los puntos de la capital.

Mejora es ésta que indudablemente ha de ser beneficiosa para Valencia, contribuyendo al embellecimiento de la hermosa ciudad.

A las nueve de la mañana del 1.º de Diciembre último se efectuó en Barcelona la traslación de los restos mortales de D. Pascual Madoz, desde el panteón núm. 7 interior de la isla 4.ª, departamento I, del cementerio del Este, donde fueron inhumados en 1870, al severo y sencillo panteón que se ha construido en el cementerio del SO.

Al acto de la traslación concurrieron las autoridades, corporaciones y entidades de la ciudad, además de la comisión que se nombró para presidir la suscripción popular con cuyo producto y el donativo que hizo el Ayuntamiento se erigió el panteón.

El papel importantísimo que desempeñó don Pascual Madoz en los sucesos políticos ocurridos desde 1850 á 1868, y la energía con que desde el Gobierno civil de la provincia de Barcelona contribuyó al renacimiento del espíritu público, abatido por la epidemia cólerica



BARCELONA.—Sepelio de los restos de D. Pascual Madoz en su panteón del Cementerio nuevo.

que diezma la capital de Cataluña, le hacen merecedor del agradecido recuerdo de la generación presente.

Era D. Pascual Madoz natural de Pamplona, y vicisitudes de la vida le llevaron á Barcelona, donde una casa editorial hubo de confiarle, muy joven aún, el encargo de continuar un *Diccionario Geográfico Universal*.

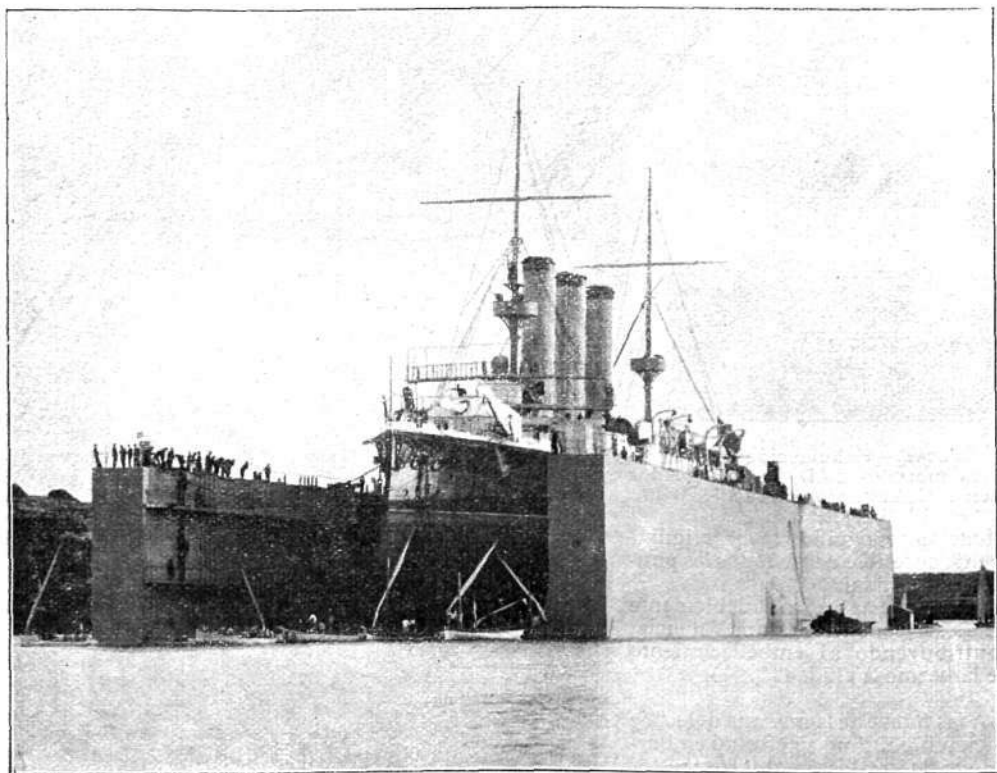
En 1835 ingresó en el Colegio de Abogados de Barcelona, y en 1836 fué nombrado juez de primera instancia y gobernador del valle de Arán.

Gracias á la popularidad conquistada durante este período, fué elegido diputado por

Lérida. Triunfante la revolución de 1854, confiriósele el mando de la provincia de Barcelona, en cuyo cargo se captó las simpatías de todas las clases sociales.

◆ ◆ ◆

El hermoso puerto de Mahón, una de las obras más prodigiosas de la naturaleza y que las naciones marítimas extranjeras miran con envidia, acaba de ser dotado de un dique flotante para el servicio de los buques de guerra y mercantes trasatlánticos.



MAHÓN.— Dique flotante con el acorazado *Carlos V* (los dos en seco).

Sabido es el objeto á que se destina un dique flotante. Por medio de esta poderosa máquina pueden alzarse en vilo los enormes acorazados de miles de toneladas y ponerlos en seco para pintarles los fondos y hacerles toda clase de reparaciones en la obra muerta, sin necesidad de desguazarlos en astillero.

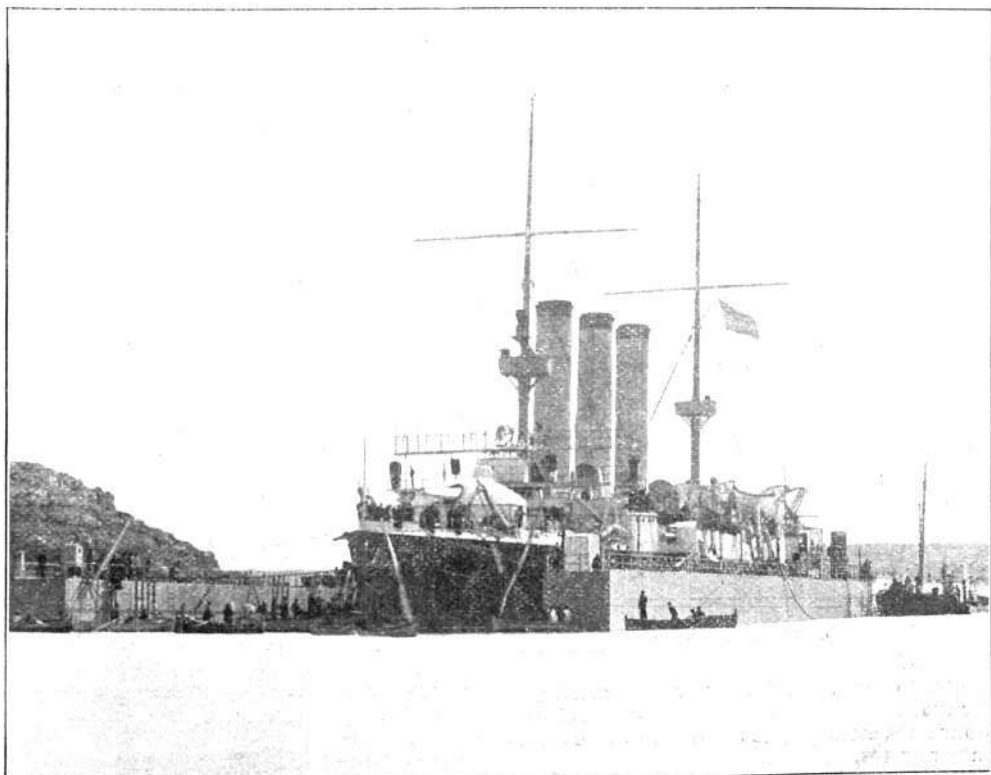
Nuestros dos primeros grabados relativos al dique, cuya rápida descripción hacemos, representan: uno al acorazado español *Carlos V* puesto en seco, y el otro al mismo buque sumergido con el dique. El tercer grabado da idea del dique en seco.

Este dique es el mismo que cuando la pérdida de las colonias estaba destinado para el puerto filipino de Subic, y que á consecuencia de la dolorosa catástrofe nacional volvió á España para instalarlo en el puerto de Mahón.

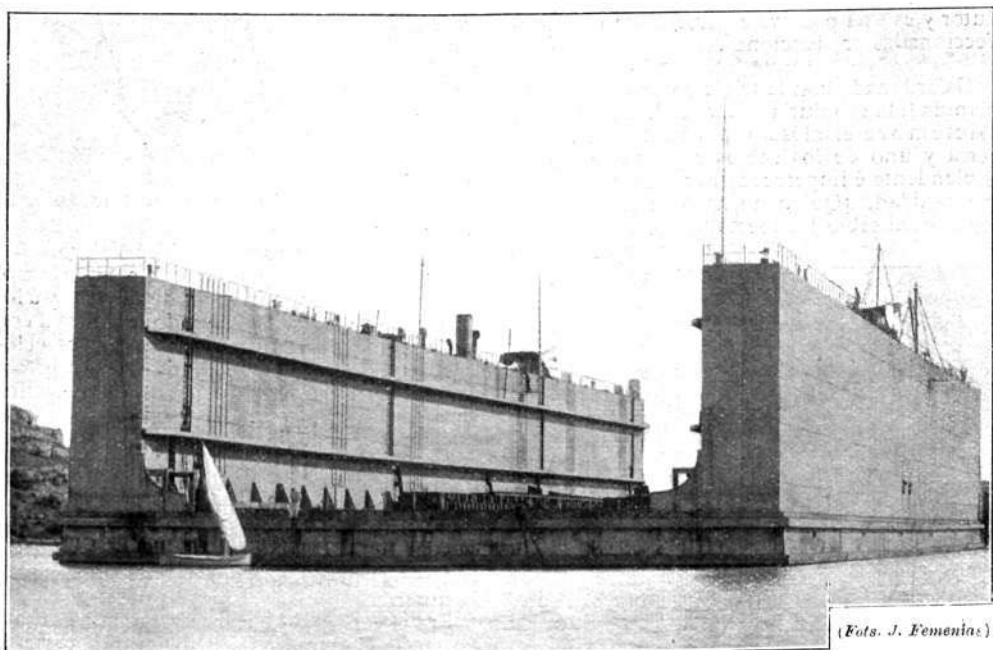
Las pruebas efectuadas con el acorazado *Carlos V* tuvieron un éxito feliz, y dicho está con ello que podrá prestar utilísimos servicios en el importante puerto de las Baleares.

◆ ◆ ◆

Con lisonjero éxito se estrenó en el Gran Teatro del Liceo, de Barcelona, á primeros de Diciembre último, la ópera *Acté*, segunda producción escénica del eminente violinista don Juan Manén, con cuyo retrato honramos oportunamente las páginas de HOJAS SELECTAS con motivo de sus triunfos en la capital como concertista. La nueva partitura del maestro Manén, cuyo argumento está tomado de la época de Nerón, ha sido cantada en catalán por artistas tan renombrados como el tenor Angioletti, el barítono Blanchart, la célebre soprano María Giudice y la distinguida



MAHÓN. — El dique flotante con el acorazado *Carlos V* (los dos sumergidos)



(Fots. J. Femenías)

MAHÓN. — El dique flotante, sin embarcación alguna y en seco.

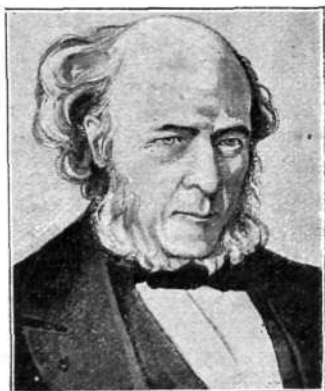


CONCHA DAHLANDER

contralto Srta. Dahlander, cuyas excelentes facultades y suprema distinción justifican que honremos estas páginas con uno de sus últimos retratos.

La música del joven compositor ha levantado animadas controversias entre los críticos musicales, aunque coincidiendo todos en que revela grandes conocimientos técnicos en el autor y es una positiva esperanza de más perfeccionadas producciones.

Galardonado con la triple corona de la ancianidad, la sabiduría y la virtud, murió á 9 de Diciembre el filósofo más ilustre de Inglaterra y uno de los sabios cuya gloria, por lo esplendente é imperecedera, reclama para sí la humanidad. ¿Quién no ha oído citar más de una vez al sabio Heriberto Spencer?



HERIBERTO SPENCER

Descendiente de una familia de pedagogos, puesto que su padre, sus tíos y su abuelo ejercieron el magisterio, nació Spencer en Derby á 27 de Abril de 1820. Como su padre era secretario de la Sociedad Filosófica de Derby, el futuro sabio tenía á su dis-

posición la nutrida biblioteca de dicha corporación, además del gran número de revistas científicas que había en el salón de lectura. Allí pasaba largas horas entregado con afán á los libros, y de allí, sin más guía que su privilegiado talento, sacó copioso caudal de conocimientos en todos los ramos del saber humano, y lo que es más característico, el hábito de discutir con su padre y su hermano los puntos más graves de política, moral y filosofía.

En 1862 publicó los *Primeros Principios*, á los que siguieron los *Principios de Biología, Psicología, Sociología y Ética*. La mayor parte de las obras de Spencer han sido traducidas á todos los idiomas cultos.

El cardenal arzobispo de Valencia D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, fallecido en la capital de su archidiócesis el día 10 de Diciembre, había nacido en Jerez el 10 de Enero de 1822.

En su ciudad natal estudió las primeras letras y Filosofía en el Seminario de Cádiz, cursando luego la carrera de Leyes en la

Universidad de Sevilla. En su juventud mostró aficiones poéticas y compuso algunos poemas, varias canciones, cuadros de costumbres y undrama que con el título de *García el Calumniador* fué estrenado con extraordinario éxito en el teatro Principal de Cádiz por el



EL CARDENAL HERRERO

exímio y celebrado actor D. José Valero.

Circunstancias dignas de todo respeto le movieron á cambiar los rumbos de su vida, y á los treinta años, cuando el mundo le sonreía con un brillante porvenir, abrazó la carrera eclesiástica, en la que hizo tan rápidos progresos que de la celda de un convento filipense fué elevado á la silla episcopal de Oviedo, pasando más tarde á la de Jaén y de aquí á la sede arzobispal de Valencia, donde al poco tiempo fué investido de la púrpura cardenalicia.

Asistió al Conclave para la elección de Pío X. Durante las sesiones fué acometido de un ataque cardíaco que puso en peligro su vida, y con la repetición de la dolencia le ha sobrevenido la muerte.

Era el cardenal Herrero un prelado caritativo, hasta el extremo de dedicar gran parte de su fortuna al alivio de los menesterosos y á grandes obras de piedad.

PROYECTO DE REFORMA DE LOS SIGNOS DEL ZODÍACO POR PROFESIONES



Aries.



Cáncer.



Tauro.



Leo.



Géminis.



Virgo.



Libra.



Capricornio.



Escorpio.



Acuario.



Sagitario.



Piscis.

(Dibujos de KARIKATO.)



LA NARIZ DE CAMELLO

TRADICIÓN EN LA QUE SE NARRA EL POR QUÉ, EN LA NOCHEBUENA DE 1547,
NO HUBO EN TRUJILLO MISA DE GALLO SINO MISA DE GALLINAS,

POR

RICARDO PALMA

I

DOÑA María Lazcano (conocida después con el apodo de *la Nariz de camello*) era, en el año que la presentamos al lector, de lo más granado de la ciudad de Trujillo. Era andaluza y de agraciada lámina, á pesar de que ya frisaba en los cuarenta y cinco Diciembres, y lo zalamero y nada orgulloso de su carácter le había conquistado muchas simpatías entre la gente del pueblo.

Era viuda de Juan de Barbarán, compañero de Pizarro en la conquista, al cual en el reparto del rescate de Atahualpa le correspondieron, como á soldado de caballería, 362 marcos de plata y 8.880 pesos de oro. En 1538 era ya el aventurero Juan de Barbarán todo un personaje, como que investía el grado de capitán, era regidor en el cabildo de

Lima, y poseía una de las principales encomiendas en el fértil valle de Chicama. En ese año hizo venir de España á su mujer, que era una sevillana de mucho reconcomio y con toda la sal de la tierra de María Santísima.

Asesinado Francisco Pizarro, Barbarán y su mujer vistieron el mutilado cadáver con el hábito de los caballeros de Santiago y le dieron cristiana sepultura en el patiecito de *los Naranjos*, anexo á la Catedral. Siendo tan entusiasta y leal amigo del jefe de la conquista, está dicho que tomó activa participación en la guerra contra Almagro *el Mozo*, terminada la cual, harto de aventuras, peligros y desengaños, fijó su residencia en Trujillo. Fué Barbarán de los poquísimos conquistadores que no tuvieron

muerte desastrosa. Murió de médicos y pócimas en 1545.

En 1547 no era la viuda de Barbarán la única dama española con supremacía ó prestigio en la ciudad fundada por Pizarro. Competía con ella D.^a Ana de Valverde, mujer del capitán D. Diego de Mora, uno de los fundadores de Trujillo y su primer gobernador, riquísimo encomendero en Huanchaco y Chicama, y el primer hacendado que implantó trapiche para elaborar azúcar en el Perú, después de haber hecho traer de México caña para las plantaciones. Aquello de que la primera azúcar peruana se produjo en Huánuco no pasa de ser una novela del historiador Garcilaso, como lo comprueban Feyjoo de Sosa y Mendiburu.

Acostumbraba D.^a Ana, que era muy gentil hembra de treinta navidades bien disimuladas, ir á misa en compañía de la mujer del mariscal Alonso de Alvarado, y su criada se encargaba de tender las alfombrillas sobre la losa que cubría una sepultura. La costumbre, según doña Ana y según muchos publicistas, constituye lo que llaman derecho consuetudinario, y parece que como á tal lo acataban las trujillanas, pues ninguna osaba arrodillarse en aquel sitio tenido como propiedad exclusiva de la ex gobernadora y de su amiga la mariscala, á quien la primera tenía de huésped mientras las cosas políticas cambiaran de rumbo y regresara Alvarado á la capital del virreinato.

Llegó la Nochebuena de 1547, y con ella la famosa misa de gallo. A las once y media entró en la iglesia, muy emperifollada y luciendo caravanas con brillantes como garbanzos, la jamona viuda de Barbarán, acompañada de la gaditana Pepita de Montúfar, muchacha alegre, allá en su tierra, y que á poco de llegada al Perú casó con un alférez.

General fué el cuchicheo entre la gente ya congregada en el templo, al ver que la criada tendía las alfombrillas sobre la antigua sepultura.

Aquí va á haber algo muy gordo, se decían, y no se equivocaron.

Un cuarto de hora después llegó doña Ana con su inseparable amiga la maris-

cala, ambas puestas de veinticinco alfileres y deslumbrando con el brillo de las alhajas.

Al encontrar ocupado su sitio, doña Ana se detuvo sorprendida; pero, rehaciéndose en breve, dijo á D.^a María:

—Señora, ese sitio me pertenece desde que Trujillo es Trujillo, y espero que tendrá á bien irse con su alfombrilla á otro lugar.

—¿Me lo ruega usted ó me lo manda?, —contestó con tono de figa la andaluza. —Si me lo ruega, le daré gusto; pero si me lo manda, nones y nones, que en la casa de Dios no hay sitio comprado.

—¡Probablemente olvida usted con quien habla! Guarde respetos y sepa que está hablando con la esposa del maese de campo D. Diego de Mora y con la mariscala de Alvarado.

La sevillana las midió con la mirada de abajo para arriba y luego de arriba para abajo, y con la flema despreciativa y desgaire insultador de una manola del barrio de Triana, contestó:

—¡Valiente par de perdidas!

Aquello fué ya cosa de taparse los oídos con algodón en rama para no oír las palabrotas que vomitaron por sus bocas las de Mora, de Alvarado, de Barbarán y de Montúfar, olvidadas por completo de la reverencia debida al lugar en que se hallaban.

El concurso se arremolinó y, dicho sea en verdad, mayor era el número de los amigos y amigas de la andaluza. A la bulla acudió el cura seguido del sacristán, y cuando se convenció de que le era imposible aquietar los ánimos, gritó furioso:

—¡Basta de escándalo y todo el mundo á la calle! Esto no es misa de gallo, sino misa de gallinas.

Y el sacristán cerró la puerta de la iglesia cuando se retiraron los feligreses, quedándose la misa sin celebrar por carencia de público.

II

Durante ocho días fué Trujillo un hervidero de chismes, y fastidiadas doña Ana y su compañera emprendieron viaje á Lima, dejando al cuidado de la casa y

hacienda á Gaspar de Escobar, pariente de Mora.

Indudablemente las damas noticiaron de lo ocurrido en Nochebuena á sus maridos, que estaban en Andahuailas en el ejército de Gasca, combatiendo contra

Gonzalo Pizarro; pues á principios de Marzo aparecieron en Trujillo Diego Martín y Juan Viejo, soldados ambos de las tropas de Diego de Mora, con carta de éste para Escobar, quien los aposentó en la casa.



Pocos días después, en la mañana del primer domingo de Abril, los dos advenedizos penetraron en casa de la de Bararán, la cortaron las trenzas y la hicieron un feroz chirlo en la nariz, dejándosela como *nariz de camello*, según hizo escribir la víctima en la querrela que interpuso ante la autoridad.

Los dos malsines, después de realizando el cobarde delito, se hicieron humo

emprendiendo la fuga hasta incorporarse en el ejército.

Gasca nombró con el carácter de juez pesquisidor al licenciado Gómez Hernández, quien se trasladó á Trujillo, y después de tomadas las primeras declaraciones, expidió auto de prisión contra don Diego de Mora.

Hallábase este oficial todavía en campaña cuando le fué notificado, y contes-

tó que mal podía ir á la cárcel quien, como él, aparte de ser hidalgo de solar conocido, era también el capitán más antiguo entre todos los del reino, razones que pesaron en el ánimo del pesquisidor para no insistir en lo de ponerlo entre rejas. Buen peine de escardar lana fué el tal D. Diego. No hubo revolución en la que no figurara entre los más comprometidos; pero siempre, á la hora de apretar, decía ya vuelvo ó hasta aquí llegaron las amistades, y desertaba para presentarse en el campo realista. Fué un politiquero de sutilísimo olfato.

El proceso, que existe en el Archivo Nacional, y que he ojeado y hojeado, consta de más de 800 folios, y duraría hasta hoy día de la fecha si á Diego de Mora no se lo hubiera llevado al otro mundo la Tiñosa en 1556.

La pobre andaluza, después de ocho años de litigio, en que, según tasación de costas, gastó 610 pesos de oro y seis tomines, ganó el apodo de *la Nariç de camello*, mote con que ella misma se bautizara en su primer recurso.

Lima, 1903.

(Dibujos de Apelos Mestres.)



ENTRE DOS OCÉANOS

VIAJES Y AVENTURAS

POR

LUCIANO BIART

Primera traducción castellana, profusamente ilustrada por F. LIX.

CAPÍTULO PRIMERO

EL ÁRBOL FLOTANTE

El río Coatzacoalcos, que en 1831 llamó la atención de Francia gracias á un desdichado ensayo de colonización, nace en los inexplorados montes del istmo de Tehuantepec, y, después de recibir en su seno multitud de afluentes de curso más desconocido aún que el propio Coatzacoalcos, van sus aguas á perderse en el golfo de México, cegando más y más con sus arenas la bahía de aquel nombre.

El día 27 de Octubre de 1840, época en que no soñaba nadie en el canal de Suez ni en el de Panamá, una gran piragua, construida de una sola pieza con un tronco de caoba, que dos días antes saliera de Minatitlán, última etapa de la civilización en aquel punto del globo, remontaba el curso del espléndido río, impulsada por dos vigorosos remeros. Eran las diez de la mañana, y el sol asestaba sus rayos casi verticales sobre los seculares árboles que, desde la desembocadura del río sagrado de los mixtecas, cubrían sus orillas.

Los remeros llevaban un traje muy sencillo: pantalón de lienzo gris, cubierto hasta media pierna de unas polainas de cuero, y sombrero de anchas alas fabricado con hojas de bananero. La uniformidad con que remaban, indicaba á todo ojo experimentado que aquellos dos hombres eran marinos de profesión. La piragua, al parecer muy cargada, ostentaba un toldo en la popa.

El calor era sofocante. Ni el más leve soplo agitaba las guirnaldas de lianas, que, suspendidas al extremo de las grandes ramas de los árboles, iban á besar la superficie del agua. A aquella hora tan calurosa colgaban las hojas lánguidamente de sus marchitos pedúnculos, y los moradores de las selvas situadas á derecha é izquierda del río,—insectos, aves, mamíferos ó reptiles,—permanecían inmóviles y silenciosos en lo más recóndito de sus guaridas. La corriente misma del río, como si estuviese amodorrada, deslizábase perezosamente, formando una vasta sábana de seiscientos

metros, por lo menos, de anchura. Percibiase apenas una tenue resaca en ambas orillas, esmaltadas de paletuvios, árbol que revela la proximidad del mar, y cuyas ramas inferiores inclínanse hacia el suelo, y en él arraigan, formando en cierto modo pedestales calados. El silencio que allí reinaba sólo de tarde en tarde era interrumpido por el rumor que producía la caída de algún fruto maduro, ó una rama seca, haciendo levantar el vuelo á algún martin-pescador, de brillante plumaje, que, cual rayo prismático, atravesaba el río.

Cadenciosamente agitaban el agua los remos y la piragua doblaba un recodo, que, en todos sentidos, limitaba el horizonte. Abstraídos en su penosa tarea, parecían los remeros indiferentes á cuanto les rodeaba, y sólo de cuando en cuando levantaban la cabeza.

Oyóse de pronto un lejano rumor, y el marinero colocado á proa se irguió, echó hacia atrás el sombrero y dejó al descubierto su rostro atezado y lleno de energía.

Era un hombre de unos cincuenta años, fornido, de hombros cuadrados, ancha frente y ojos azules, con la nariz arremangada como Sócrates, y cuya barba gris no lograba ocultar por completo una boca en que se leía la bondad.

Estuvo escuchando un momento, y luego dijo á media voz á su compañero:

—Boga despacio, Boliche.

El marinero interpelado con este nombre singular levantó á su vez la cabeza y dejó ver los dos negros ojos de su redondo y simpático rostro. Tenía formas de Hércules, aunque eran sus movimientos rápidos como los de la ardilla. Era un joven de veinticinco años, afable, activo, que no se dejaba intimidar jamás.

Atendiendo á la indicación del otro, de más edad que él, movió los remos con más lentitud y le miró con aire interrogativo, al tiempo que otra vez se oía aquel rumor extraño.

—Diríase, maese Maturín,—murmuró el joven,—que detrás de este promontorio libran un combate los toros.

—Y podrías añadir, muchacho, que parece se baten en el agua,—contestó el viejo ma-

rino.—Creo, sin jactarme de ello, que conozco todos los ruidos del elemento en que nací, y que, por tal razón, considero como propio mío, aunque esté mi piel desprovista de escamas. ¿Qué apostamos, Boliche, á que el estrépito que acabamos de oír lo produjo algo ó alguno al caer en el río? Ea, otro golpe de remo y salgamos de dudas; siempre es bueno saber de dónde sopla el viento.

Otra vez cayeron á compás los remos, y quedó atrás la curva, viendo los dos marineros á cuatrocientos metros más arriba un árbol arrebatado por la corriente, y encima del gigantesco tronco una bandada de golondrinas de vientre amarillo,—*Hirundo fucata* de los naturalistas,—que revoloteaban lanzando chillidos.

—¡Pronto, á la orilla!,—gritó en el acto maese Maturín.

Torció la piragua á la izquierda y no tardó en chocar con las raíces de un paletuvio.

—¡Ufl!,—masculló maese Maturín, que se había puesto de pie para amortiguar el choque con auxilio de un bichero, y estuvo á punto de caerse.—Ahora, muchacho,—añadió,—oído al parche, que pronto será preciso, si no me engaño, demostrar golpe de vista y sangre fría.

—¿Qué hemos de temer?,—preguntó Boliche, más que inquieto, curioso.

—Pues, ahí es nada,—replicó el viejo marinero;—que ese árbol, bendito de Dios, puede lanzarse en derechura contra nosotros, partir en dos esta cáscara de nuez, y enviar á su contenido, de que á la hora de ahora formamos parte, á ver si hay almejas en el fondo del Coatzacoalcos. Lo que es nosotros, fácilmente volveremos á la superficie si no nos rompemos un brazo ó una pierna de resultados del abordaje; pero el remojón podría jugar un mal tercio á las provisiones que estamos encargados de transportar.

—Ganemos la otra orilla, maese Maturín, y allí estaremos en salvo.

—Así lo creo también, Boliche,—repuso el viejo,—sólo que hubiéramos debido pensar antes en esta maniobra. Lo que es ahora nos sorprendería el enemigo á mitad del camino, y una vez enredados en sus ramas, seríamos arrastrados al mar sin remisión antes de poder desenredarnos. Toma tu bichero, muchacho... ¡Muy bien!... Ahora apóyale en esas raíces de paletuvio que están encima de tu cabeza, y cuya utilidad me explico por vez primera... ¡Firme ahora, y no cedas!

En este momento, el árbol cuyo choque temía Maturín se hallaba á cien metros escasos

del punto ocupado por la piragua. Recién desgajado de la orilla donde creciera, el coloso, todavía vestido con sus hojas, obedecía al impulso de la corriente con majestuosa lentitud, no descubriendo sobre el agua más que algunas de sus ramas superiores. De vez en cuando, y sin duda por dar con algún bajo las que estaban sumergidas, deteníase de improviso el gigante, describía un cuarto de círculo, levantábase, reaparecía á medias su negro tronco y permanecía inmóvil.

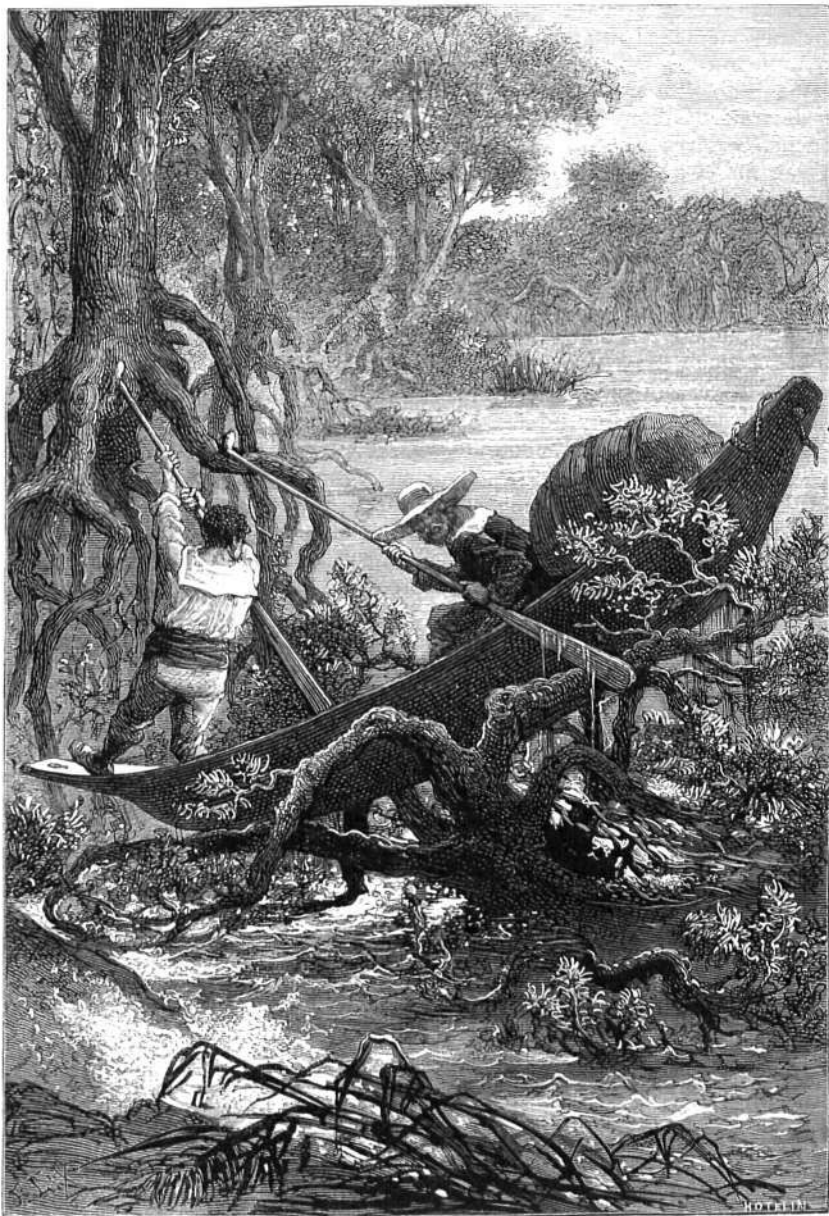
Pero pronto triturbaba con su peso el obstáculo que momentáneamente detuvo su paso, giraba sobre sí mismo y caía con estrépito. Las lindas golondrinas parecían espiar esas evoluciones, y á cada una de ellas agitábanse encima de aquel inmenso despojo y lanzaban alegres gritos, precipitándose á las ramas recién salidas del agua, y pobladas ya de los insectos acuáticos ó de los moluscos que tanto les gustan.

Después de una suprema sacudida que lo hundió en el más profundo ancón de la curva descrita por el río, el árbol avanzó con rapidez. Maese Maturín y Boliche, aferrados á sus bicheros, veían venirles encima el ciego enemigo que los amenazaba, queriendo adivinar á qué punto iba á dirigirse. ¡Escena conmovedora, para quien hubiese podido presenciarla, la de esos dos hombres, de pie en su frágil embarcación, con el ojo avizor, prontos á luchar, y cuya vida, en puridad, dependía de un simple azar!

Súbito mostráronse las raíces del árbol fuera del agua, y como un carnero armado de cien cuernos, avanzaron de pronto en dirección de la piragua, pero desviándose bruscamente, fueron á chocar contra las raíces de un paletuvio, con las cuales se enredaron. Entonces, arrastrada por la corriente, la cima del árbol movióse con lentitud hasta caer en el río. Oyóse un crujido, y el agua, azotada por el follaje, saltó espumosa y blanca, mientras la piragua, levantada por las ramas que debajo de ella se encorvaban, hallóse suspendida á más de un metro sobre su elemento conductor.

A pesar de las violentas oscilaciones que en todos sentidos sufrió el bote durante su ascensión, los dos marineros pudieron mantenerse en equilibrio, gracias al sólido apoyo de sus bicheros, y el árbol, amarrado por sus raíces y ramas á las aéreas del paletuvio, acabó por quedar estacionado.

Pasados unos minutos de silenciosa espera, y viendo que nada se movía, Boliche aflojó un tanto el bichero, y mirando con sorna la pira-



La piragua fué levantada en alto por las ramas.

T. III.



gua izada sobre las ramas, la señaló con el dedo á su compañero, y, con la mayor seriedad del mundo, hizo ademán de lanzar al aire la bola del instrumento cuyo nombre llevaba y aparentó luego recibirla al extremo del palillo á que usualmente se sujeta; pantomima que acogió Maturín con una mueca.

—Opino lo mismo,—dijo,—este árbol maldito acaba de tratarnos como á una simple bola de boliche. Seis veces he dado la vuelta al mundo,—añadió el viejo marinero, cruzando con dignidad los brazos,—por mar, se entiende, y de ahí que creyera haber visto cuanto en buena lógica pueda ver un ser viviente. Pues bien, me había equivocado; porque hace cinco minutos hubiese tenido por imposible que una piragua pudiera zozobrar á un metro de altura sobre el agua y entre las ramas de un árbol. Mi modo de ver en toda esta aventura, Boliche, es que, de tal modo suspendidos, debemos parecer un par de imbéciles á todos los transeúntes.

—En cuanto á eso,—respondió Boliche, paseando sus miradas por el desierto río,—creo que puede nuestro amor propio estar tranquilo, maese Maturín, puesto que, á juzgar por las apariencias, pocos serán los buenos mozos que se aventuren á llegar hasta aquí. Lo que á mí me preocupa es saber cómo nos las pondremos para poner á flote la piragua. ¿No haríamos bien llamando al capitán en nuestra ayuda?

—¡No, por Santa Bárbara!,—exclamó Maturín;—oportunidad habrá de chillar como mujeres cuando se nos haya demostrado que, solos, somos incapaces de salir de apuros.

—Mandad, pues, la maniobra, patrón.

—Déjame antes que consulte á mi Josefina, Boliche. La experiencia me ha enseñado repetidas veces que esta operación infunde ánimo y aclara las ideas. Acá, para entre nosotros, muchacho, no hace aún diez minutos creía hablar por última vez con esta buena persona.

El viejo marinero sacó del bolsillo la buena persona á quien llamaba Josefina, y que era sencillamente una pipa de brezo, y la cargó de tabaco con el cuidado que en tan delicada operación pone todo fumador de buena cepa, mientras Boliche escalaba el toldo que cubría la popa de la piragua.

Había recobrado la soledad su majestuosa calma, y no se veían ya las golondrinas que seguían al árbol flotante, pues desaparecieron una tras otra, asustadas sin duda por la presencia de los dos marinos. Nadie hubiera creído en la conmovedora escena allí desarrollada al ver el río deslizarse apacible y con

murmillos de arroyo en torno del inmóvil despojo.

—¡Calle, maese Maturín! Teníais razón hace poco; ved ahí á un babieca que nos está mirando.

—¿Dónde?,—preguntó airado el viejo marino, levantándose y retirando de los labios la pipa.

—¡Silencio! Si habláis ú os movéis, el indígena echará á correr.

Maturín siguió con la vista la dirección del dedo de su compañero y observó á un caimán que, silenciosamente, esforzándose en ganar una de las ramas fuera del agua, y lo conseguía después de varias tentativas infructuosas, entreabriendo sus formidables mandíbulas y contemplando con curiosidad á los dos franceses.

Maturín volvió á sentarse con la mayor tranquilidad.

—No tengo intención alguna de denigrar la tierra, como repite á menudo, censurándome, Raúl,—dijo con gravedad;—pero hay hechos tan evidentes, Boliche, que es preciso ver menos que un ciego para negarlos. La tierra produce lagartos, es indudable, mas dime tú, ¿qué parecería la alimaña de aquel nombre al lado de la que tenemos á la vista?

—Cierto es,—contestó Boliche,—que los ágiles bicharracos á los cuales diera caza en mi infancia no recordaban mucho, al menos por su tamaño, al monstruo aquí presente. Sin embargo, maese Maturín, ¿es justo clasificar entre los acuáticos á un animal que trepa á los árboles?

—¿Crees, pues, muchacho, que ese caimán se ha subido hasta aquí para fabricar su nido?

—Mejor creo,—replicó Boliche,—que ha venido á la husma de un buen almuerzo, ya que por experiencia sé que sus semejantes anidan á la orilla de los ríos y riachuelos, pantanos y lagunas.

—O lo que es lo mismo, que el agua es para ellos, como para mí, elemento vital. Pero, basta ya; Josefina chisporrotea para hacernos memoria de que ha llegado la hora de levar anclas, cosa que me temo nos ha de costar un poquito.

Desapareció la buena Josefina en el bolsillo que le servía de residencia habitual, y el viejo marinero, sin cuidarse del cocodrilo, aunque espiara éste sus menores movimientos, bajó á una de las ramas situadas en la parte inferior de la piragua y examinó su posición con gran detenimiento.

—He aquí,—dijo al cabo de un instante con visible satisfacción,—lo que puede califi-

carse de obra perfecta, y que, dicho sea de paso, el agua solamente puede realizar. Hétenos aquí, muchacho, instalados de tal suerte que pudiéramos esperar el fin del mundo, si tuviéramos tiempo para ello. Pero nos importa, al contrario, desamarrar cuanto antes, puesto que nos están aguardando. Pienso, en este preciso instante, que debemos atacar á hachazos y simultáneamente las ramas en que

posamos, por así decirlo. Esas ramas, cortadas acá y allá, formarán, al bajarse, un plano inclinado por el cual empujaremos nuestra embarcación, restituyéndola así á su elemento natural.

Boliche, sin hacer la más leve observación, dió un hacha á su compañero, y armado él de otra, salió á su vez de la piragua, al ver lo cual el caimán abrió y cerró con insistencia



Bilboquet y maese Maturín.

sus mandíbulas, como saboreando de antemano un bocado exquisito, pero se deslizó hacia el río, después de vacilar un segundo, viendo que hacia él se dirigía Boliche con el arma levantada.

— Por Santa Bárbara, — exclamó Maturín, — ese juicioso bicho acaba de efectuar la maniobra que nuestro cascarón ha de imitar. ¡Atención! Si tu rama cede al propio tiempo que la mía, llegaremos á puerto; mas si uno de nosotros se anticipa, la piragua dará la voltereta, y menudo trabajo ha de costarnos pescar su cargamento.

— Supuesto que casi todas las probabilidades son en favor de la voltereta, — dijo cachazudamente Boliche, — quizá obraríamos con

prudencia transportando ante todo á tierra el aludido cargamento, que no habiendo nacido en el agua, como vos, maese Maturín, nada habría de ganar con su contacto.

— Tu observación es discreta, muchacho; sin embargo, la prudencia llevada al exceso origina á veces males peores que los que con ella se quieren evitar. En la operación que propones pasaríamos hasta la noche, y el capitán nos aguarda.

— Llamémosle, según tenemos mandado para un caso de apuro.

Maturín movió negativamente la cabeza, diciendo:

— Cuando, en vísperas de sus viajes de exploración, el capitán nos ha escogido á ti y á

mi entre otros cien marineros, no lo habrá hecho por creernos exentos de defectos, pero sí, —son sus palabras, — porque necesitaba hombres duros á la fatiga, que supieran sufrir el hambre, la sed, el sol y la lluvia, y sobre todo que tuviesen bastante experiencia de las cosas del mundo para no ahogarse en una gota de agua. Así, pues, salvo mejor parecer, cuanto más rara, peligrosa é inesperada sea la aventura, tanto más nos conviene sortearla con ayuda de nuestras propias fuerzas, á fin de justificar la confianza que nos dispensó el capitán al echarnos el garfio.

A maese Maturín le gustaba perorar y á Boliche oírle con la mayor deferencia, pero esto no impedía que uno y otro supiesen obrar. Pusieronse, pues, á la obra, y pronto se entregaron á ella en cuerpo y alma, redoblando cada uno sus golpes y fijándose en la labor del compañero, ya que el éxito dependía de un perfecto acuerdo entre los dos. Bruscamente crujió la rama atacada por Boliche, y se inclinó la piragua. Con rapidez acusadora de su golpe de vista y sangre fría, hizo voltear el hacha Maturín, y, descargándola sobre la rama que tenía á su cargo, hundiéndola en ella y la hizo crujir también y ceder hasta formar una línea paralela con la de Boliche.

Entonces la piragua, arrastrada por su peso, resbaló sobre este plano inclinado, cuyas rugosidades hicieron, por dicha, oficios de freno, y después de algunas oscilaciones y de una propensión á desviarse á la derecha, que hizo brotar frío sudor en la frente de los dos marineros, enderezóse la embarcación, rozó el agua, y presto flotó sin la menor avería.

Conteniendo la respiración los dos «obrerros,» había transcurrido el cuarto de minuto que duró el descenso. No es, por lo tanto, de extrañar que lanzaran luego un ruidoso suspiro de satisfacción.

— ¡Viva!, — exclamó por fin Boliche. — El éxito os abona, maese Maturín; pero, durante algunos segundos, persuadido estuve de que la piragua iba á imitar punto por punto la maniobra del caimán que le habíais presentado como ejemplo, desapareciendo en el fondo del agua.

— También yo, — dijo el viejo enjugándose la frente, — he creído que... En una palabra, si otra vez nos ocurre algo parecido, llamáremos al capitán.

Estaba cumplida la parte más delicada y peligrosa de su empresa; los marineros, no obstante, hubieron de trabajar una hora para abrirse paso á través de las ramas del árbol sumergido hasta hallarse en aguas libres y po-

der descansar un momento. Volvieron en seguida á los remos y de nuevo empezaron á luchar contra la corriente, cuando, apenas perdido de vista el teatro de su aventura, oyeron el eco lejano de una breve y clara detonación hacia su izquierda.

— El capitán está inquieto porque no nos ve y pide noticias nuestras, — dijo maese Maturín; — contéstale, ¡vivo!

Boliche sacó de debajo del toldo que cubría la popa de la piragua uno de esos pequeños cohetes de que se sirven los habitantes de México para hacer señales á distancia, lo encendió y lo lanzó verticalmente. Elevóse el proyectil por encima de los árboles y su estampido rompió de nuevo el silencio de la soledad. Luego pusieronse los marineros á bogar con afán.

Nada más imponente y magnífico que las orillas que sucesivamente iban costeanado, al capricho de las sinuosidades del río. A medida que avanzaban, los paletuvios eran reemplazados por grandes árboles que multiplicaban sus aéreas guirnaldas, y las lianas, cargadas á menudo de flores y nidos, bañaban sus extremos en el agua transparente, donde saltaban á intervalos blancos ó encarnados peces. Oscuros pelicanos, de hinchada garganta, volaban en grupos de cinco ó seis con dirección al mar, del que rara vez se alejan más de veinte leguas.

Pasáronse así tres horas, caldeándose más y más la atmósfera, y los rendidos brazos de los remeros empezaban á moverse con menos rapidez, á la sazón que, salvado un recodo, hizoles volver los ojos á la orilla izquierda un alegre grito de llamada que de ella partía.

Apareció ante su vista un joven con blusa y pantalón de piel de corzo, sombrero gris de forma tirolesa, que con el brazo apoyado en el cañón de su fusil, estaba de pie en una lengua de tierra.

Los dos marineros saludáronle y desde luego se dirigieron á su encuentro.

II

EL CAPITÁN LACROIX

El joven cazador, á cuyos pies se detuvo la piragua, parecía ser á poca diferencia de la edad de Boliche, es decir, de veinticuatro á veinticinco años. Alto, esbelto, proporcionado, descubrió, al quitarse el sombrero para corresponder al saludo de los marineros, su ancha frente cubierta de negros rizos, y dos ojos de igual color, llenos de vivacidad. Un fino bi-

gote, coquetamente retorcido, adornaba su boca sonriente, de preciosa dentadura, y sus facciones todas, de armoniosa regularidad, eran á la vez atractivas y enérgicas.

—¿Habéis encontrado acaso alguna taberna á vuestro paso?— preguntó con buen humor á los dos marineros.—Según calculó mi padre, hace dos horas que debíais estar aquí, y empezábamos á inquietarnos.

—No es, por desdicha, en una taberna donde hemos estado á punto de apagar nuestra sed, M. Raúl,—contestó Maturín con un suspiro de pesar,—sino en el propio Coatzacoalcos, gracias al abordaje de una especie de cedro en cuyas ramas zozobró nuestra canoa.

—¡Una canoa zozobrar en las ramas de un cedro! ¿Qué significa esta broma?

—No es broma, sino cierto y muy cierto.



El capitán Lacroix, Raúl y Misoc.

Y más brevemente de lo que podía esperarse, dada su habitual locuacidad, contó Maturín las que él llamaba hazañas de su piragua.

—Si os sucede otra vez hallaros en semejantes apuros,—dijo el joven, terminado que estuvo el relato del viejo marino,—tendréis á bien acordaros de las órdenes precisas de mi padre y nos avisaréis disparando cohetes. Mientras estabais parados, nosotros, seguros de que nos seguíais, os hemos tomado mucha delantera, y vuestro retardo empezaba á producirnos inquietud. No olvidéis que estamos en país inexplorado y que conviene no separarnos nunca.

—Hemos querido demostrar al capitán,—contestó Maturín,—que no somos de los que se ahogan en una gota de agua.

—Lo sabe ya, mi buen amigo, y en adelante acuérdate, más que de otra cosa, de que quiere ser obedecido. Si en el peligroso descenso que acabas de explicarme hubieran ido á fondo la piragua y las provisiones, no sólo hubiera sufrido retraso nuestro viaje, sino que hubiese podido verse comprometido gravemente. Prepárate, pues, á oír una reprimenda por haber infringido el reglamento, en vez de ser felicitado por tu energía.

Durante esta conversación, Boliche, aunque inocente, con las orejas gachas, amarraba la piragua.

—Larga un poco la amarra,—dijo de pronto el joven;—así se deslizará la embarcación bajo esas ramas de maleza y quedará más oculta á las miradas de los merodeadores indios.

— ¿Vamos acaso á abandonarla? — preguntó Boliche.

— No, por cierto; pero mi padre ha establecido el campamento á un cable de aquí, á fin de substraerse en lo posible á la voracidad de los mosquitos. Pero ¿qué hacéis? ¿Vais á marchar sin vuestros fusiles? No estamos ya á bordo de un buque, sino en un país salvaje, desconocido, donde hemos de temer á un tiempo á las fieras y á los hombres. Tened siempre vuestras armas al alcance de la mano.

En cuanto vió á sus hombres equipados, el joven volvió la espalda al río é internóse en el bosque. Maese Maturín, con las piernas arqueadas y balanceándose como si pisara las vacilantes tablas de un barco, apresuró el paso, seguido de Boliche. Resonó de improviso un ladrido y lanzóse sobre maese Maturín, cubriéndole de caricias, uno de esos enormes mastines que los plantadores de la isla de Cuba adiestran para la caza de los negros fugitivos.

— ¡Abajo, Mirlitón! ¡Abajo! — gritó el viejo marinero, á quien le faltó poco para ser derribado por los saltos del vigoroso animal.

Mirlitón, que debía su nombre al singular gruñido que dejaba oír cuando seguía una pista, alejóse temeroso brincando hacia Boliche, que le acogió amistosamente y á cuyo lado se puso sin tardanza.

No estará demás decir que Boliche se llamaba en realidad Próspero Palengat. Su extraño apodo no procedía de su afición al juguete de moda en tiempos de Enrique III, aunque mucho le gustara hacer como que se sirviera de él, sino de una ocurrencia de su padrino y tutor maese Maturín.

Huérfano á la edad de seis años, el pequeño Próspero había sido adoptado por el viejo marinero y llevado á una escuela para que aprendiese á leer, escribir y contar. A los doce años el muchacho, cuya educación dió por terminada su tutor, fué embarcado, en calidad de grumete, á bordo de un brique mandado por el capitán Lacroix, y en el cual desempeñaba Maturín el cargo de contra maestre. A partir de este día, padrino y ahijado, estrechamente unidos, navegaron juntos.

Cuando embarcó por vez primera Próspero, alto, delgado, con los hombros coronados de una redonda cabezota, que hacían aparecer más redonda todavía sus cabellos, cortados al rape, provocó algunas sonrisas entre los compañeros de maese Maturín.

— Sí, — había dicho el viejo marinero, — mi opinión, en este preciso momento, es que el chico parece más que otra cosa un boliche;

pero no importa, con mi auxilio el tiempo hará de él un buen marinero. Así lo espero.

Esa palabra, *boliche*, de que una y otra vez se servía su padrino para nombrarle, no tardó en substituir al verdadero nombre del grumete, y en vano le transformaron los años en un gallardo mozo de inmejorables proporciones: siguió llamándole todo el mundo Boliche. El, por su parte, se acostumbró de tal modo á ese mote, que quizás no volviera la cabeza á llamarle alguno Próspero ó Palengat.

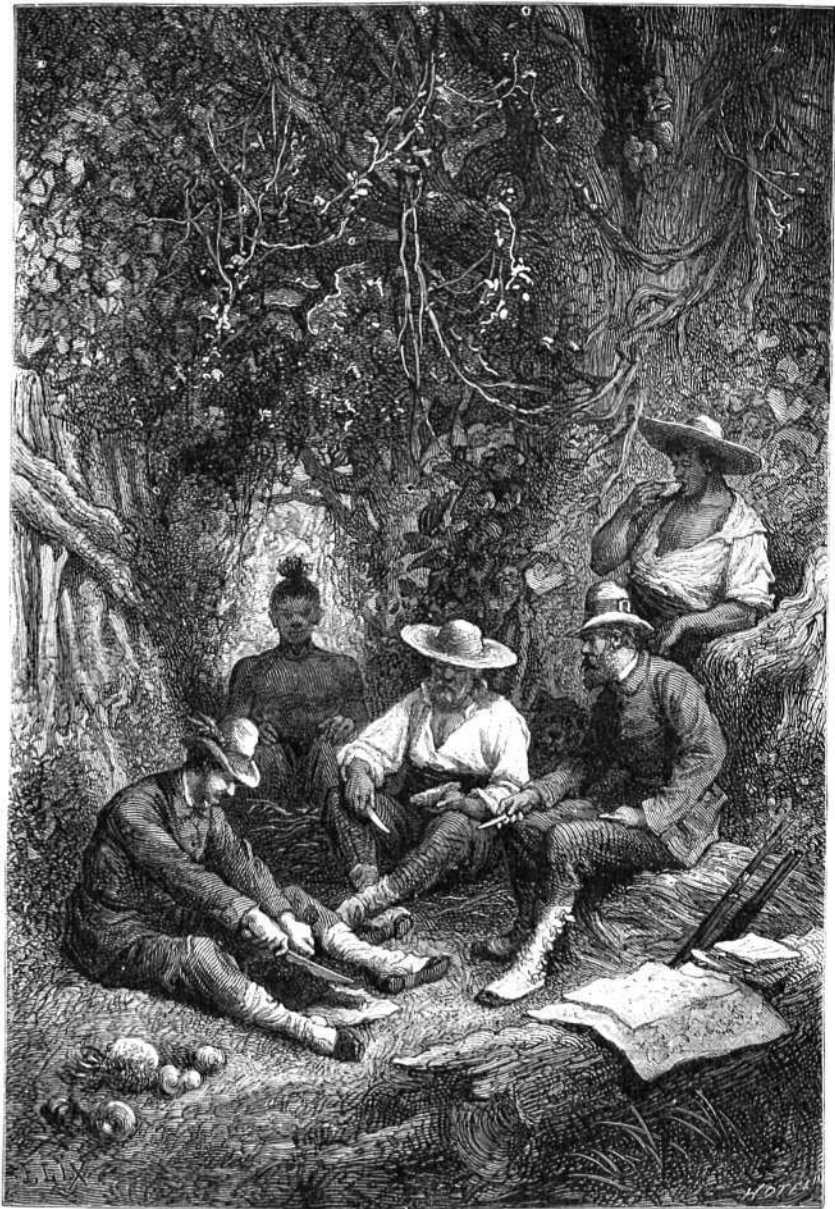
Después de haber franqueado la inextricable masa de plantas que forma la entrada de toda selva virgen, y á través de la cual se abrió paso con su cuchillo de caza para alcanzar la orilla del río, dirigióse Raúl hacia un claro iluminado por un rayo de sol.

Allí estaba, sentado cerca de un árbol caído, cuyo tronco le servía de mesa, un hombre de espaciosa frente coronada de cabellos casi blancos, absorto, al parecer, en un cálculo. Lo mismo que Raúl, que se le parecía mucho, salva la diferencia de edad, llevaba blusa y pantalón de piel de corzo, única materia cuya resistencia permite afrontar sin peligro los espinosos matorrales de la selva americana.

Ya porque no le hubiese oído acercarse, ó por no interrumpir su cálculo, el anciano, — que casi este nombre merecía, aunque tuviera apenas cincuenta años, por la blancura de su barba y sus cabellos, — no levantó los ojos. Raúl, después de hacer á sus compañeros señal de que se alejaran en silencio, condujoles cerca de un ébano, á cuyo pie un indio, sencillamente vestido con calzones y sandalias, hallábase en cuclillas ante una hoguera de secas ramas, contemplando con gravedad y las manos sobre las rodillas, á guisa de estatua egipcia, cómo se asaba un tato. A la vista de los dos marineros, hizo un gesto con su espaciosa boca, y se levantó y les estrechó la mano, siendo afectuosamente correspondido.

De unos treinta años, alto, de regulares facciones y pómulos algo salientes, Misoc pertenecía á la raza de los mixtecas, cuyos descendientes pueblan todavía la antigua intendencia de Oaxaca, y se distinguen de las demás razas americanas por ser de piel no tan cobriza y de rostro más parecido al de los europeos. Su idioma, bastante rico, tiene la particularidad de ser completamente nasal, y por lo mismo poco armonioso. Valerosos, inteligentes y sufridos, son los mixtecas, entre todas las antiguas naciones de América, la que se ha mostrado, y muestra aún, más apta para la civilización.

Misoc, que había nacido en el istmo de Te-



Raúl hizo tajadas el animal.

huantepec, en vez de afeitarse la mitad de la cabeza, como la mayor parte de sus compatriotas, se dejaba crecer el pelo y lo recogía en lo alto de su cráneo, que parecía así coronado por una borla. Tanto llamó esta singularidad la atención de Maturín el día que conoció al indio, hacía ya dos años, que pronto designó á su nuevo compañero con el apodo de Casco empenachado. Ahora bien: Boliche y Casco empenachado eran calificativos cuyo sentido cómico había borrado la costumbre entre nuestros viajeros, en términos que á menudo los empleaba el grave capitán Lacroix.

Apenas sentados Raúl y sus compañeros sobre haces de brezos, preparadas para servirles de asiento, apareció el capitán, cuya elevada estatura y facciones regulares y pensativas, iluminadas por una mirada profunda, le daban imponente aspecto. Al momento se enteró de la causa del retraso de la piragua.

— Raúl tuvo razón al reprenderos, amigos míos,—dijo á Maturín y Boliche.—Debais habernos llamado en vuestro auxilio, y no dejarnos tomar la delantera, que, en caso de apuro, hubiese retardado con exceso nuestro apoyo. Ciertamente es que ha pasado la estación de las tempestades, pero pueden todavía desencadenarse algunas en las montañas hacia las cuales nos encaminamos. Y no será entonces un árbol aislado, vencido por la acción lenta del agua ó por la vejez, lo que baje por la corriente del Coatzacoalcos, sino una flota entera. Así, pues, en lo sucesivo, en cuanto diviséis el primer árbol, apresuraos á poner en seguridad la piragua y lanzar cohetes de llamada. Dicho esto una vez para siempre, pensemos en el almuerzo. ¿Está asada la caza, Misoc?

—Sí, capitán,—contestó el indio, que, habiendo vivido de joven con los colonos franceses, sabía hablar su idioma.

—Pues bien, hijos míos, almorcemos, y quiera Dios conceder hoy á todas sus criaturas la gracia de que puedan imitarnos.

Raúl trinchó entonces el tato, y cada invitado recibió un pedazo de su blanca y delicada carne con la galleta de maíz, que así servía de pan como de plato. Varias hermosas frutas, recogidas por Misoc durante la marcha de la mañana, formaron un refrigerante postre, en el cual figuraba una anana, cuya presencia sorprendió al capitán.

Disertó éste con su hijo acerca de la existencia de esta cromeliácea en estado silvestre, creyéndola uno y otro especial del Brasil, desde donde la trajo á Europa el francés M. Lérý allá en 1555. Por lo visto, la sabrosa fruta

existía también en el istmo de Tehuantepec, y no dejaba de ser interesante ese descubrimiento. Un botijo de agua con unas gotas de ron sirvió á los viajeros para apagar la sed; luego, al par que saboreaban una taza de café, charlaron acerca de los incidentes de su viaje desde que abandonaron el último de los establecimientos construídos en la desembocadura del Coatzacoalcos.

Las tres de la tarde serían cuando se levantó el capitán, y aunque los rayos del sol no podían atravesar las copas de los frondosos árboles, hacíase debajo de éstos intolerable el calor, y, á estar inactivos los viajeros, hubiéranse vencido el sueño.

—¿Será preciso reanudar la marcha?—preguntó Maturín.

—No nos moveremos ya hoy de donde estamos, mi viejo lobo,—respondió amistosamente el capitán.—Debéis estar cansados del trajín de esta mañana, tu ahijado y tú, y conviene, dado lo penoso y largo del viaje que hemos emprendido, economizar las fuerzas. Así, pues, descanso absoluto hasta mañana.

—Si á ello no se opone el reglamento,—dijo entonces el viejo marinero,—iré con mi caña á pescar á las orillas del Coatzacoalcos, lo cual me permitirá vigilar la piragua y ver correr el agua.

Hizo el capitán un signo de aprobación, y Maturín, Misoc, Boliche y Mirlitón desaparecieron detrás de la espesura, mientras Raúl seguía á su padre hacia el árbol cubierto de cuadernos cerca del cual le vimos hace poco.

—¿Me has preparado trabajo, padre mío?—preguntó Raúl.

—Sí, hijo; ahí tienes toda una serie de cálculos que te ruego compruebes.

Durante más de dos horas, en medio de ese grandioso silencio de un mundo virginal del que nada puede dar idea, padre é hijo no cesaron de escribir. En los más apartados rincones de nuestros bosques franceses, de este país doquier tan poblado, hiere el oído el eco de rumores familiares: el cacareo del gallo, el chirriar de una carreta, el relincho de un caballo. Cuando nos creemos lejos del mundo, entona voz lejana una canción, ladra un perro ó voltea una campana; pero en el desierto no se oye uno solo de estos ruidos, cuya ausencia inquieta al que de oírlos tiene costumbre. Si canta un pájaro, es con cantar desconocido; si oímos un mugido, es de un toro salvaje, y á su grito breve y estridente responde el lúgubre aullido de un lobo de las sábanas ó el mugir terrible del puma, el león sin melenas americano.

(Se continuará.)

LABORATORIO FARMACÉUTICO
y Comercio de
• DROGAS •
MEDICINALES

y
ESPECÍFICOS NACIONALES Y
EXTRANJEROS

DOCTOR ANDREU. = BARCELONA
CASA FUNDADA EN 1866

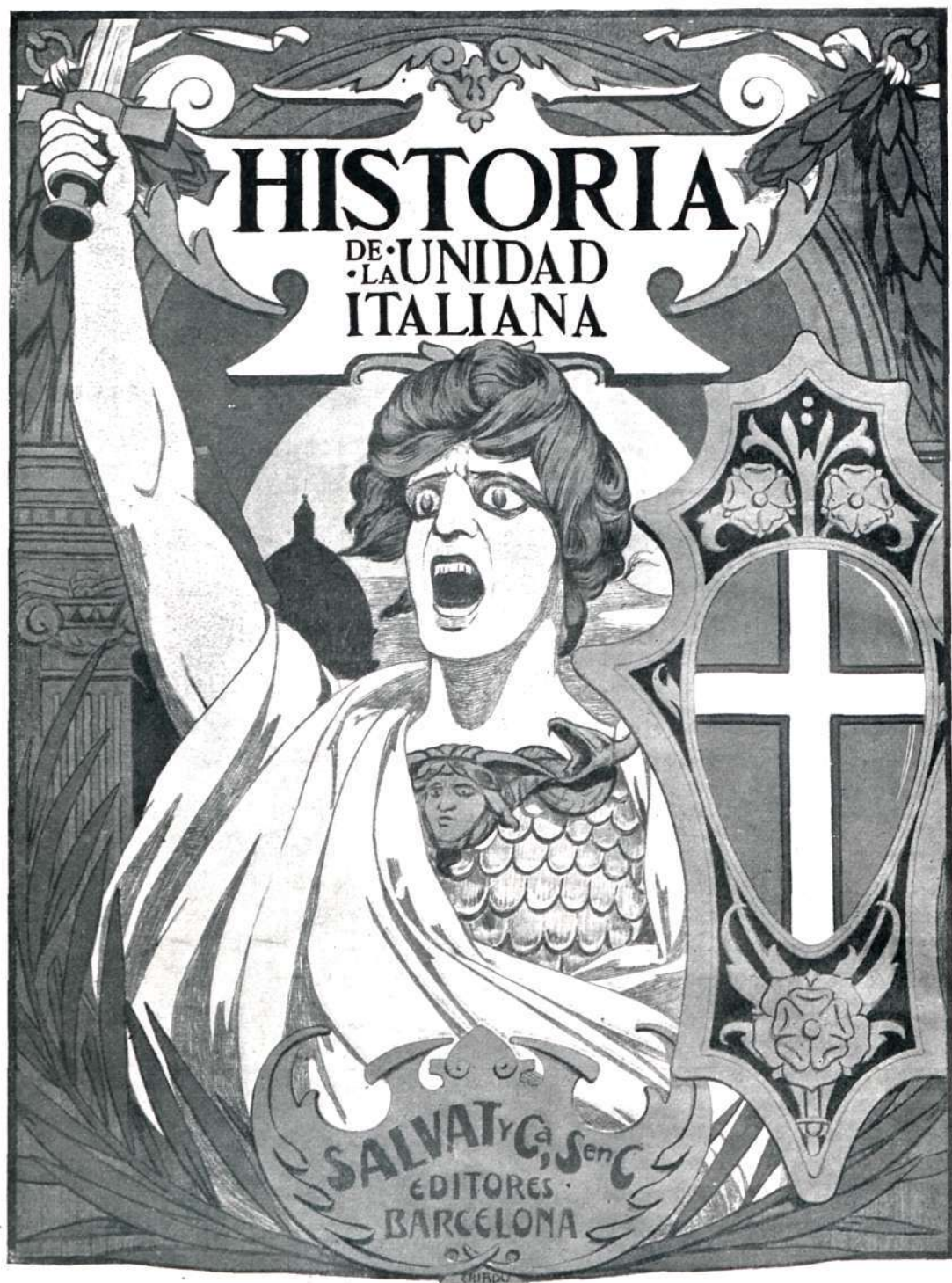
Surtido completo para Farmacias
Droguerías, Hospitales, Botiquines
Gabinets de Cirugía, de Odontalgia
de Oculística, &c.

ESPECÍFICOS PROPIEDAD DEL DR ANDREU
PASTA PECTORAL INFALIBLE
PAPELES Y CIGARRILLOS BALSÁMICOS
MENTHOLINA DENTÍFRICA

ESPECIALIDAD EN **REACTIVOS** PARA ANALISIS

Apartado de correos, n.º 148

IMPORTANTE OBRA DE ACTUALIDAD PROFUSAMENTE ILUSTRADA



SE SUBSCRIBE EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS